



UNIVERSIDAD
DE SEVILLA

LA CRIADA QUE SABÍA LEER

TRABAJO DE FIN DE MÁSTER PARA LA TITULACIÓN
DEL MÁSTER EN ESCRITURA CREATIVA

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Aac' with a stylized flourish.

Vo. Bo. del tutor
Dr. José Manuel Camacho Delgado

Alumna
Andrea Calle Castillejo

*A quienes alguna vez pensaron que llegarían a
leer estas páginas, gracias por creer en mí.*

ÍNDICE

LA CRIADA QUE SABÍA LEER	3
<i>Zahara de los Atunes (Cádiz), abril de 1939</i>	5
<i>Marzo de 1940</i>	32
<i>Marzo de 1943</i>	52
<i>Mayo de 1945</i>	71
<i>Octubre de 1947</i>	79
MEMORIA JUSTIFICATIVA	87
1. <i>PUNTO DE PARTIDA DE LA CREACIÓN. OBJETIVOS Y FUNDAMENTOS</i>	88
2. <i>ESTRUCTURA DE LA COMPOSICIÓN</i>	91
3. <i>TÉCNICAS Y ESTILOS ENSAYADOS</i>	93
3.1. El narrador y el punto de vista	93
3.2. El tiempo	94
3.3. El espacio	95
3.4. Los personajes	96
3.5. El arte como herramienta para la sociedad	98
4. <i>DIFICULTADES Y SOLUCIONES</i>	99
5. <i>RESULTADOS</i>	101
6. <i>FUENTES DOCUMENTALES CONSULTADAS Y APLICADAS</i>	102
7. <i>IMÁGENES E ILUSTRACIONES</i>	104

LA CRIADA QUE SABÍA LEER

La memoria del corazón elimina los malos recuerdos y magnifica los buenos, y gracias a ese artificio, logramos sobrellevar el pasado.

Gabriel García Márquez

Es un error creer que la memoria tiene que ver solo con el pasado. Tiene que ver con el presente y con el futuro, porque si no sabemos de dónde venimos no podremos saber quiénes queremos ser ni a quién nos queremos parecer.

Almudena Grandes

Al terminar la guerra, Catalina Gallardo se prometió a sí misma que nunca más querría volver a saber nada de política, ajena a que tan solo unos años después el destino —o la suerte— la pondría en un escenario que la haría cambiar de opinión. Sus circunstancias personales hacían que una mujer de tan solo veintidós años tuviese la madurez mental de quien ha vivido mucho más, pero en aquel pueblo de la costa gaditana el triunfo inicial del golpe tranquilizó la vida de muchos durante los tres años que duró el conflicto y, a su vez, paralizó y sacudió la de algunos. Catalina era uno de esos algunos, y su vida se vio marcada desde que aquel dieciocho de julio perdió lo que más quería. Habían pasado tres años, pero cada vez que al volver de misa pasaba frente a la fachada de la casa que había habitado durante poco más de un año, recordaba con tristeza la vida que pudo haber tenido pero que le fue arrebatada por un país que parecía nunca permitir soñar. Sus rutinas habían vuelto a las de su pubertad: regresó al hogar familiar, a cuidar de los hermanos pequeños —cuatro para ser exactos—, a encargarse de la limpieza de la casa, de las comidas... Mientras tanto, sus padres dedicaban las horas de luz al único sustento de la familia: una pequeña huerta que proporcionaba hortalizas frescas a los vecinos.

—¡Juanjo! —el grito de Dolores, su madre, la devolvió a la realidad de un golpe. Se giró para mirarla y, en mitad del suelo, vio al menor de sus hermanos a punto de romper a llorar. Juanjo tenía cuatro años y era un manojo de puro nervio, un hijo tardío en un último intento por buscar el varón. Sus hermanas Carmen e Isabel, que acababan de cumplir dieciséis y diecisiete años, caminaban más adelante mientras conversaban entre ellas. Anita, de doce, les pisaba los talones intentando unirse a ellas—. ¡Catalina, coge a tu hermano!

Como si la voz de una madre fuese capaz de activar algún tipo de mecanismo secreto, el menor de los hermanos rompió a llorar con un chillido agudo al que Catalina intentó poner fin corriendo hacia él para calmarlo.

—No pasa nada, Juanjo, ¿ves? —le decía mientras señalaba sus rodillas—. No te has hecho nada.

Juanjo se miró las rodillas y, sorprendido, se puso de pie sonriendo. Catalina sabía que en cuestión de segundos volvería a salir corriendo, así que lo agarró de la mano antes

de que pudiese hacerlo. Caminaron juntos frente a la fachada del número tres de la calle Cervantes y, como si se tratase de un acto reflejo, Catalina no pudo apartar la vista de la puerta principal. Su madre, que caminaba junto a su padre varios metros más atrás, negó con la cabeza mientras miraba a su hija mayor.

La mañana del dieciocho de julio de 1936, España se levantó con la noticia de la sublevación de un grupo de militares en el norte de África. La prensa y la radio se hicieron rápidamente eco de ello, siendo las encargadas de transmitir a la población los hechos tan confusos que estaban aconteciendo. En la provincia de Cádiz, la rebelión se extendía y comenzaba al mediodía de aquel sábado, y aunque el ayuntamiento de Vejer intentó mantener la legalidad republicana durante los primeros días, los jefes de las fuerzas de seguridad de Barbate y Zahara mostraron su apoyo al golpe desde el primer momento. Aquel mediodía, la comida ya estaba lista en el número tres de la calle Cervantes. Catalina estaba poniendo la mesa cuando dos fuertes golpes en la puerta la sobresaltaron. Sebastián se llevó el dedo índice a los labios y la miró suplicando silencio, si no hacían ruido, igual pensarían que no había nadie. La joven, que en aquel momento solo tenía diecinueve años, no entendía el miedo de su marido, pero Sebastián ya había sido testigo en otras ocasiones del odio entre los dos bandos de una guerra que recién comenzaba.

Catalina conocía a Sebastián desde que era niña, él era dos años mayor que ella pero habían jugado infinitas veces cuando eran unos críos y —junto a los demás niños del pueblo, que no eran muchos— se iban a la plaza o al río Cachón. En cuanto alcanzó cierta edad, Sebastián empezó a faenar junto a su padre y sus dos hermanos mayores en el barco pesquero que desde la generación anterior había sido propiedad de la familia. Normalmente salían de madrugada y no volvían hasta que aparecían las primeras luces del alba. El atún rojo era el principal sustento de esa zona de la costa gaditana y la familia Romero llevaba varias generaciones dedicándose a la pesca. En cambio, Catalina, como hermana mayor que era, en cuanto tuvo la edad suficiente pasó a hacerse cargo de la casa y de sus hermanas mientras sus padres trabajaban en la huerta. Siempre que podía, Catalina salía a dar un paseo con sus dos mejores amigas, Carmela y Manolita. Era entonces cuando se encontraba a Sebastián por el pueblo, y lo miraba de reojo viendo en aquel adolescente con el que ya no tenía relación una extensión del niño moreno de ojos negros del que siempre estuvo enamorada en secreto. En el 31, con la llegada de la Segunda República, Sebastián comenzó a dejarse empapar por unos ideales que llegaron

a él a través de oídas y que, con el paso del tiempo, lo llevaron a aprender a leer y escribir de forma completamente autodidacta. Su entusiasmo por aprender y por las letras era tal que incluso llegó a colaborar en una revista independiente que le proporcionaba algunos ingresos suplementarios a final de mes. Sebastián iba a Cádiz a cobrar personalmente esos honorarios y aprovechaba el viaje para quedarse allí un par de días y codearse con algunos camaradas del partido, en su mayoría otro puñado de aficionados a la escritura que colaboraban en la revista. Entre una cosa y otra, al final esos pequeños ingresos de la revista casi siempre se los dejaba en la misma ciudad y pocas veces volvía con algo de dinero de vuelta a Zahara, pero para él aquellas visitas mensuales se habían convertido en parte de su rutina, algo que disfrutaba y de lo que no podía prescindir. La madre de Sebastián solía visitar semanalmente la casa de los Gallardo para comprar algo de verduras y hortalizas, nunca había faltado a su cita semanal hasta que en una ocasión fue el propio Sebastián el que sorprendió a Catalina en la casa familiar. Su madre había pillado un catarro de los gordos y no podía levantarse de la cama, así que había tenido que ir él en su lugar, pero desde aquel día la mujer nunca más tuvo que volver a ocuparse de aquella tarea porque era el propio Sebastián el que se ofrecía voluntario con la excusa —secreta— de volver a ver a Catalina. Y así fue durante al menos un par de años, hasta el día en que la pareja ya recién casada se mudó al número tres de la calle Cervantes. La vivienda, que era vieja pero daba el apaño, había pertenecido a la abuela materna de Sebastián y llevaba cerrada y deshabitada desde su fallecimiento tan solo un año antes. Fue la madre de Sebastián quien sugirió que ambos se mudaran allí a cambio de darle una buena limpieza y encargarse de su mantenimiento. Finalmente, en abril de 1935 Catalina y Sebastián acabaron contrayendo matrimonio en la iglesia de Zahara, pese a las negativas de este último, que se negaba a entrar en la casa de Dios. Sebastián era insistente pero, a pesar de todo, Catalina terminó contentando a ambas familias al lograr convencerlo con dos simples argumentos: el primero, que bajo ninguna circunstancia su madre la dejaría irse a vivir con un hombre sin haber recibido el sacramento del matrimonio; y el segundo, que fue más bien producto de la maña de una mujer que conocía demasiado bien a su pretendiente, le prometió que se casarían el catorce de abril, a lo que Sebastián reaccionó con una repentina sonrisa que Catalina tomó como un sí. Y así, aquel domingo de abril el padre Agustín los unió para siempre en santo matrimonio, comenzando el proyecto de una vida en común que, trágicamente, no duró demasiado.

Aquel mediodía, cuando llamaron a la puerta y Sebastián pidió silencio, Catalina pensó que exageraba. Ya el simple hecho de que hubiese insistido en dejar la puerta cerrada —en un pueblo como aquel, donde las puertas siempre estaban abiertas y únicamente se pedía permiso para entrar— le había resultado extraño, pero Sebastián llevaba toda la mañana escuchando la radio y parecía intranquilo. Tristemente, Catalina también logró comprenderlo cuando, tras los golpes a los que no dieron respuesta, se escucharon las voces de dos hombres que parecían enfadados y llamaban a Sebastián. En ese momento pensó que, si permanecían callados, pensarían que igual ella habría ido a la huerta a echarle una mano a sus padres y que Sebastián estaría almorzando con su familia. Entonces no tardarían en largarse de allí. Pero todos esos pensamientos se borraron en un instante cuando Catalina bajó la mirada hacia su barriga de ocho meses. Nadie habría creído nunca que una embarazada casi a término se habría ido andando a mitad del campo a sembrar patatas. Tras una sucesión de porrazos y embestidas en los que el tiempo pareció congelarse, al final la puerta terminó cediendo y por ella asomaron José Luis y Ramón Castro, dos primos falangistas que ya habían tenido algún que otro encontronazo con Sebastián cuando el alcohol les había nublado el juicio. El resto de lo que ocurrió aquel mediodía en el número tres de la calle Cervantes permaneció para siempre borroso en la mente de Catalina, en un intento por protegerla del daño vivido. Y aun así, aunque Catalina deseaba con todas sus fuerzas poder borrar por completo de su mente todo aquello, como una sucesión de imágenes desordenadas que la atormentaban cuando intentaba dormir por las noches, aún recordaba los golpes, a Sebastián inconsciente junto a los pies de la mesa a medio poner, las súplicas por un niño que aún no había nacido, sus intentos por protegerse el vientre y las palabras que uno de ellos le arrojó con desprecio antes de que se llevaran a Sebastián a rastras y nunca más lo volviese a ver:

—Vete a tu casa, Catalina. Ya has jugado suficiente con los rojos.

Cuando llegaron hasta donde ella se había frenado en seco, su madre le puso la mano en el hombro y lo apretó con cariño.

—Vamos, Catalina.

Se había quedado parada frente a la fachada recordando, una vez más, lo que más le dolía recordar. Miró a Juanjo, que le sonreía mientras agarraba su mano y tiraba de ella con el único objetivo de alcanzar a sus hermanas.

El domingo siguiente, el padre Agustín se acercó a Catalina en cuanto terminó la misa para pedirle que, si no le importaba, se quedase con él y lo ayudase a recoger y adecentar un poco la iglesia. Catalina pensó que se trataba de una simple excusa para hablar con ella, y aunque en eso no se equivocó, sí lo hizo en el motivo que lo llevaba a hacerlo. Don Agustín, además de ser un buen sacerdote, era un buen hombre. Siempre se preocupaba por sus feligreses e intentaba ayudarlos, incluso cuando estos ni siquiera eran conscientes de que necesitaban ayuda. Y si alguien había necesitado ayuda en los últimos años, esa había sido sin lugar a dudas Catalina. Tras el golpe y su regreso al hogar familiar, habían vuelto todas las rutinas que tenía olvidadas, entre ellas la misa semanal de los domingos. En un primer momento, se había sentido culpable por volver a pisar aquel lugar al que no había vuelto desde el día en que contrajo matrimonio, pero el padre Agustín le hizo saber la misma mañana en la que volvió a asistir a misa lo mucho que se alegraba de verla y cuánto sentía que fuese en aquellas circunstancias. Catalina vistió el luto durante apenas un mes, y siempre por presión de su madre, porque el verdadero luto lo llevaba por dentro y ese nunca la abandonaría. Por todo ello, el padre Agustín era plenamente consciente de que, si por ella fuera, nunca acudiría a él con la intención de confesarse, así que de vez en cuando se las arreglaba para retenerla después de misa y hablar con ella durante un buen rato. Catalina solo quería olvidar, pero reconocía que aquellas charlas esporádicas le venían bien a su ánimo y siempre accedía de buen grado cuando el cura le pedía que se quedase a echarle una mano. Sabía que en realidad no era su ayuda lo que buscaba, pero nunca se atrevió a decirle nada. Sin embargo, aquella mañana el propósito del sacerdote era otro muy distinto:

—¿Cómo estás, hija? —se interesó mientras ambos contaban y ordenaban las pesetas del cestillo.

—Bien, padre —contestó con timidez.

—¿De verdad? Mira Catalina, que ya sabes que a mí no hace falta que me engañes. —El padre evitó mirarla, sabía que para ella sería más fácil abrirse si evitaba el contacto visual y le restaba seriedad al asunto—. ¿Qué tal las noches?

—Bien, ahora Juanjo tiene más pesadillas que yo —le respondió mientras continuaba contando monedas.

—Bueno, me alegro. —Al caer en la cuenta de lo que acababa de decir, el sacerdote se apresuró en corregir sus palabras—: No por Juanjo, claro. Pobre, ya se le pasará.

Catalina no pudo evitar reír ante la metedura de pata del cura, que se alegró por haberle sacado una sonrisa de aquella forma tan tonta.

—En realidad quería hablar contigo para proponerte algo.

—¿Qué cosa, padre? —Catalina no tenía ni la más mínima idea de qué iba todo aquello.

—Verás, ¿conoces la playa que hay tras el cabo de Plata? Justo antes de la torre Vieja. Creo que la llaman playa de Agua en medio.

—Sí —respondió Catalina mientras asentía con la cabeza—. Bueno, no he ido mucho por allí, pero se dónde está.

—Pues resulta que están construyendo allí una casa, para unos alemanes que se van a instalar dentro de poco.

—¿Alemanes? —preguntó sorprendida. Catalina habría apostado cualquier cosa a que, si le preguntasen, ningún alemán sabría colocar en el mapa aquel rincón de España.

—No sé mucho más, solo que buscan a una chica que se encargue de la casa. Han acudido a mí para que me encargue de buscar a alguien, alguien que sea de fiar, que venga a misa todos los domingos y la conozca bien.

—¿Y ha pensado en mí? —Catalina estaba sorprendida de que, de entre todas las chicas del pueblo, se lo hubiese ofrecido a ella.

—Te vendría bien, podrías intentar rehacer tu vida.

—Pero... yo hago falta en mi casa. —Catalina titubeaba, no sabía qué decir exactamente porque en realidad estaba tratando de imaginarse qué pasaría si aceptaba.

—Bueno, tampoco sería la primera vez que sales de tu casa.

Catalina echó la vista atrás y recordó la vez en que, aunque fuese durante solamente un año, cambió de domicilio. Juanjo acababa de nacer así que su madre pasaba más tiempo del habitual en casa y, cuando se iba a la huerta a echarle una mano a su padre, eran sus hermanas Carmen e Isabel las que se encargaban de todo. Por aquel entonces ya tenían la misma edad que Catalina cuando empezó a hacerse cargo de la casa y de sus hermanas, ahora que eran más mayores podrían hacerlo perfectamente.

—Lo comentaré en casa —señaló finalmente.

Una semana después, Catalina volvió a quedarse en la iglesia al terminar la misa para hablar con el padre Agustín. Tenía que decirle que aceptaba, que había hablado con su familia y que su madre había sido la primera en estar de acuerdo en que se fuese a servir en aquella casa. Dolores notaba que su hija se marchitaba en aquella casa, que hacía mucho que había perdido la ilusión por todo. Sabía que era una buena oportunidad para ella, para empezar de nuevo, y hacerlo junto a una familia extranjera de posibles era un

seguro para que ya nunca más le faltara ese tipo de trabajo. El sacerdote se alegró al oírla, y es que, como a los demás niños del pueblo, había visto crecer a Catalina y le tenía un gran cariño.

—Solo una cosa —le advirtió antes de dar por terminada la conversación.

—¿El qué?

—No sabes leer, es lo único que me han pedido.

—Pero... padre, yo sí sé leer —Catalina no había ido a la escuela, pero su padre se había encargado por sí mismo de que cada uno de sus hijas aprendiese a leer y escribir. Él mismo les había enseñado a hacerlo.

—Eso lo sabemos tú y yo, pero no ellos —sonrió el cura.

—¿Es tan importante eso? —preguntó sin entender nada.

—Han hecho especial hincapié. Imagino que serán gente discreta, no querrán a nadie que pueda entrometerse en sus asuntos.

—Para eso primero tendría que saber alemán —apuntó Catalina enarcando una ceja.

—Pues tienes razón —rio el cura—. A mí también me parece una tontería pero por si acaso, a partir de hoy no sabes leer ni escribir, nunca fuiste a la escuela y nunca aprendiste. ¿De acuerdo?

—Qué remedio...

Catalina volvió a casa pensando en la extraña condición que había puesto la familia alemana. Hasta cierto punto entendía que una familia extranjera buscara la mayor discreción posible con el servicio, pero, ¿era realmente necesario que no supiese leer y escribir cuando ni siquiera entendía una sola palabra del idioma que iba a hablarse en aquella casa? No lo sabía, pero ante las dudas, desde ese mismo día Catalina intentó olvidarse por completo de aquello que su padre le había enseñado siendo niña. Por primera vez en mucho tiempo volvía a tener ilusión por algo, y no quería que se echase a perder por una tontería como esa.

El 20 de mayo, el padre Agustín fue en busca de Catalina para contarle que acababa de recibir un telegrama en el que se le informaba de que la familia alemana llegaría en breve. Ambos habían estado esperando ese aviso durante todo el mes, así que cuando llegó ya lo habían organizado todo con antelación. Aquella tarde, Catalina metió en una cesta de mimbre lo poco que tenía y se llevaba consigo: dos vestidos de flores y uno azul, dos faldas, dos blusas blancas de algodón y un pequeño bolso de mano negro. Los únicos zapatos que tenía los llevaba puestos. Tras darle un par de vueltas, al final decidió dejar

en el armario el abrigo de paño gris porque, a esas alturas, ya no lo necesitaría hasta que llegase el otoño y para entonces podría volver a casa para llevárselo. Se quedó mirando el vestido negro que se había puesto durante el mes que siguió a la muerte de Sebastián y se alegró de dejarlo allí cuando cerró la puerta del armario: ya nunca más tendría que volver a verlo al coger la ropa cada mañana. Mientras intentaba recordar si había algo más que fuera necesario llevarse, entró su madre en la habitación para preguntarle si necesitaba ayuda, a lo que ella negó con la cabeza mientras llegaba a la conclusión de que no se le olvidaba nada. Entre las manos, Dolores llevaba una Biblia que extendió hacia Catalina con el propósito de que la guardase junto a la ropa y se la llevase a su nuevo destino.

—Gracias, madre —contestó ella mientras la cogía para observarla detalladamente. Era la Biblia de su abuela materna, desgastada por el paso del tiempo pero con un enorme valor sentimental para su familia. Catalina se la devolvió a su madre recordándole el motivo por el cual no podía llevársela con ella—: Pero acuérdense de que yo para ellos no sé leer. Sería raro que me presentase allí con un libro, ¿no cree?

—Pero es una Biblia, no es necesario saber leer para tener una —Dolores llevaba dos décadas guardando aquel libro sagrado como oro en paño, era de lo poco que conservaba de su madre, quien al igual que ella nunca aprendió a leer ni escribir—. Solo quiero que tengas algo que te proteja lejos de casa.

—Lo sé, madre —respondió Catalina mientras se acercaba para besarla en la mejilla—. Y no se preocupe, que voy a venir todos los domingos. Tampoco es que me vaya a Alemania, voy a estar ahí al lado.

Dolores sonrió ante las palabras de su hija mayor, que habían conseguido reconfortarla un poco. Sin embargo, seguía sintiendo que un polluelo volaba de su nido —por segunda vez— y, sin poder remediarlo, aquello la entristecía muchísimo. Sobre todo teniendo en cuenta cómo habían terminado las cosas la primera vez.

A primera hora del día siguiente, Catalina se reunió con el cura frente a la iglesia. Al llegar, el padre Agustín ya la esperaba montado en una carreta tirada por una mula.

—La he pedido prestada —sonrió al verla, a modo de saludo—. Vamos sube, que hoy va a ser un día muy largo y cuanto antes nos pongamos en marcha mejor.

Catalina colocó la cesta de mimbre con su ropa en el interior de la carreta y subió a la parte delantera para sentarse junto al sacerdote. La carreta no era especialmente grande, pero tenía el tamaño suficiente para cargar varios sacos llenos de alimentos y que ambos

cupiesen sentados en la parte delantera. El padre Agustín hizo una mueca cuando Catalina le indicó con un gesto que podían iniciar la marcha, luego volvió la cabeza hacia la parte trasera y detuvo la vista en la cesta de mimbre que llevaba consigo como única pertenencia.

—¿Ya está? —preguntó, atónito.

—No tengo mucho más —respondió ella encogiéndose de hombros—, la ropa es lo único que no comparto con mis hermanas.

—Tiene sentido —asintió—. Además, allí tampoco necesitarás gran cosa. Hay de todo, no te preocupes.

Durante el trayecto, el sacerdote resolvió cada una de las dudas que asaltaban a Catalina mientras la ponía al día de todo cuanto sabía. La familia alemana a la que iba a servir se apellidaba Krauss, y en realidad no era una familia formada por varios miembros, sino un matrimonio. El hombre se llamaba Bertram y tenía en torno a 40 años, su esposa era Helga y de ella solo sabía que era varios años más joven que él. Se habían casado hace poco, así que el matrimonio aún no tenía hijos, pero el sacerdote estaba seguro de que pronto vendrían en camino. Lo sabía exactamente por el mismo motivo por el que también daba por hecho que estarían una larga temporada por allí: el matrimonio había pedido expresamente que la vivienda tuviera más de cuatro dormitorios, así que la estancia de los Krauss no debía ser cosa de solo unos meses y probablemente tuvieran pensado ampliar la familia. Cuando salió el tema de las habitaciones, Catalina se interesó por la casa en la que viviría junto a la familia. El padre Agustín únicamente supo decirle que era la casa más grande que había visto en mucho tiempo, así que la joven permaneció durante todo el trayecto con unas ganas incontrolables de llegar rápido y comprobar si el cura exageraba. De las razones por las que un matrimonio alemán se trasladaría a aquel rincón tan escondido de la costa gaditana poco sabía el padre Agustín, el único contacto que había tenido era con un oficial de la Capitanía General de San Fernando, el cual había llegado hasta él a través de la Archidiócesis de Sevilla. Todo aquello le hacía suponer que los nuevos vecinos de la población no eran simples empresarios que habían llegado con el objetivo de expandir sus negocios, sino que se trataba de gente de una importancia mucho mayor. Todo aquel misterio sobre el motivo que provocaba la llegada del matrimonio alemán a España, a qué se dedicaban o por qué no llegaban por su cuenta sino a través de tan buenos contactos, se sumaba a la incógnita de una casa que dejó a Catalina sin palabras cuando, tras más de una hora de camino, alcanzaron aquella playa natural completamente desierta. A las faldas de las montañas y escondida entre la vegetación, a

pocos metros de donde comenzaban las dunas de arena fina y dorada que se extendían hasta la orilla, se encontraba la vivienda que había sido construida en tiempo récord. Aquel día, el viento de levante pareció querer darles una tregua a los vecinos de la costa gaditana. El amanecer había pillado de camino a Catalina y al padre Agustín, y a aquella hora los primeros rayos del sol iluminaban débilmente los 1500 metros de playa que se extendían entre los cabos de Plata y de Gracia. La estampa de las aguas casi transparentes bendecidas por aquel clima tan primaveral provocaron una reacción genuina en la joven que, buscando estirar un poco las piernas, se bajó de la carreta con energía:

—No, si tontos no son.

El cura no pudo evitar soltar una carcajada ante la ocurrencia de la joven, y es que no se podía negar que aquel lugar era un sitio idílico para vivir de no ser por su pésima comunicación y accesibilidad. El camino de tierra que lo conectaba con Zahara se había formado gracias a los continuos viajes del puñado de vecinos que vivía en las chozas de piedra que había cerca de la playa. Aunque podía decirse que eran casi ermitaños, el pequeño grupo de personas que vivía de la agricultura en aquel lugar apartado acudía ocasionalmente al pueblo para comprar cualquier tipo de suministro o realizar alguna gestión. Sea como fuere, aquel lugar no estaba conectado por carretera y, por lo tanto, ningún automóvil podía acceder hasta allí.

—Vamos, hija —la llamó el cura—. Sube, que bajamos la cuesta y ya estamos.

Al detener la carreta frente a la vivienda, Catalina se quedó boquiabierta al poder apreciar de cerca la inmensidad de aquel lugar. La casa estaba rodeada por un pequeño jardín delimitado por un muro de piedra que, frente a la fachada de la casa, se cerraba mediante una enorme reja de hierro forjado pintada en verde. Los árboles daban sombra a la construcción que, pese a seguir la estética tradicional andaluza que podría encontrarse fácilmente en cualquier hacienda o cortijo, llamaba la atención por pequeños elementos arquitectónicos tan poco comunes en aquella zona que terminaban destacando sobre el resto de la vivienda. Se trataba de una extraña mezcla en la que las típicas paredes encaladas y los tejados a cuatro aguas de tejas árabes convivían con ventanas de estilo alemán y balcones de madera. En la parte de atrás, una pequeña cuadra que en aquel momento estaba completamente vacía servía como resguardo para varios animales de carga. Catalina bajó de la carreta y, tras un pequeño forcejeo con el cierre, abrió el portón de hierro para que el padre Agustín pudiese pasar hacia dentro. Al llegar frente a la puerta principal de la casa, Catalina permaneció expectante mientras el sacerdote buscaba en un manojo de varias llaves de hierro la que se suponía que debía abrirla. Al hacerlo, lo

primero que pensó Catalina al ver el interior de la vivienda fue que nunca en su vida alcanzaría a tener una casa así. A diferencia del largo y estrecho pasillo que vertebraba su casa desde la puerta principal hasta el patio trasero, al abrir la puerta de aquella casa lo primero que uno se encontraba era un amplio recibidor del cual salían unas enormes escaleras que daban a la planta alta. Al fondo, varios ventanales acompañaban a una puerta de madera acristalada que daba acceso a un patio interior andaluz porticado, cuyo protagonismo recaía en coqueto pozo que se situaba justo en el medio. Catalina se dirigió hacia uno de los ventanales para contemplar aquel patio que le había llamado tanto la atención. Estaba completamente vacío pero aun así era precioso. En cuestión de minutos, el padre Agustín guio a Catalina por toda la casa enseñándole brevemente cada una de las estancias: un enorme salón con chimenea, la cocina, el despacho de Herr Krauss, los baños —que estaban situados en el interior de la vivienda—, los diferentes dormitorios —algunos de ellos vacíos, como si estuvieran a la espera de nuevos habitantes para amueblarse— y, finalmente, el suyo. En la planta superior, unas pequeñas escaleras daban acceso a una especie de buhardilla en la que se encontraban dos modestas habitaciones para el servicio. Ambas eran exactamente iguales, así que Catalina escogió al azar una de ellas y dejó sobre la cama la cesta de mimbre que había traído consigo.

Durante el resto del día, la función de Catalina fue la de encargarse de dejar la vivienda impecable para la llegada del matrimonio alemán. Aunque se notaba que a la casa le habían dado una buena limpieza después de haberse amueblado, una fina capa de polvo cubría cada una de las estancias dando a entender que se había llevado un buen tiempo lista a la espera de la llegada de sus nuevos inquilinos. Antes de irse y dejarla con la faena, el padre Agustín le informó de que el matrimonio alemán llegaría a cualquier hora de la tarde, seguramente acompañados de aquel oficial militar que había sido el único contacto entre ellos y el párroco. Luego, se despidió dejándole las llaves de la casa y, por el mismo camino por el que habían llegado juntos esa mañana, se fue de vuelta a Zahara.

Catalina continuó con la limpieza durante el resto de la mañana y una vez que la casa estuvo impecable, se dedicó a sacar y organizar los alimentos de los sacos que había bajado de la carreta con ayuda del padre Agustín antes de que este se marchase. Fue sacando todo cuanto había, que no era poco, y colocándolo en las alacenas y estanterías que amueblaban la cocina. A la hora de comer, se tomó la licencia de prepararse una tortilla que se comió con prisa en la misma mesa central de la cocina y luego continuó con el trabajo. No había pasado mucho tiempo cuando oyó el relincho de un par de caballos y el sonido de la verja exterior abriéndose, Catalina se miró de arriba abajo y se

sacudió la ropa para adecentarse antes de acudir al encuentro del matrimonio alemán. Al abrir la puerta principal, se encontró con una calesa, no muy grande, de la que bajaba un militar uniformado. Catalina permaneció junto a la puerta viendo cómo, tras él, una mujer de cabello rubio y muy bien vestida bajaba colocándose la falda. Era joven, no más de treinta años, aunque en su rostro se apreciaba que no le hacía especial ilusión aquel viaje. Tras ella bajó quien debía ser su marido, Bertram Krauss, que vestía un sencillo traje de raya diplomática con corbata de rayas. Una vez los tres hubieron bajado de la calesa, el militar se dirigió al cochero para pedirle que bajase las pertenencias de la pareja y las dejase en la entrada y acto seguido se dirigió a Catalina, la cual esperaba pacientemente sin poder apartar la vista de los tres desconocidos:

—Buenas tardes —saludó el militar sin tan siquiera presentarse a sí mismo—, estos de aquí son el matrimonio Krauss. Bertram y Helga —dijo señalando ordenadamente a ambos—. A partir de ahora formarás parte del servicio doméstico y te dirigirás a ellos como Herr y Frau Krauss. El señor habla un poco de español, la señora no conoce el idioma. Si necesitas comunicarte con ella no creo que haya problema en entenderse mediante gestos, pero si se tratara de algo importante, hazlo con el señor.

Catalina asintió ante toda aquella información, pensando en lo complicado que sería para ella entenderse con alguien que hablaba un idioma que no se parecía en lo más mínimo al suyo. Aun así, intentó no agobiarse antes de tiempo.

—¿Te llamas? —preguntó el militar, que parecía estar ya esperando una respuesta desde antes de formular la pregunta.

—Catalina —se apresuró en responder—, Catalina Gallardo Ruiz.

—Catalina —repitió el militar dirigiéndose al matrimonio esta vez y señalando a la joven. Bertram y Helga Kraus asintieron sin decir una sola palabra.

Catalina se acostumbró pronto a su nueva vida. Los días eran tranquilos en aquel lugar donde todo cuanto tenía que hacer se resumía en mantener impecable cada rincón de la casa, preparar las comidas y cuidar del caballo que Herr Krauss usaba para desplazarse. El timbre de aquella casa no sonaba nunca y, por ende, nunca recibía visitas a las que atender. En aquella monotonía, Frau Krauss se pasaba la mayor parte del tiempo bordando, escuchando música en el tocadiscos de la sala de estar o leyendo alguna revista alemana de sociedad o moda. Sin embargo, de vez en cuando se hartaba de hacer siempre lo mismo y no comunicarse con nadie, entonces salía a dar un paseo por la playa con el propósito de tomar el aire. Helga Krauss a penas se comunicaba con Catalina, y si lo hacía

era exclusivamente cuando necesitaba algo que le indicaba mediante gestos. Todas las tardes, por ejemplo, mientras Catalina estaba ocupada encargándose de cualquier tarea de la casa, escuchaba su nombre con un acento germano tan marcado que a penas se entendía y, al acudir, Frau Krauss se limitaba a llevarse la mano a la boca y sorber de una taza imaginaria. A Catalina le bastaba para entender lo que quería decir y dejaba lo que fuese que estuviese haciendo para ir a la cocina y prepararle un café. Herr Krauss, sin embargo, pasaba la mayor parte del día fuera de casa. Solía llegar cuando ya anochecía y, por más que se lo preguntaba a sí misma, Catalina no tenía ni la más mínima idea de a qué se dedicaba aquel hombre que parecía estar tan ocupado. En cuanto a lo de no saber leer ni escribir, ni siquiera tuvo que fingirlo dado que el único contacto que tenía con palabras escritas era con el correo que llegaba de vez en cuando y que, en un idioma indescifrable para ella, se limitaba a dejar sobre la mesa del despacho de Herr Krauss. A veces, llegaba alguna carta en español; entonces, Catalina le echaba un vistazo rápido al remitente antes de dejarla sobre la mesa, pero siempre venían de la Capitanía General de San Fernando, cosa que tampoco le sorprendía dado que el único contacto de la familia con España había sido aquel militar que los había acompañado en su llegada.

Cada domingo, Catalina aprovechaba el día libre para ir a ver a su familia. Salía muy temprano de la casa de los Krauss y, a pie, recorría por el carril de tierra los seis kilómetros que separaban la playa del pueblo de Zahara. Casi siempre llegaba cuando las campanas daban el primer toque a misa, así que se dirigía hacia su casa para ayudar a vestir a su hermano menor mientras el resto de su familia desayunaba un simple vaso de leche antes de ir a la iglesia. Sin embargo, había veces que, por cualquier lo que fuese, se retrasaba un poco más y llegaba con el tercer y último toque. Entonces se iba directa hacia la iglesia y ya después se iban todos juntos de vuelta. Juanjo era siempre quien más se alegraba de verla, pues era Catalina quien prácticamente había ejercido de madre para él durante sus primeros cuatro años de vida, entregándole todo el cariño que no había podido darle a su propio hijo. En su casa nunca se hablaba de ello, intentaban olvidar que tan solo dos semanas después de perder a su esposo Catalina había tenido que parir un bebé al que el corazón se le había parado antes de nacer. Los golpes que recibió aquel dieciocho de julio nunca le dolieron tanto como cuando tuvo que enterrar a su hijo sin tan siquiera conocer el paradero de su padre.

Por otro lado, su madre siempre la recibía con un abrazo y cada domingo le repetía lo guapa que estaba y lo bien que la veía. Catalina sonreía y asentía justificándolo:

—Es que ahora como muy bien, madre. Si viera esas alacenas, siempre llenas...

Nunca tenía que preocuparse por ir hasta Zahara para hacer la compra, todos los lunes llegaba a la casa un hombre con una carreta llena de todo cuanto la familia necesitaba: desde alimentos frescos, productos de limpieza o menaje para la casa, hasta las revistas alemanas de la señora Krauss, vestidos que llegaban importados de alguna boutique francesa e incluso alguna que otra joya. Cada lunes, Catalina esperaba a aquel hombre como quien espera un regalo por su cumpleaños, y con los alimentos que traía preparaba recetas que ella misma improvisaba pero que siempre le salían riquísimas. Herr y Frau Krauss estaban encantados con las comidas, aunque nunca rebañaban tanto el plato como cuando Catalina preparaba atún encebollado, el plato típico de Zahara que tantas veces había cocinado en casa junto a su madre.

—Es que lo tuyo con la cocina no es normal —le decía su madre—. Siempre se te ha dado mejor que a mí, desde luego —y ambas reían recordando alguna anécdota relacionada con aquello.

A mediados de agosto, nada más acabar la misa, el padre Agustín se acercó a Catalina como tantas otras veces había hecho en los últimos años. No lo hacía desde que tres meses antes la había ayudado a instalarse en la casa de los Krauss, así que Catalina se imaginó que querría saber cómo le iba todo por allí.

—Muy bien, padre —le respondió sonriendo mientras asentía con la cabeza—. Herr Krauss casi nunca está en casa, y Frau Krauss casi nunca quiere que la molesten, así que me encargo de que todo esté en orden y poco más.

—Me alegro, hija —sonrió el sacerdote—. Ya era hora de que la vida te sonriese un poco.

—Gracias, padre.

Mientras que poco a poco la iglesia se fue quedando vacía, el padre Agustín continuó preguntándole a Catalina por su nuevo trabajo. Quería comprobar que no tenía ningún problema y, sobre todo, que no había hecho mal al mandarla allí. Catalina lo puso al día sobre su nueva vida contándole todo tipo de detalles, incluso le habló de su intención de llenar el patio central que la tenía fascinada desde el primer día con flores y macetas. Cuando la iglesia se quedó completamente vacía, a excepción de ellos dos, Catalina ya le había contado con pelos y señales cómo tenía pensado dejar de bonito aquel patio. El cura, en cambio, aprovechó para frenarla en su entusiasmo y contarle la otra razón por la que la había retenido allí aquel domingo.

—Hija, tengo algo que comentarte —se sinceró el cura, que se sentía culpable por haber cortado su relato.

—¿El qué, padre? —respondió ella, ingenua.

—Es largo de contar, vamos a sentarnos. —El padre Agustín le hizo un gesto para que se sentase en uno de los bancos de primera fila y a continuación se sentó junto a ella—. Verás, no me extiendes mucho. ¿Conoces los batallones de trabajo, no?

—Claro —asintió.

Había oído hablar de ellos varias veces y es que, aunque en la costa gaditana triunfase el golpe desde un primer momento, lo cierto era que todo el mundo tenía algún familiar o conocido al que, aunque fuese solo por su ideología, apresaron durante el transcurso de la guerra. Los que corrieron peor suerte fueron fusilados en algún paredón y, si no habían sido arrojados a una fosa común, se desconocía por completo el paradero de sus cuerpos. Pero los que habían corrido mejor suerte aún seguían encarcelados en algún penal, en unas condiciones de hacinamiento que a menudo los hacían enfermar y, en muchos casos, los llevaban a la muerte. La redención de penas por trabajo fue el sistema ideado por el régimen para solventar de alguna forma la saturación de las prisiones, y no solo eso, era además una forma ideal de conseguir mano de obra barata que destinaban a diferentes labores, como por ejemplo la construcción y reconstrucción de infraestructuras dañadas por la guerra. Muchos presos optaban por esta vía, dado que era una manera de conseguir conmutar hasta una tercera parte de la pena. Otro de los incentivos era la remuneración de una pequeña cantidad de dinero, aunque eso era en la teoría, pues la realidad era que la mayoría de las veces no llegaban a ver una sola peseta y, además, las condiciones de trabajo no eran precisamente ideales. Catalina siempre terminaba elucubrando sobre cuál de todos estos destinos habría sido el de Sebastián si los Castro no hubiesen ido a por él aquel mediodía, y alentada por historias de terceros que habían logrado llegar hasta Francia o Portugal, fantaseaba con la idea de que, de haber sido de otra forma, habrían podido llegar hasta Tánger o Gibraltar en el barco pesquero de la familia de Sebastián y ahora vivirían exiliados en alguna ciudad de América Latina, juntos y felices, los tres. Pensar en Sebastián siempre terminaba haciéndole daño y esa era la razón por la que evitaba hacerlo, pero cuando tras mucho esfuerzo conseguía controlar sus pensamientos, ya se encargaban las pesadillas de recordarle cuánto echaba de menos la familia que había empezado a formar y que ya no podría hacerlo. Catalina siempre se despertaba de aquellos sueños sudada y alterada en mitad de la noche, y era entonces cuando se daba cuenta de

que Sebastián no estaba al otro lado de la cama, y que aquel niño nunca había llegado a respirar.

—El mes pasado —continuó el cura—, destinaron a uno de esos campamentos de prisioneros cerca de aquí. Hay un montón por la zona, por toda la costa, pero ese en concreto está a casi una hora andando desde Zahara.

—No tenía ni idea, padre —Catalina no había oído hablar de aquel campamento ni de ningún otro allí cerca. Desde que había comenzado a trabajar para los Krauss estaba completamente desconectada de todo. Sus días pasaban, de lunes a sábado, en una burbuja alejada de todo aquello, lo cual le venía bastante bien porque por fin había conseguido despejarse y empezaba a deshacerse de las pesadillas. Los domingos los pasaba siempre con su familia, y aunque sus hermanas la ponían al día y le contaban los últimos cotilleos del pueblo, en su casa nunca se mencionaba nada que guardase relación con la guerra. Don Agustín era la única persona que, de vez en cuando, se atrevía a hablar con ella de aquellos temas que tanto seguían escociendo.

—Bueno, pues tú sabes que uno de los propósitos es su reinserción en la sociedad, y para ello han de asumir los principios del régimen, así que cuando los destinaron aquí me comprometí en ir semanalmente a dar una misa y ofrecer atención espiritual y religiosa.

—¿Va usted allí?

—Todos los domingos después de comer. —El padre Agustín hizo una pausa para luego interrumpirse a sí mismo—: Pero bueno, lo que venía contando. Llevo yendo un par de semanas, no más, oficio misa y luego permanezco un buen rato allí. Mi deber es hablar con ellos y ofrecerles mis servicios como sacerdote, pero son republicanos, Catalina, no creen en Dios.

—¿Y qué hace entonces?

—Muchas veces me vuelvo antes, intento ayudarlos con cualquier cosa pero no hay mucho que hacer. No están allí para ganarse el perdón como dicen en los periódicos o en la radio, están allí porque no tienen otra salida.

—¿Van allí forzados? —El sacerdote había captado toda la atención de Catalina, cuya curiosidad la animaba a seguir preguntando en busca de respuestas.

—Pues no lo sé porque ninguno me dirige la palabra, pero cualquiera diría que lo parece. —Al ver la cara que estaba poniendo Catalina con todo aquello, el cura volvió a redirigir su discurso rápidamente—: El caso es que, el otro día, uno de los presos se acercó a mí y me dijo que quería confesarse. Era la primera vez que alguno me lo pedía, así que pensé que lo que quería en realidad era tomarla conmigo y decirme que me largase de

allí, no sé... algo por el estilo. Aun así, se supone que estoy allí para confesarlos así que le pedí que me acompañase a un lugar más tranquilo y apartado del resto. Nos sentamos en una roca y allí se presentó con nombre y apellidos.

—¿Cómo? —Catalina no entendía nada de lo que contaba el padre Agustín.

—Lorenzo Álvarez Sanz. ¿Te suena de algo ese nombre?

—No. —Catalina empezó a ponerse nerviosa. Que el cura le hubiese preguntado si conocía a un preso hizo que la incertidumbre por no saber de qué iba todo aquello se adueñara de ella. La boca del estómago se le cerró de golpe y en la garganta comenzó a notar una bola que le impedía tragar saliva. Se había sentido mal muchas pero que muchas veces, sobre todo en los últimos tres años, pero aquella sensación tan concreta no la recordaba desde que siendo niña su madre la llamaba para regañarla por algo que aún no sabía qué era.

—Catalina —dijo el cura en un tono tranquilizador mientras la miraba fijamente—, ese hombre conocía a Sebastián.

El corazón de Catalina dio un vuelco y las pulsaciones comenzaron a atropellarse una detrás de otra. Agradeció estar sentada porque, de estar de pie, habría tenido que buscar asiento rápidamente. No entendía de qué iba todo aquello, aquel nombre no le sonaba de nada. Es más, estaba segura de que no lo había escuchado nunca en su vida. ¿Por qué ahora, tres años después de que ya no estuviera, aparecía un hombre que decía conocerlo?

—¿Estás bien? —le preguntó el cura al ver cómo su rostro había palidecido de forma repentina y tenía la mirada perdida. Catalina recobró el sentido y se giró para mirarlo.

—Sí... —respondió con el ceño fruncido mientras seguía dándole vueltas a aquel nombre. Lorenzo Álvarez Sanz. ¿Y si lo conocía pero había olvidado su nombre? Catalina nunca había sido buena recordando datos muy concretos como fechas y apellidos, quizá Sebastián le había hablado de él en algún momento y ella había olvidado su nombre. Mientras pensaba en todo aquello cayó en la cuenta de que poco importaba si lo conocía o no porque lo que en realidad la inquietaba y preocupaba era saber qué quería aquel hombre después de tanto tiempo. Y así se lo preguntó al padre Agustín—: ¿Te ha dicho qué quiere?

—Oh, tranquila. —Don Agustín intentó tranquilizarla poniéndole una mano en el hombro—. Sé que remueve sentimientos, pero es solo un conocido suyo que no estaba al tanto de lo que había pasado.

—¿Qué te dijo? —preguntó Catalina, ya más tranquila.

—Me preguntó si lo conocía, solo quería saber de él. Estaba claro que confesarse no entraba en sus planes —dijo el cura sin perder el sentido del humor—. Me contó que lo conocía de la revista en la que colaboraban, que lo consideraba un buen amigo pero que no había vuelto a saber nada de él desde el golpe. Creo que ya se imaginaba lo peor, así que lo único que hice fue confirmárselo.

Catalina recordó entonces las cartas que Sebastián solía recibir de la revista y que ella misma recogía, fue entonces cuando cayó en la cuenta de quién era aquel hombre que decía ser tan buen amigo del que había sido su esposo.

Durante el año que compartieron juntos en la casa de la calle Cervantes, Catalina se acostumbró a pasar sola un par de días al mes: cada vez que Sebastián viajaba a Cádiz para visitar la redacción de la revista. Aunque al principio no entendía muy bien qué iba a hacer allí ni por qué tenía que quedarse una o dos noches, finalmente terminó dándose cuenta de que aquellas escapadas eran como oxígeno para él, y que cada vez que volvía lo hacía con un brillo distinto en la cara, ideas nuevas y ganas de sentarse rápidamente en una mesa para plasmarlas en el papel. En una ocasión, Sebastián insistió en que quería que ella conociera esa parte suya que todavía desconocía y la invitó a que lo acompañase en la próxima visita. Ella se negó porque entendía que, al fin y al cabo, aquello era trabajo y lo más probable es que estuviese demasiado ocupado como para estar pendiente de ella, pero Sebastián insistió tanto que al final no pudo negarse. A él le hacía ilusión que Catalina conociese algo que lo hacía tan feliz, y con esa misma ilusión se subió junto a ella en el autobús que, desde hacía no mucho, era la única conexión regular de Zahara con la capital de la provincia. Al llegar a Cádiz se alojaron en un pequeño hostel situado a las afueras y, sirviéndose del tranvía para moverse de un lado a otro, Sebastián le enseñó a Catalina lo bonita que era aquella ciudad que, al igual que ella, lo tenía enamorado. También la llevó a la redacción de la revista, donde le enseñó las máquinas en las que se imprimían cada mes los ejemplares que ella luego veía por casa. Después le presentó al director de la revista, a algunos colaboradores y a otros camaradas del partido con los que Sebastián compartía su tiempo en cada viaje. Esa misma noche habían quedado para salir a cenar todos juntos, así que cuando los invitaron a unirse a ellos la pareja no pudo negarse. A Catalina le sorprendió ver cómo aquella cena se convertía en una especie de reunión en la que todos ellos hablaban largo y tendido sobre temas de economía, política, música o literatura. Pero sin lugar a dudas, lo que más impresionó a Catalina fue ver cómo otras mujeres se reunían, bebían y fumaban codo con codo con los hombres. A pesar de

que en algunas ocasiones se sentía perdida cuando la conversación derivaba en temas que ella desconocía, Catalina se sintió perfectamente integrada en aquel grupo tan variopinto. En un pensamiento fugaz, llegó incluso a pensar que podría acostumbrarse fácilmente a la vida en la ciudad. De aquel viaje ambos volvieron con ese brillo especial en la mirada, tanto que, a partir de entonces, Catalina se convirtió en el filtro por el que pasaban los escritos de Sebastián antes de mandarlos a la revista. Ella admitía no entender mucho de letras, por eso sus favoritos siempre eran los poemas, breves y sencillos, que terminaban anclándose en su memoria y que luego cantaba atribuyéndoles una melodía que ella misma inventaba mientras cocinaba. A Sebastián le encantaba sentarse y escucharla cantar aquellos versos que, en muchas ocasiones, hablaban de ella.

A veces, Sebastián recibía cartas de la revista que Catalina se encargaba de recoger y dejar sobre la mesa del comedor. Nunca se inmiscuía en su correspondencia privada, así que todo cuanto sabía era lo que el propio Sebastián le contaba: tanto él como otros escritores que colaboraban en la revista solían compartir mediante cartas sus últimos escritos. Catalina nunca curioseó ni fisionó en las cartas que Sebastián guardaba muy cuidadosamente en una caja de zapatos que luego almacenaba en el interior del armario. Sin embargo, cuando después de su muerte tuvo que recoger sus pertenencias para luego volver a casa de sus padres, Catalina se encontró con aquella caja de zapatos prácticamente por casualidad. Fue entonces cuando, conmovida y sin poder parar de llorar, se sintió con la libertad suficiente para echarle un ojo al interior de la caja. Catalina se aferraba a todo lo que le recordaba a él, y al fin y al cabo esa caja representaba una pequeña parte de la que había sido su vida. Al abrirla se encontró con más de cincuenta cartas que provenían de personas distintas, algunas habían sido enviadas directamente desde la dirección de la revista y otras tantas eran de escritores que incluían sus poemas o reflexiones al final del mensaje. A Catalina le sorprendió ver que la mayoría de aquellas cartas pertenecían a un mismo hombre y, durante semanas, las fue leyendo una a una con mucha calma durante las noches en las que no conseguía conciliar el sueño. El hombre que firmaba esas cartas era Lorenzo Álvarez Sanz, pero no fue hasta que el cura le preguntó a Catalina que de qué conocía aquel hombre a Sebastián que ella cayó en la cuenta de todo.

—Me gustaría conocerlo —manifestó Catalina. El cura, que no esperaba esa reacción, permaneció en silencio durante unos segundos.

—¿Estás segura? —dijo al fin.

—Sí —confirmó ella—. Acabo de recordar que Sebastián y él se escribían a menudo, solían compartir entre ellos algunas de las cosas que escribían. Yo aún guardo sus cartas, pero me gustaría hablar con él de las que Sebastián le mandó para saber si las sigue teniendo. La verdad es que me gustaría mucho poder verlas —se sinceró Catalina, algo a lo que el padre Agustín no estaba acostumbrado, dado que normalmente era él quien tenía que arrancarle las palabras a base de insistir.

—Ehh... sí, claro —accedió después de dudar unos instantes—. Mira, podemos hacer una cosa. Si quieres, puedes venirte conmigo hoy. Te vas ahora a casa, estás con tu familia, y después de comer te vienes y salimos para allá. ¿Te parece?

—Vale, sí —fue su única respuesta.

Al llegar a casa Catalina le contó a su familia los planes que tenía para aquella tarde, aunque omitió el motivo real que la llevaba a querer ir hasta aquel lugar tan apartado de todo. Le explicó a su madre que el padre Agustín se había ofrecido a officiar misa a los presos de los campos de trabajo que buscaban la redención, y que había pensado que podía ir esa misma tarde para acompañarlo y así echarle una mano. A nadie en su casa le extrañó aquel gesto que, después de todo lo que el cura había hecho por ella, parecía una simple forma de devolverle el favor. Y así, cuando terminaron de comer, Catalina ayudó a su madre a recoger la mesa y se despidió de todos con un beso. No sabía a qué hora saldría del campamento, pero dado que estaba lejos y le pillaba de camino de vuelta, suponía que desde allí se iría directamente a casa de los Krauss.

Cuando Catalina apareció frente a la iglesia, el padre Agustín ya hacía un rato que la esperaba subido a la misma carreta que los había llevado tres meses antes a la playa de Agua en medio. Catalina se quedó mirándola fijamente y antes de que pudiese decir nada el cura se le adelantó:

—Sí, es la misma —señaló como si supiese de antemano lo que le iba a preguntar—. Paco se ha ofrecido a dejármela todos los domingos a cambio del vino que sobra de misa y que no llega a consagrarse.

—¡Padre! —Catalina no pudo contener las carcajadas ante la ocurrencia del cura, que al ver la reacción que había provocado comenzó a ruborizarse por la vergüenza—. ¡No puede estar hablando en serio!

—Iba a tirarlo de todas formas... —intentó excusarse—. La verdad es que a mí me parece un buen trato.

—Vale, vale —fue el veredicto final de Catalina, que intentaba recuperarse de la risa floja que le había entrado—. Bueno, ¿nos vamos?

—Nos vamos.

El camino que tomaron era el mismo que Catalina recorría cada domingo para ir al pueblo desde casa de los Krauss, camino que luego tomaba de vuelta. A poco más de la mitad del trayecto —saliendo desde Zahara— se situaba la bifurcación, también de tierra, que se extendía aproximadamente un kilómetro desde allí hasta el campamento donde se había asentado el destacamento en cuestión. Catalina recordó haberse fijado alguna que otra vez en ese camino, aunque nunca le había llamado especialmente la atención puesto que pensaba que comunicaba con alguna finca cercana. Al llegar al final del mismo, se encontraron con una alambrada de espino que rodeaba el recinto e impedía la fuga de los presos. En la entrada, dos militares uniformados hacían guardia a sendos lados de la puerta. Al verlos llegar, los militares saludaron al cura, que presentó brevemente a Catalina y les indicó que lo había acompañado para echarle una mano. El binomio no presentó ninguna objeción y acto seguido abrieron la puerta de hierro para dejarlos pasar. Al entrar, Catalina no pudo evitar apartar la vista de todo cuanto veía. Cada edificación que había allí había sido levantada por los propios presos. En la parte derecha había un pequeño cuartel del que no dejaban de entrar y salir militares, y al fondo, varios barracones servían de dormitorios para los presos. Catalina sentía la enorme curiosidad de entrar y ver en qué condiciones vivían allí, pero sabía de sobra que tendría que quedarse con aquella duda. De igual forma, el exterior de aquel campamento era suficiente para que aquella imagen no se le pudiese borrar de la mente. Los presos estaban dispersos por todo el campamento, algunos sentados en el suelo y formando corros, otros apartados del resto y con la mirada perdida. Todos ellos vestían ropas sucias y ajadas por el trabajo, y muchos ni siquiera llevaban puesta la parte superior. En los presos que llevaban el torso desnudo podía leerse a la perfección su número de identificación escrito con tinta indeleble, justo en la mitad del torso. La disposición del cuartel y los barracones formaban una L, y en el centro quedaba un patio central en el que los presos solían formar y cantar la Marcha Real y el Cara al sol —himno de la Falange— cada mañana. En uno de los extremos que quedaban libres había un pequeño edificio, mucho más pequeño, que hacía de almacén. Don Agustín le pidió a Catalina que lo acompañase hasta allí, y en ese mismo momento ella maldijo para sus adentros el preciso instante en el que tuvo la idea de ir hasta aquel lugar. Mientras cruzaban el patio central, que no era más que una explanada de albero, Catalina sintió cómo la invadía la vergüenza al darse cuenta de que allí, en ese momento, acababa de convertirse en el centro de atención de todos los presos. Aunque intentaba mantener la vista fija en el frente mientras caminaba al lado del cura, de reojo

podía ver cómo todos se volvían para mirarla y cómo cuchicheaban a su paso, incluso podía notar las miradas de todos ellos clavadas en su espalda. Catalina nunca había sido una mujer segura de sí misma y el único contacto que había tenido con un hombre —exceptuando a su padre— había sido con su marido. Durante todo ese momento, intentó tener presente el motivo que la había llevado hasta allí, y así consiguió calmar un poco la vergüenza que sentía a la vez que disminuía el rubor de sus mejillas. Una vez dentro de aquel almacén de paredes de piedra y tejado de chapa, el padre Agustín señaló una mesa alargada de tablones de madera que estaba colocada a un lateral de la puerta y le pidió que se situase en un extremo para ayudarlo a moverla. La levantaron a pulso y la trasladaron al exterior, situándola en uno de los extremos del patio de forma que los presos pudieran colocarse ocupando todo el espacio central que quedaba frente a ella. Mientras los presos se iban reuniendo en la explanada, Catalina y el padre Agustín colocaron todo lo necesario para la liturgia. Por orden de los militares, los presos fueron ocupando una posición ordenada hasta que, una vez que todo estuvo listo para dar comienzo a la misa, el sacerdote le pidió a Catalina que lo esperase en el interior del cuartel:

—Se distraerán contigo si te quedas fuera —le dijo, aunque ella ya se había percatado de eso—. Estos hombres llevan meses sin ver a sus esposas.

Catalina no quiso discutir aquello, de hecho hasta estaba agradecida de no tener que permanecer allí durante toda la misa; así que, tras asentir con la cabeza sin tan siquiera articular palabra, se dirigió rápidamente hacia el cuartel con la vista fija en el suelo, evitando a toda costa establecer contacto visual con cualquiera de ellos. Nada más entrar al cuartelillo se encontró con un pequeño vestíbulo —por llamarlo de alguna forma—, una habitación sencilla con paredes blancas y una mesa junto a la pared frontal. Tras ella, un soldado de no más de veinticinco años hacía guardia de pie, y junto a él dos banderas colgaban en astas de madera: la nueva bandera nacional y la bandera de la Falange. Al verla entrar, el soldado alzó el brazo derecho realizando el saludo fascista:

—¡Arriba España! —gritó.

Catalina, que había entrado completamente distraída mirando hacia todos los lados, se asustó y dio un respingo al escuchar la voz del soldado, pero tan pronto se recuperó del sobresalto copió el gesto.

—¡Arriba España! —le respondió con un tono mucho más sereno. Aunque lo conocía de sobra, aquella era la primera vez que practicaba el saludo fascista. Había oído hablar de él en la radio y lo había visto en el periódico, pero hasta aquel día siempre había saludado a todo el mundo como antes de la guerra. Le parecía un gesto forzado, que no

podía salirle a nadie de forma natural, pero la nueva España lo imponía así que tenía que acostumbrarse. A pesar de todo, aquellas costumbres impuestas por el régimen no habían llegado a un pueblo en el que todos convivían sin sobresaltos desde que el bando sublevado controló la zona el mismo día que tuvo lugar el golpe de Estado. Catalina estaba al tanto de que en la escuela era obligatorio realizar el saludo fascista, igual que cantar el himno cada mañana. Lo sabía porque era su hermana Anita la que se lo había contado, y también ella le había enseñado cómo se hacía.

—¿Qué hace aquí? —preguntó el soldado.

—He venido a acompañar al padre Agustín, necesitaba ayuda —le contestó escuetamente en su intento por pasar desapercibida.

—Este no es lugar para señoritas. —El soldado la miró de arriba abajo, viendo en ella a una mujer decente y bien vestida que no debería tener ningún interés en estar en aquel campo lleno de polvo y suciedad.

—¿De verdad cree que algún hombre se hubiese ofrecido a venir y ayudarlo?

Aquella respuesta cerró la boca del soldado, que no supo qué contestarle a la joven que elegantemente acababa de arrebatarse la razón. En su lugar, no pudo hacer otra cosa sino reír.

—¿Se está riendo de mí? —le espetó Catalina sin ningún tipo de vergüenza. Acababa de caminar entre más de setecientos presos que la habían mirado de arriba abajo, así que un hombre bien vestido no iba a intimidarla ahora. Catalina era muy consciente de la situación actual del país, y de cómo su vida debía cambiar, pero aunque se había prometido a sí misma vivir en la tranquilidad de quien nada quiere saber de política, en ella aún permanecía un pequeño rescoldo de rebeldía fruto de su incapacidad de perdonar los ideales que habían terminado con la vida de Sebastián.

—De usted no, de su respuesta —aclaró él—. Me ha parecido inteligente y ya veo que tiene carácter.

El soldado, aun con su uniforme y su presencia, parecía intimidado ante aquella joven que no se cortaba en responderle.

—Bueno, si te sirve de consuelo tampoco es que me agrada estar aquí.

Catalina se acercó a una ventana que daba al patio central y, mirando fijamente a todos los presos que permanecían de pie mientras escuchaban misa, se preguntó cuál de todos ellos sería Lorenzo. Rapados y con las ropas sucias, parecían clones cuya única diferencia se encontraba en la altura. Permaneció allí hasta que la misa hubo acabado y el padre Agustín fue a buscarla para pedirle que lo ayudase a recogerlo todo.

—Quédate aquí un momento, voy a buscar a Lorenzo —le dijo una vez que dejaron la mesa en su sitio dentro del almacén.

Catalina permaneció allí esperando mientras el corazón se le aceleraba cada vez más, y es que no sabía qué iba a decirle a aquel hombre que en realidad no conocía de absolutamente nada. Era Sebastián quien lo conocía, no ella. Trató de tranquilizarse pensando en que, si él había llegado a considerarlo amigo suyo, debía de ser un buen hombre. Recordó sus cartas, aquellas que fue leyendo poco a poco junto a algunas otras después de haberse llevado consigo aquella caja de zapatos el día que dejó el número tres de la calle Cervantes. Recordó el afecto que se tenían dos meros aficionados a la escritura, los consejos que se daban y los versos que siempre immortalizaban en el final —o el anverso, cuando se extendían de más— de la hoja.

—Catalina —la llamó el cura a la vez que entraba en el almacén.

La joven, que estaba distraída, intentó colocarse bien la ropa mientras recuperaba la postura. El padre Agustín iba acompañado de un hombre un poco más alto que él, en torno a un metro setenta o setenta y cinco, que caminaba con la vista clavada en el suelo.

—Hijo —lo llamó el cura—, esta es la mujer de la que te he hablado.

El preso levantó la mirada y Catalina no pudo fijarse en otra cosa que no fuese la cicatriz reciente que tenía en la barbilla, le habían dado puntos pero estaba tan sucia que no tardaría mucho en infectarse. Catalina se fijó, ahora sí, en el resto de su aspecto físico. Estaba completamente demacrado, su cuerpo necesitaba mucho más que un buen plato de comida y su cabeza rapada hacía que, sobre ese cuerpo esquelético, pareciese aún más grande de lo que era realmente. Sus ojos eran grandes y oscuros, y resaltaban enormemente en su rostro bronceado por el trabajo a pleno sol, aunque las ojeras y la delgadez del rostro entristecían su mirada. Aquel hombre debía de tener dos o tres años más que Catalina, pero su aspecto cadavérico hacía que pareciese mucho mayor.

—Me llamo Catalina —se presentó con timidez, manteniendo la distancia.

—Lorenzo —contestó él mientras inclinaba levemente la cabeza hacia abajo.

—Ha sido todo tan imprevisto que no me ha dado tiempo a explicarle quién eras —el cura se dirigió a Catalina para ponerla en situación y, a continuación, procedió a aclararle al preso, que no estaba entendiendo nada, qué era lo que estaba pasando—: Lorenzo, sé que el domingo pasado cuando me preguntaste por Sebastián te confirmé lo que ya imaginabas, pero esta mañana se lo he estado contando a Catalina y ha insistido en que quería conocerte. Catalina es su viuda, así que si hay algo que quieras saber creo que ella

podrá responderte mucho mejor que yo —el padre Agustín hizo una pausa antes de continuar—: Creo que es mejor que nos sentemos, ¿no?

Pero ninguno de ellos se movió. Catalina se había quedado como una estatua mirando a aquel hombre al que acababa de poner cara, y él, la miraba de igual forma. Tras varios segundos en los que el tiempo pareció haberse congelado, Lorenzo volvió en sí y se disculpó ante el padre Agustín:

—Perdón, sí. —Lorenzo lo siguió hasta unos bancos que estaban apilados junto a la pared. Catalina fue tras ellos y se sentó en uno de los extremos.

—Esto... —Catalina estaba tan nerviosa que se le atascaban las palabras cuando estaban a punto de salir de su boca. Cada vez que miraba a aquel hombre no podía sino ver el reflejo de lo que podría haber llegado a ser Sebastián de haber sobrevivido a aquel día, y aunque en el fondo se alegrara de que se hubiera ahorrado el sufrimiento que seguramente padecía ese hombre, sabía que, a diferencia de su esposo, algún día él recuperaría la libertad y podría retomar su vida. La posibilidad de un futuro junto a Sebastián era algo que ya nunca podría ocurrir.

—Catalina se acuerda vagamente de ti —se apresuró en señalar el padre Agustín, viendo que Catalina apenas podía articular palabra.

—¿De mí? —Lorenzo parecía sorprendido y reformuló la pregunta dirigiéndose a Catalina—: ¿Sebastián te habló de mí?

—No exactamente... —Catalina había conseguido calmarse un poco y respondió a la pregunta de Lorenzo—: Aunque sabía que mantenía correspondencia con gente de la revista y siempre estaba mandando cualquier cosa que escribía, nunca me inmiscuí en aquellos asuntos. Pero al morir... —Catalina hizo una pausa para tomar aire—. Al morir, mientras recogía y ordenaba todo, encontré por casualidad la caja donde guardaba todas las cartas y no pude evitar leerlas. La mayoría tenían tu nombre, así que perdona si leí algo que se suponía que debía ser privado.

—No, no... —respondió Lorenzo negando con la cabeza—. No te preocupes, esas letras las escribí para que fueran leídas.

—Yo... me preguntaba si por casualidad aún guardabas las cartas de Sebastián. —Al darse cuenta de lo que decía y del contexto en el cual se encontraban, Catalina especificó sus palabras—: Quiero decir... no aquí, claro.

—Lo siento, no creo que pueda ayudarte con eso. Cuando me arrestaron, no sé qué hicieron con mis cosas. El piso de Madrid donde vivía era arrendado, así que supongo

que los propietarios terminarían tirando todo lo que había allí. Al fin y al cabo, ¿a quién le iban a importar las cosas de un condenado?

—Lo siento —Catalina se sentía culpable por haber sacado el tema. Se sintió egoísta por haber pensado únicamente en ella y en las cartas de Sebastián, sin ser consciente de que aquel hombre había perdido mucho más que unas simples cartas.

—No es culpa tuya.

La semana siguiente, Catalina se presentó en la iglesia con una bolsa de tela que le entregó al padre Agustín nada más terminar la misa.

—¿Qué es esto? —preguntó él sin entender qué debía hacer con ella.

—¿Le importaría llevarla esta tarde al campamento? —Catalina aún sujetaba la bolsa que colgaba de su mano con el brazo extendido.

El cura cogió la bolsa y echó un vistazo a su interior. Dos hogazas de pan duro, cuatro manzanas, varias naranjas y un par de cosas más que no se llegaban a apreciar bajo todo eso.

—Es lo que ha sobrado de esta semana, ¿podría dárselo a Lorenzo?

—Es un bonito gesto —puntualizó el padre Agustín.

—Iba a tirarlo de todas formas —respondió Catalina encogiéndose de hombros. Después, se despidió del cura, se dio media vuelta y se fue de camino a casa.

El padre Agustín se quedó mirando fijamente cómo se iba, pensando en cuándo llegaría el día en que Catalina dejase de actuar de esa forma. Pero por mucho que a Catalina le hubiese alterado el encuentro con aquel hombre de aspecto esquelético y demacrado, por muchas ganas que sintiese de ayudarlo de igual forma que le hubiese gustado que alguien hubiera ayudado a Sebastián, recordó la promesa que se había hecho a sí misma al acabar la guerra. Su única esperanza durante los tres años que se había extendido el conflicto había sido que los dos primos falangistas que se ensañaron con ella y Sebastián —como si ellos fuesen la única materialización de unos ideales que no soportaban— pagasen por todo cuanto habían hecho: por la pérdida, el daño y las cicatrices que siempre llevaría consigo. Pero cuando el bando sublevado se proclamó vencedor y no quedó un solo punto de España en el que prevaleciese la autoridad de la República, Catalina dio todo por perdido —incluida la posibilidad de hacer justicia— y se limitó a subsistir en la mayor tranquilidad posible. Ya había sufrido lo bastante como para volver a implicarse de cualquier forma, lo único que quería era acostumbrarse a la nueva realidad e intentar que la vida no le arrebatara nunca nada más.

Cuando tan solo una semana después, el primero de septiembre, Alemania invadió Polonia y desencadenó una nueva guerra que implicaría la lucha entre los mismos ideales que ya se habían enfrentado en la Guerra Civil, Catalina tuvo que volver a recordar su promesa para no caer en la tentación de creer que el fascismo aún podía ser derrotado. Por eso, el único acto que Catalina se permitió hacer a sí misma fue el de llevar consigo cada domingo un paquete lleno de alimentos que entregaba al padre Agustín para que, a su vez, este se lo entregase a Lorenzo. Y aunque al principio se limitaba a llenar una bolsa con todo aquello que estaba a punto de ponerse en mal estado y tenía que tirar en casa de los Krauss, poco a poco comenzó a confeccionar paquetes más elaborados que envolvía con mucho cuidado para que nada se estropease; todo ello, por supuesto, sin que ni Herr ni Frau Krauss se percatasen de nada. Con el tiempo, el padre Agustín comenzó a darse cuenta de que los paquetes aumentaban de tamaño, y aunque en varias ocasiones estuvo tentado a decirle algo, sabía que debía mantenerse al margen en un tema que era tan delicado para ella.

Marzo de 1940

Durante los últimos meses, la nueva rutina supuso un bálsamo de tranquilidad para Catalina. Le gustaba su nueva vida en casa de los Krauss, donde sus únicas preocupaciones consistían en mantener limpia la casa y en servir las comidas siempre a la hora exacta. Al principio, a Catalina le había costado adaptarse al horario europeo con el que tan poco estaba familiarizada, pero enseguida agradeció que el almuerzo se sirviese a las 12:00 y la cena a las 17:00, pues así ella tenía tiempo para comer mucho más tranquila y en el horario al que estaba acostumbrada. En aquella casa, la guerra que en ese momento dominaba el bando alemán tras la invasión de Polonia y Finlandia, no había supuesto ningún cambio aparente. La rutina diaria seguía siendo la misma de siempre y no parecía haber cambiado nada, como mucho el ánimo de Bertram y Helga Krauss, que parecían más sonrientes y enérgicos. Como de costumbre, Herr Krauss apenas pasaba tiempo en casa, y cuando lo hacía acostumbraba a pasar largas horas encerrado en su despacho sin que a nadie le estuviese permitido molestarle, ni siquiera su esposa. Helga, en cambio, estaba todo el día sola en casa. Catalina la observaba mientras iba de un lado para otro recogiendo y ordenando la casa y se compadecía de ella, y es que le daba mucha lástima ver cómo la mayoría de las veces la pobre mujer no tenía nada que hacer y se pasaba las horas aburrída mirando a la nada en aquel lugar tan apartado de todo. Solo por eso, cuando no la encontraba bordando o escribiendo una carta a sus familiares, Catalina buscaba alguna tarea que hacer en la habitación en la que se encontraba Frau Krauss y solo tenía que esperar un par de minutos hasta que la mujer buscaba la forma de comunicarse con ella, aun a pesar de que Catalina no entendía ni una sola palabra de lo que le decía. Con el paso del tiempo, ambas desarrollaron una dinámica de comunicación con la que comenzaron a entender poco a poco el idioma de la otra. Así, de la misma forma en que Catalina comprendió que “danke” significaba “gracias” o que “guten morgen” era “buenos días”, Herr Krauss empezó a mostrar un interés recíproco que demostraba señalando algún objeto a la vez que le preguntaba a Catalina en español —aunque con un marcado acento alemán— “¿y esto cómo se dice?”. Catalina le respondía fomentando una especie de juego en el que Helga Krauss fue aprendiendo poco a poco cómo se decía en español cada uno de los objetos que la rodeaban.

Aquello sirvió para matar el aburrimiento durante los primeros meses en los que todo era nuevo para ella, pero esa tranquilidad acabaría pronto porque, nada más volver de pasar las navidades en Alemania, Frau Karuss y su marido se reunieron con Catalina para contarle que estaba encinta y que esperaban al bebé para finales de verano. Catalina se alegró tanto por ella que empezó a cocinar el doble y, al final, Frau Krauss tuvo que pararle los pies mientras le decía mediante gestos que si seguía así iba a acabar pesando tanto que no podría ni levantarse de la cama. Catalina se disculpó avergonzada y prometió que volvería a servirle en el plato una cantidad de comida razonable para una sola persona. Cuando el médico fue a visitar a Frau Krauss porque decía sentir una leve presión en el vientre, le recetó un poco de movimiento diario y Catalina se ofreció a acompañarla a caminar durante una hora cada tarde. Ambas bajaban a la playa y disfrutaban en silencio de las vistas, el sol acariciando sus rostros y el viento enredándose en sus cabellos, pero sobre todo del sonido relajante de las olas rompiendo en la orilla. Catalina nunca llegó a ser consciente de que todo lo que hacía por que el embarazo de Helga transcurriese sin sobresaltos y llegase a término no era más que un acto reflejo fruto del miedo que ella misma sentía a causa de sus malas vivencias. Catalina estaba convencida de que, simplemente, un niño era la alegría que justo necesitaba aquella casa, pero nunca cayó en la cuenta de que lo que en realidad anhelaba era vivir la experiencia que tres años atrás se había desvanecido de golpe.

Tras la muerte de Sebastián, Catalina nunca volvió a sentir las patadas del bebé que llevaba en su interior. Sabía que los golpes que había recibido aquel día habían sido la causa de ello, pero se negó a visitar un médico que le confirmase lo que ya sabía. Tres días después, y una vez pasada toda la confusión inicial del momento, fue en busca de su madre para contarle que estaba preocupada porque no sentía moverse al bebé. Se lo dijo entre lágrimas y con la garganta hecha un nudo. “Ay, mi niña”, era todo cuanto salía de la boca de su madre mientras lloraba junto a ella, abrazándola como cuando era pequeña. Si todo hubiese ido según lo previsto, el bebé debería haber nacido en cuestión de un mes, días arriba, días abajo, pero tan solo nueve días después de aquello Catalina se puso de parto. Tanto ella como su madre sabían que debían esperar lo peor, así que Dolores se encargó de que en aquella casa no hubiese nadie más aparte de ellas dos. Y así fue, Dolores cerró la puerta principal del número tres de la calle Cervantes y no salió de allí hasta que, ya de madrugada y con el recién nacido en brazos, fue en busca del padre Agustín. El parto se dilató desde primera hora de la tarde hasta bien entrada la noche, y

tras varias horas en las que Catalina pensaba que aquello no acabaría nunca, al final dio a luz a un niño perfectamente sano de no ser porque nunca llegó a respirar. Dolores lo cogió rápidamente en brazos y lo envolvió en una sábana para que su hija no llegase a verlo, pero Catalina, que se deshacía en lágrimas al ver que su hijo no había llorado al nacer, le pidió que no se lo llevase.

—Catalina... —Su madre no estaba convencida de lo que estaba a punto de hacer, temía que ver al bebé provocase más dolor en su hija, pero pensó en ella misma como madre y en cómo le habría dolido no poder despedirse de un niño que había llevado en su vientre durante casi nueve meses. Dolores se acercó con el pequeño entre los brazos y lo colocó en el regazo de Catalina antes de descubrirle la cara—. ¿Estás segura?

Catalina asintió entre lágrimas y Dolores retiró la sábana del rostro del bebé, que parecía dormir plácidamente. Catalina lloró mientras lo sujetaba junto a su pecho, sabiendo que aquellos momentos serían los únicos que tendría junto a él. No quería soltarlo nunca, pero sabía que tenía que hacerlo. Tras un largo rato, y sin tan siquiera conseguir articular palabra, le dio un beso muy suave en la frente y se lo devolvió a su madre, que la miraba fijamente con los ojos empañados en lágrimas. Dolores lo cogió y volvió a taparlo con la sábana, pero antes de salir con él se volvió para preguntarle a su hija por el nombre de aquel niño.

—Iván —dijo Catalina mientras se secaba las lágrimas.

—¿Iván? —repitió su madre.

—Sí —sentenció ella.

Aunque ese nombre se popularizó años más tarde entre seguidores de la República y del bando aliado, en aquel momento era prácticamente desconocido. Era un nombre de origen eslavo, Sebastián lo había leído en uno de sus libros al principio del embarazo y le encantó desde el primer momento. Le contó a Catalina que en caso de ser niño ese nombre podría ser una opción, pero a ella le parecía demasiado extravagante y prefería un nombre más tradicional para su hijo, así que el asunto se quedó ahí y nunca más volvieron a hablar de ello. Ambos acordaron que, cuando naciese, ya elegirían uno. Ahora que Sebastián no estaba, el nombre tomaba un significado nuevo para ella y no dudó ni un segundo en decidir que su hijo merecía aquel nombre.

Dolores salió con el niño en brazos, la noche era cerrada y la calle estaba desierta. Al llegar frente a la casa del cura, tocó suavemente la puerta sin obtener respuesta. Al cabo de un rato, fruto de la desesperación del momento, golpeó la puerta con más fuerza hasta que finalmente el padre Agustín salió a su encuentro.

—¡Dolores, por Dios! —El cura aún estaba medio dormido y no se percató del bulto envuelto en una sábana blanca que la mujer llevaba entre sus brazos—. ¿Qué horas son estas?

—Padre, es importante —dijo alzando los brazos para que el cura se fijase en lo que llevaba con ella.

El cura la hizo pasar y una vez dentro le explicó que el niño había nacido sin vida y que estaba allí porque necesitaba darle santa sepultura. Así, de forma precipitada, el pequeño fue bautizado esa misma noche y enterrado a la mañana siguiente en una zona del cementerio reservada a los bebés que no alcanzaban el año de vida. En el acta de defunción quedó registrado que el recién nacido había nacido con complicaciones respiratorias y que había fallecido pocas horas después de su nacimiento. Dolores intentó dejar todo aquello bien atado, porque como ella misma decía: “Las cosas se hacen bien o no se hacen”. Esa misma filosofía fue la que la llevó a bautizar al pequeño con el nombre de Juan —su variante hebrea y más común— y no Iván, en lo que parecía un presentimiento de la España que se avecinaba. Aun así, para Catalina aquel niño que solo vio una vez en su vida siempre fue Iván. Aunque en su casa se negasen a hablar de ello.

A mediados de marzo, el padre Agustín no pudo continuar haciendo oídos sordos y le comentó a Catalina que Lorenzo le había pedido volver a verla. Durante todos esos meses, ella había seguido enviando religiosamente un paquete semanal con alimentos que le encomendaba al sacerdote.

—Solo quiere darte las gracias por lo que estás haciendo —le aclaró.

—No creo que sea buena idea. —Catalina se negaba a volver a pisar aquel campamento, las condiciones en las que allí vivían eran horribles y, aparte de eso, no quería volver a meterse en líos—. Además, lo habría hecho por cualquiera.

—Bueno, tienes que entender que para ellos ese paquete semanal supone una gran diferencia. Es lógico que quiera agradecértelo.

—Lo sé, pero me basta con que usted me transmita su agradecimiento. No hay razón para que yo vaya allí de nuevo.

—Bueno... —el cura asintió con la cabeza y cogió el paquete que ella había preparado para esa semana.

Sin embargo, mientras volvía a casa Catalina no pudo quitarse a Lorenzo de la cabeza. Se preguntaba cómo estaría físicamente, si las cosas que le enviaba serían suficientes o si directamente los militares requisaban el paquete y nunca llegaba íntegro hasta él. De

repente, y aunque le había dicho al padre Agustín que no volvería a aquel lugar, sintió la enorme necesidad de comprobar por sí misma si todo cuanto hacía servía realmente de algo. Se preguntó si Lorenzo seguiría igual de demacrado como la última y única vez que lo había visto, o si tendría mejor aspecto. Ya en su casa, subió a la que había sido su habitación y buscó en el armario la caja de zapatos en la que aún guardaba todas las cartas de Sebastián. Buscó las que había enviado Lorenzo y las apartó del resto, luego encontró un cordón y las envolvió con mucho cuidado en el papel que su madre utilizaba para envolver las frutas y hortalizas que vendían de la huerta. Después de que almorzasen todos juntos como cada domingo, Catalina se colocó el paquete bajo el brazo y se despidió de todos comentando que tenía que volver a acompañar al padre Agustín al campamento. A nadie le extrañó, excepto a su madre, que era perro viejo y no había apartado la vista del paquete que llevaba su hija consigo. Dolores permaneció con la mosca detrás de la oreja y rezó por que su hija no volviera a meterse en líos, ya había sufrido bastante, y aunque acompañaba al padre Agustín, no se olvidaba de que el sitio al que iban estaba llenos de presos republicanos.

Catalina llegó frente a la iglesia cuando el cura estaba a punto de partir, tuvo que acelerar el paso y pegarle una voz para que la esperase.

—Veo que has cambiado de opinión —dijo mientras se echaba a un lado para que Catalina se sentase junto a él en la carreta.

—He pensado que debía darle esto —contestó enseñándole el paquete que llevaba consigo—, y solo podía hacerlo en persona.

El cura asintió, y aunque lo más educado era no entrometerse y preguntar qué había en el interior del paquete, la verdad es que sentía una enorme curiosidad por saber qué era lo que la había hecho cambiar de opinión. Durante el camino, Catalina puso al día al padre Agustín sobre las últimas novedades en casa de los Krauss. El padre supo apreciar el brillo en los ojos de la joven y se dio cuenta de que había hecho bien en mandarla allí, pues desde entonces estaba mucho más relajada y parecía más feliz.

—¿Te tratan bien? —Era todo cuanto el cura necesitaba saber para confirmar que no se había equivocado.

—Sí —asintió ella.

Al llegar al campamento entraron sin problema y Catalina comprobó que todo seguía exactamente igual que la última vez que había estado allí, salvo por una pequeña diferencia: ahora todos los presos llevaban uniforme. Cada uno de ellos vestía un pantalón verde caqui de tela fuerte, una camisa blanca que tenía una “P” grabada y alpargatas. En

la cabeza, algunos llevaban un gorro blanco de forma cilíndrica. Lo único que no había cambiado nada en sus vestimentas era la suciedad de los ropajes, señal de que aquellos harapos rara vez pasaban por agua y jabón.

Como la última vez, Catalina se limitó a esperar en el cuartelillo mientras el padre Agustín oficiaba la misa para los presos, y una vez hubo terminado esperó a que fuese en su busca para ayudarlo a colocar la mesa dentro del almacén. Catalina se preguntó quién se encargaba de ayudarlo cuando ella no estaba, e imaginó que el cura nunca tenía que ocuparse de mover la mesa porque seguramente eran dos presos los que la metían en su lugar. Lo cierto era que Catalina no tenía nada que hacer allí porque en realidad el padre Agustín no necesitaba ayuda, pero agradecía que al menos la hiciese sentir útil en aquel lugar tan decadente.

—Vamos, Catalina —dijo el sacerdote al asomarse por la puerta del cuartelillo.

Catalina lo siguió y, a pulso, metieron la mesa en el almacén una vez más. Desde que habían llegado, Catalina no había dejado de buscar a Lorenzo entre todo los presos, pero eran tantos —y ahora iban todos exactamente igual vestidos— que no lo encontró. Lorenzo, en cambio, sí la había visto a ella acompañando al cura, y aunque se había alegrado al verla allí de nuevo y había sentido la tentación de acercarse a saludarla, permaneció rezagado en el grupo sin atreverse a hacerlo. Cualquier cosa que rompiese con la rutina de aquel sitio era de agradecer, así que cuando el cura se acercó a Lorenzo para contarle que Catalina estaba allí porque quería entregarle algo, no pudo hacer otra cosa sino sonreír. Lorenzo llevaba un tiempo queriendo ver a aquella mujer prácticamente desconocida para él que, semanalmente, le hacía llegar un paquete repleto de comida.

—¿Me acompañas? —insistió el padre Agustín al ver que Lorenzo se había quedado absorto en sus pensamientos.

—Sí, claro —respondió él volviendo en sí.

Catalina los esperaba en el almacén, allí no solo había muebles viejos como la mesa que usaba el cura para dar misa, sino que también estaban todas las herramientas de trabajo que usaban los presos durante los trabajos forzados. Catalina estaba ensimismada observando todo aquello e imaginándose qué tipo de trabajos los mandarían a realizar cuando ambos entraron por la puerta. Rápidamente, se dio la vuelta y se colocó bien el vestido que se había puesto esa mañana.

—Hola, Lorenzo —lo saludó, escondiendo tras su espalda el paquete con las cartas para que él no lo viese.

—Hola... —Pero Lorenzo, que era observador, se había dado cuenta al instante de que ella llevaba algo que había escondido rápidamente al verlo entrar—. ¿Has traído otro paquete?

Catalina se ruborizó al comprobar que él se había dado cuenta y permaneció en silencio mientras en su cabeza buscaba rápidamente la forma de responder a aquella pregunta. ¿Le decía lo que había en su interior? ¿O se lo daba sin más y esperaba a ver su reacción? Pero entonces el padre Agustín, que seguía junto a ellos y no se había percatado de nada, interrumpió el silencio:

—¡Ay, el paquete! No sé ni en qué día vivo... —El cura salió del almacén llevándose las manos a la cabeza y hablando consigo mismo.

Lorenzo se quedó parado en el sitio sin entender nada de lo que acababa de pasar, pero Catalina, que sabía a dónde había ido el cura, no tardó en aclararlo:

—Se ha dejado el paquete de comida en la carreta, creo que ha ido a por él.

—Ahh... —Lorenzo comprendió entonces la huida del cura, pero enseguida volvió a fruncir el ceño para preguntarle a Catalina por el paquete que le había visto esconder tan solo unos segundos antes—: ¿Qué es lo que llevas tú, entonces?

—¿Esto? —dijo Catalina mostrándole el paquete a Lorenzo, que asintió al verlo. Catalina aprovechó la ausencia del padre Agustín para contarle lo que había en su interior—. Son las cartas que Sebastián recibió de tu parte, aún las guardo todas en casa.

La expresión de Lorenzo cambió de repente y Catalina pudo ver cómo por su rostro pasaba una mezcla de asombro y nostalgia que lo dejó completamente mudo y con la cabeza en otra parte.

—Quería dártelas... —Catalina se acercó a él extendiéndole el paquete envuelto en papel de estraza— para que las tuvieses.

—¿En serio? —Fue todo cuanto pudo decir.

—Son tuyas al fin y al cabo, ¿no? —le sonrió ella—. Cógelas.

—Gracias.

Lorenzo extendió el brazo para coger el paquete y una vez en sus manos le dio varias vueltas sin dejar de observarlo. Se sentó en uno de los bancos de madera que estaban apilados junto a la pared y, colocando el paquete en sus rodillas, se dispuso a abrirlo. Catalina no podía dejar de mirarlo, parecía un niño que acababa de recibir un regalo por su cumpleaños. En el interior del paquete había al menos una treintena de cartas fechadas entre 1934 y 1936, Lorenzo las observó detenidamente pasando un sobre tras otro, pero sin llegar a abrir ninguno. Mientras lo hacía, Catalina se fijó en que, aunque seguía

estando demasiado delgado, al menos ya no tenía el aspecto demacrado que le había impresionado la primera vez que lo vio. Su pelo había crecido varios centímetros desde su último corte y su cabeza ya no parecía tan desproporcionada, el trabajo físico había tonificado en cierta forma su cuerpo y a pesar de su delgadez se le marcaban algunos músculos, escondidos bajo aquellas ropas, pero donde más se le notaba el cambio era en el rostro. Seguía igual de bronceado porque, aunque ya no fuese verano, en ningún momento había dejado de trabajar a pleno sol, pero sus ojos ya no destacaban por sus ojeras y la delgadez de su rostro, sino porque su mirada tenía un brillo distinto, el de quien tiene algo por lo que seguir adelante. Y es que, sin darse cuenta, Catalina había supuesto para Lorenzo un rayito de esperanza, la de quien cree que aún hay un hueco para él en un país que condena su forma de pensar. Cada paquete de comida que había ido recibiendo había ido acrecentando la idea de que, con pequeños gestos, había mucho que se podía hacer. Catalina nunca lo supo, pero en aquellos meses que estuvo mandándole paquetes, aquel hombre que había perdido la esperanza en su país el mismo día en que lo detuvieron cerca de Barcelona camino a Francia, había sentido la motivación suficiente para unirse a los presos del campamento que seguían ayudando al partido en la clandestinidad. Tanto Lorenzo como otra decena de presos trataban de documentar las condiciones en las que vivían allí y buscaban la manera de hacer llegar esa información al exterior. Era todo cuanto se podía hacer desde allí dentro, pero era algo complicado que requería mucho tiempo, compromiso y, sobre todo, paciencia y discreción.

—¿Cómo estás? —Catalina se atrevió a interrumpir el silencio.

—Nada aquí es fácil, ¿sabes? —contestó él.

—Te veo algo mejor.

—Bueno, eso es gracias a ti —Catalina se ruborizó ante las palabras de Lorenzo, aunque él no pudo verlo ya que no había despegado en ningún momento la mirada de los sobres, que seguía pasando uno tras otro. Al ver que ella no contestaba, levantó la vista y la encontró con los ojos abiertos como platos, entonces cayó en la cuenta de lo que acababa de decir y se apresuró a corregirse—: Quiero decir... gracias a tus paquetes.

—Ahh... —Catalina respiró tranquila y retomó la conversación—. Bueno, es lo mínimo que podía hacer.

—Pero yo no soy nadie para que te tomes esas molestias. —Lorenzo se detuvo en una de las cartas y, alzándola, se la mostró a Catalina—: Mira, esta es la primera.

—¿La primera que le mandaste?

—Sí. —Lorenzo abrió el sobre y le echó un vistazo a la hoja que había en su interior—. Mayo de 1934, lo había visto una sola vez el mes anterior y aún no nos conocíamos casi nada, pero insistió tanto en que le enviara cualquier cosa que escribiese que no pude negarme. A mí me habían mandado de Madrid para hacer un reportaje sobre la revista, luego bajé un par de veces más pero para entonces ya nos escribíamos casi todos los meses y teníamos más confianza. Cuando dejé de recibir cartas tuyas me temí lo peor, hemos perdido a muchos camaradas.

Catalina no supo qué contestar, aquellas palabras la habían conmovido tanto que permaneció un rato con la mirada perdida mientras se tocaba nerviosamente un mechón del pelo con las dos manos. Lorenzo se dio cuenta de que a ella aún le dolía hablar del tema, e imaginó que debía de haberlo pasado muy mal. Solo sabía que a Sebastián lo habían matado, pero desconocía por completo el cómo, y aunque le habría gustado saber cuál había sido el final del hombre al que tanto apreciaba, supo respetar el dolor de Catalina y en su lugar optó por centrar el tema en él mismo.

—A mí me pillaron cerca de Barcelona, intentaba cruzar hacia Francia junto a un grupo de compañeros. Paramos en mitad del campo para pasar la noche, y de una masía cercana salió un hombre a ayudarnos y nos dio algo de comer, pero alguien debió de dar el chivatazo porque antes de que amaneciese ya íbamos todos de camino al penal.

—¿Fue ese hombre? —Catalina sentía curiosidad por aquella historia.

—No creas que no lo he pensado, pero lo dudo muchísimo. Yo apostaría más por su mujer, pero supongo que me tendré que morir con la duda.

—Bueno, al menos no te fusilaron.

—Vaya... gracias, supongo. —A Lorenzo le hizo gracia aquella respuesta tan violenta y desagradable, pero lo hacía precisamente porque sabía que no lo decía con mala intención.

—¡Ay, perdón! —Catalina intentó corregir su metedura de pata, pero no lo consiguió—. Quiero decir...

—No pasa nada —la interrumpió él mientras seguía riéndose de su descuido—. Bueno, el caso es que casi todos los que están aquí son catalanes, intentan mandarnos lejos.

—¿Por qué? —Catalina no podía dejar de preguntar, todo aquello le provocaba demasiada curiosidad como para quedarse callada.

—Así nos alejan de nuestro entorno y nuestras raíces, nos hacen perder la identidad, por así decirlo. Además, así matan dos pájaros de un tiro porque, como aquí no conocemos a nadie que pueda ayudarnos, se reducen los intentos de fuga.

—¿Por eso intentaste contactar con Sebastián?

—¿Para intentar fugarme? —Catalina asintió a su pregunta—. Ah no... no pienso vivir escondiéndome toda mi vida. Solo quería saber de él, cuando me destinaron aquí lo primero que pensé fue que había sido un golpe de suerte, o que era cosa del destino.

—Pues ya ves que no... —Catalina volvió a jugar con su mechón de pelo.

—Claro que sí, sin tus paquetes ya nos habríamos muerto de hambre. Intentamos organizarnos como podemos, cuando alguno de nosotros recibe un paquete de su familia lo compartimos entre todos, y los tuyos son fijos.

Catalina sonrió, no sabía hasta qué punto aquel gesto había significado tanto para ellos. Ella pensaba que ayudaba a Lorenzo, igual que le hubiese gustado que alguien ayudase a Sebastián de estar en su lugar, pero lo cierto era que en realidad estaba ayudando a todo un destacamento de presos. Como si los hubiese estado escuchando, en ese preciso instante apareció el padre Agustín con el paquete de comida de esa semana entre las manos.

—Toma, hijo —dijo mientras se lo entregaba a Lorenzo para luego dirigirse a Catalina—: Bueno, ¿nos vamos ya?

—Sí —asintió ella.

Catalina se levantó del banco en el que se había sentado junto a Lorenzo y caminó hacia donde estaba el cura, ambos se despidieron del recluso, pero cuando ya se iban este los interrumpió con urgencia.

—Esto... —No sabía muy bien qué palabras escoger para decir aquello, porque no sabía si el cura conocía el contenido del paquete que Catalina le había dado cuando se habían quedado a solas—. No puedo quedarme esto.

—¿El paquete? —El padre Agustín no entendía por qué ahora Lorenzo no quería aceptar el mismo paquete que le había estado trayendo cada semana. Había olvidado por completo que Catalina lo había acompañado con el único pretexto de entregarle otro paquete distinto, aquel con el que había llegado bajo el brazo, pero enseguida cayó en la cuenta—. ¡Ah!

—Le he dado las cartas que le escribí a Sebastián —Catalina sabía que lo próximo que iba a hacer el sacerdote era preguntar qué era lo que había en el interior de ese paquete, así que respondió a la pregunta antes de que llegase a formularla.

—Aquí no tardaría en perderlas, me las quitarían o se me estropearían, y quiero que estén bien guardadas. —Lorenzo le extendió las cartas a Catalina—. Ten, es mejor que las tengas tú.

Pero Catalina se quedó callada y no movió ni un solo músculo para cogerlas. No podía llevárselas porque, ¿qué pensarían Herr y Frau Krauss si llegaba a la casa con un puñado de cartas cuando ni siquiera sabía leer? Aun sin conocer el interior de aquella correspondencia, la escena ya resultaría extraña de por sí.

—No sé leer —dijo dirigiéndose al cura, para ver si caía en la cuenta de por qué no podía llevárselas de vuelta. El padre Agustín se llevó la mano a la cabeza cuando comprendió lo que estaba pasando.

—¡Ay! —exclamó—. Dame, yo me las llevo. —El sacerdote cogió las cartas que Lorenzo aún sostenía con el brazo extendido y se dirigió a Catalina—: No te preocupes, las recoges el domingo que viene.

Catalina asintió, pero ahora era Lorenzo el que no entendía nada de lo que estaba pasando. Estaba seguro de que Catalina sabía leer porque la primera vez que la vio, fue ella misma quien le pidió perdón por haberlas leído. De igual forma, aunque no supiese hacerlo, ¿solo por eso no podía llevárselas? ¿Y por qué se las llevaba el cura si luego iba a dárselas a la semana siguiente? Estaba claro que ahí había algo que no encajaba, que se le escapaba por completo, pero pensó que él no era nadie para preguntar de qué se trataba. Luego, ya en el catre no dejaría de darle vueltas al tema, pensando en posibles explicaciones para tan extraño comportamiento.

—Yo las guardo hasta que puedas salir de aquí —le aseguró Catalina a Sebastián—. Y no te preocupes, seguiré mandando paquetes.

—Bueno, vámonos ya que se nos hace tarde.

Con el momento de confusión, al padre Agustín le había entrado la prisa por marcharse rápido de allí. Catalina asintió y acompañó al cura, pero antes de salir por la puerta volvió rápidamente la cabeza hacia Lorenzo, que la miraba de pie con el paquete de comida entre las manos mientras, sin hacer ningún ruido, articulaba con la boca una palabra que Catalina pilló al segundo. Gracias.

Aquella visita al campamento cambió algo en Catalina. Se dio cuenta de que, a pesar de todo lo que había pasado en los últimos años, aún podía hacer algo por los demás. Muy a pesar de su madre, que solo buscaba la tranquilidad para su hija y no entendía cómo siempre acababa complicándose la vida, Catalina comenzó a acompañar asiduamente al

padre Agustín al campamento. Lo hacía una vez al mes, y con cada visita su relación con Lorenzo se iba estrechando cada vez más hasta el punto de llegar a formar una sólida amistad. Él aprovechaba sus visitas para desahogarse con ella, le contaba que Fulanito había enfermado y que ya no contaban con él, o que Menganito había intentado escapar y le habían pegado cuatro tiros por la espalda sin intentar detenerlo antes, que se habían ensañado con él y que antes de enterrarlo en una zanja los militares habían jugado con su cuerpo apagando en él colillas de cigarros. Lorenzo era consciente de que no debía contarle cosas tan duras a Catalina, que ella intentaba pasar página de cualquier manera, pero era ella la que insistía en que lo hiciese porque sabía que él necesitaba soltar todo aquello para no volverse loco allí dentro. Cuando Lorenzo veía que ya había sido suficiente, intentaba cambiar de tema y le contaba a Catalina en qué obra estaban trabajando en ese momento. El par de meses anteriores al verano, el destacamento de presos se había encargado de acondicionar el camino que conectaba Zahara con la playa de Agua en medio, incluida la bifurcación que llevaba al campamento, así como la conexión de Punta Camarinal con Punta Paloma. En un visto y no visto aquel carril de tierra pasó a ser una carretera en condiciones y, en consecuencia, a casa de los Krauss no tardó en llegar el primer vehículo a motor. Se trataba de un Mercedes-Benz negro importado desde Alemania, un coche que ya por el simple hecho de ser a motor llamaba la atención en el pequeño pueblo de una España que acaba de salir de una guerra y que a duras penas tenía para comer. Catalina se encargaba de que estuviese siempre reluciente para cada salida de Herr Krauss, que era muy exigente con el mantenimiento del vehículo y disponía de él casi a diario para ir a trabajar. Aunque desconocía a qué se dedicaba, Catalina imaginaba que debía de ser un hombre muy importante porque siempre salía hecho un pincel, con su traje de chaqueta, el pelo engominado y olor a perfume caro. Catalina también le hablaba a Lorenzo de su rutina, de sus paseos por la playa junto a Frau Krauss, de las visitas a su familia cada domingo o de los platos tan ricos que preparaba para la familia alemana. “Prométeme que algún día me vas a dejar probar uno de esos platos”, le repetía él siempre, hambriento y acostumbrado a comer el pan duro que le daban a los presos y las piezas de fruta que ella misma le llevaba. Catalina se reía y bromeando le contestaba que, cuando probase su atún encebollado, no querría volver a probar otra cosa en toda su vida. Cuando comenzó el verano y la carretera estuvo terminada, mandaron al destacamento a trabajar junto a la playa de Agua en medio. A veces, cuando Catalina salía a pasear por la orilla junto a Frau Krauss, veía a lo lejos a los presos trabajando en el extremo del cabo de Plata. Desconocía por completo qué

podrían querer hacer allí, prácticamente encima del mar, así que en una de sus visitas al campamento no dudó en preguntárselo a Lorenzo.

—No tenemos ni idea, solo nos han dicho que aplanemos el terreno.

Con el paso del tiempo descubriría que lo que allí se iba a levantar no era otra cosa sino un búnker, el primero de unos cuantos en la zona.

Una mañana de finales de agosto, muy temprano, Helga Krauss se puso de parto. Aún no había amanecido y, como cada día, Catalina se encontraba preparando el café para que Herr Krauss pudiese tomar una taza antes de salir de casa con las primeras luces del alba, o de encerrarse a trabajar en su despacho sin que a nadie le estuviese permitido interrumpirlo. La señora Krauss acostumbraba a levantarse más tarde, pero esa mañana sus gritos interrumpieron el silencio habitual de aquella casa. Bertram Krauss, que leía el periódico en la sala de estar, salió corriendo hacia el dormitorio principal mientras Catalina le pisaba los talones, y al llegar se encontraron a Helga sujetándose la barriga con un gesto de dolor en el rostro y las sábanas empapadas. Catalina conocía bien aquella expresión, se la había visto a su madre en cada parto e incluso ella misma había sufrido los dolores de cada contracción cuando tuvo que parir al bebé que murió en su vientre. Recordaba cada detalle de cuando, cinco años antes, su madre se puso de parto y ella misma la ayudó a traer al mundo a su hermano Juanjo, pero la familia Krauss tenía perfectamente calculado el nacimiento del nuevo miembro de la familia, y el mismo doctor que había tratado a Helga durante su embarazo era el encargado de traer al mundo a la criatura. Catalina se dirigió a Herr Krauss para que fuese en su busca:

—¡Ha roto aguas! ¡El doctor! ¡Avisé al doctor de que ya viene!

Catalina estaba tan nerviosa por que todo saliese bien en aquel parto, que los nervios se apoderaron de ella y habló con tanta rapidez que la única palabra que Bertram Krauss entendió de todo aquello fue “doctor”. A la misma vez que la contracción de Helga aflojaba y el silencio volvía a instalarse en la habitación, su esposo salió con prisa en busca del Mercedes y no estuvo de vuelta hasta que, casi una hora más tarde, lo hizo acompañado del doctor. Mientras tanto, Catalina se encargó de preparar todo para su llegada y ayudar a Frau Krauss en todo cuanto podía. Lo primero que hizo fue poner a hervir agua caliente en la que el doctor pudiese esterilizar todo cuanto necesitase, luego, cambió las sábanas empapadas por el líquido amniótico y reunió todos los cojines que encontró por la casa para incorporar a Helga en la cama y que se encontrase lo más cómoda posible. Tras ello, llenó con agua una palangana y reunió varios trapos que colocó

sobre la cómoda de la habitación. Cuando el médico llegó, tomó las riendas de la situación y Catalina se limitó a ayudarlo y hacer todo cuanto este le pedía. No fue un parto especialmente largo, ni complicado. Herr Krauss esperó nervioso en el salón, siempre con una copa de whiskey en la mano, y en cuestión de horas el médico bajó a informarle de que todo había ido fenomenal y había sido padre de una niña sana y hermosa que había pesado 3 kilos y 240 gramos.

Con la llegada de la pequeña Elisabeth, a la que se referían cariñosamente como Ilse, las dinámicas de la casa cambiaron por completo. Frau Krauss se desvivía por aquella niña que, además de convertirla en madre, había terminado poniendo fin a sus tardes de soledad y aburrimiento. Aun así, la atención que necesitaba la pequeña, que a menudo lloraba sin consuelo, desbordaba por completo a una madre primeriza que no terminaba de controlar la situación y que al final siempre acababa suplicando ayuda a Catalina. Por su parte, Bertram Krauss, que hasta entonces se había acostumbrado a trabajar desde casa un par de mañanas a la semana, comenzó a hacerlo fuera a diario. Los primeros días tras el nacimiento había salido del encerramiento en su despacho gritando, fruto de la desesperación, que callasen a la niña, pero cuando se dio cuenta de que sus gritos eran en vano optó por pasar el menor tiempo posible en casa. Catalina ayudaba siempre que podía, pero en aquella casa había mucho que hacer y no podía pasar todo el día pendiente de la pequeña Ilse y su madre. Al cabo de un par de meses, viendo que la situación seguía sin mejorar y que la niña lloraba angustiosamente y pasaba malas noches que terminaban afectando al ánimo de sus padres, decidieron incorporar al servicio a alguien que se encargara exclusivamente del cuidado de Ilse. Así fue como llegó Manolita, quien había sido amiga de la infancia de Catalina, aunque su relación se había enfriado un poco desde que no se veían con tanta frecuencia. Manolita se instaló en la otra habitación que los Krauss habían previsto para el servicio y Catalina no pudo sino alegrarse de tener una cara conocida en aquella casa y, aunque pudiese parecer una tontería, alguien que hablase su idioma. Aunque Manolita era la hermana menor de varios varones, estaba más que acostumbrada a lidiar con niños; más que nada porque era ella quien había tenido que hacerse cargo de sus sobrinos cuando la mujer de su hermano mayor falleció de una hemorragia durante el parto de su cuarto hijo, y siendo él cabo del Ejército de Tierra, no paraba de recibir traslados que le impedían hacerse cargo de las criaturas. Hacía poco que se había vuelto a casar, y se había llevado a sus hijos a su nuevo hogar con su nueva esposa. Manolita los echaba mucho de menos y se sentía vacía, sin nada que hacer, así que no dudó en aceptar el trabajo cuando el padre Agustín se lo propuso al igual que había

hecho año y medio antes con Catalina. Manolita tampoco había ido a la escuela pero, a diferencia de Catalina, nadie le había enseñado a leer, así que con eso ya cumplía el principal requisito de los Krauss para trabajar en aquella casa.

A finales de 1940, el destacamento de trabajadores de Zahara ya había terminado la construcción del búnker que se situaba en el cabo de Plata y se encontraba trabajando en la construcción de otro en el cabo de Gracia. No había que ser muy avisado para darse cuenta de que aquellas fortificaciones debían guardar alguna relación con la guerra que se libraba en Europa. España se encontraba en una situación extraña, pues aunque al inicio del conflicto se había declarado país neutral, en los últimos meses había pasado a adoptar el rol de no beligerante. Las simpatías de una dictadura autoritaria de derechas —que adoptaba el corte fascista de la Falange Española— con el régimen nacionalsocialista eran más que obvias, la pregunta era qué pasaría a raíz de esa camaradería entre ambas naciones. La prensa española era la principal encargada de dar cuenta de la buena amistad que unía al gobierno español con el que, años antes, le había ofrecido una ayuda decisiva para conseguir la victoria frente al bando republicano. Para los extranjeros, España no había sido más que un campo de pruebas para el nuevo armamento que se desarrollaba en los momentos previos a la Segunda Guerra Mundial. La Legión Cóndor y la Kriegsmarine —Armada de la Alemania nazi— habían provocado una deuda en nuestro país que ahora el Führer quería saldar. Así, el 24 de octubre de 1940 los periódicos abrieron portada con la imagen de los dos líderes políticos reunidos en un vagón de tren. Francisco Franco y Adolf Hitler se habían encontrado en Hendaya para negociar la posible entrada de España en la guerra, y aunque de momento no parecía haber proactividad por parte del gobierno de un país todavía destrozado por su propia guerra, lo cierto era que la construcción de aquellos refugios de artillería en el litoral gaditano habían despertado la inquietud de los vecinos. Catalina no tardó en atar cabos y caer en la cuenta de que la presencia de los Krauss en aquel lugar tan recóndito de la geografía española había coincidido en tiempo con el comienzo de la construcción de los búnkeres, y para ella estaba claro que no podía tratarse de una mera coincidencia. ¿Pero cuál era la función exacta de Bertram Krauss? ¿Estaba allí para negociar con los militares españoles? ¿Supervisaba la construcción de las fortificaciones? El secretismo de la familia dejaba intuir que Herr Krauss no era un simple empresario alemán haciendo negocios en un país extranjero, y las pretensiones de establecerse allí por un periodo de tiempo indefinido confirmaban que el asunto era mucho más complejo.

La relación entre Lorenzo y Catalina se había estrechado hasta tal punto que, en la última visita, esta no vaciló al manifestarle sus inquietudes. Lorenzo debía saber algo más que ella porque, al fin y al cabo, eran los batallones de trabajadores los que estaban llevando a cabo la construcción de los búnkeres.

—Los rumores corren como la pólvora, y cuando el río suena, agua lleva —manifestó Lorenzo después de que ella sacase el tema.

—¿Pero eso qué significa? —preguntó ella viendo que no sacaba nada en claro de su respuesta.

—Nada. Tú cuanto menos sepas, mejor. —Lorenzo se moría por contarle lo que se comentaba entre los presos que aún colaboraban a escondidas con el partido, pero también recordaba la promesa que Catalina se había hecho a sí misma y se mordió la lengua para mantenerla al margen de todo eso.

—Mira Lorenzo, si estoy viviendo en la casa de unos nazis, me gustaría saberlo. —Catalina era tozuda, y cuando algo se le metía entre ceja y ceja no paraba hasta conseguirlo—. ¿O acaso te crees que soy lela?

—¿Pero tú no decías que ya te daba igual todo? —Lorenzo buscó la forma fácil de no seguirle la corriente: discutir con ella—. ¿Qué más te da quienes sean?

—Porque no me gusta que me mientan, y esa gente esconde algo. —Catalina seguía dándole vueltas a la extraña consigna de que, para entrar a trabajar en aquella casa, no podía saber leer. Comenzó a acalorarse y subir el tono de voz, tanto que el padre Agustín, que conversaba alejado con un preso, se quedó mirándolos. Catalina intentó relajarse al ver que Lorenzo ni siquiera le replicaba—. Tampoco es para que pongas esa cara...

—Joder, Catalina —suspiró resignado—. Que lo que no quiero es que te metas en líos.

—Antes muerta, tú solo dime lo que sepas que yo lo único que quiero es estar al loro.

—Si insistes... —desistió finalmente—. ¿Qué versión quieres primero?

—¿Cómo? —Catalina no sabía por dónde iban los tiros, pero Lorenzo no tardó en despejar la duda.

—Si están construyendo tanta fortificación, es porque Gibraltar está aquí al lado. La versión oficial es que Franco solo quiere defenderse de un posible ataque aliado por el Estrecho, o eso dicen los nacionales, pero los británicos creen que los alemanes quieren atacar con la ayuda del caudillo y que a cambio le han prometido Gibraltar o vete tú a saber qué más.

—Virgen del Carmen... —La cara de Catalina era un poema—. ¿Pero cómo sabes todo eso?

—¿Y tú para qué preguntas? —respondió él encorajinado, reacción de la cual Catalina comenzó a reírse. A veces, cuando hablaban de cualquier cosa acababan discutiendo por tonterías como dos niños pequeños, hasta que alguno de los dos se daba cuenta de lo absurdo de la situación y comenzaba a reírse—. Aquí dentro tenemos que ingeniárnoslas para comunicarnos con los de fuera, pero no estamos tan aislados como parece.

—Ajá... —Catalina tenía la sensación de que ya estaba escuchando más de la cuenta e intentó atajar el entusiasmo de Lorenzo—. Bueno, vamos a dejarlo ahí mejor.

—Catalina... —La cara de Sebastián había cambiado por completo, el brillo de sus ojos cuando Catalina se había interesado por el tema había desaparecido para convertirse en la de un niño contrariado al que le acaban de quitar el caramelo de la boca—. Si tú estuvieses dispuesta a colaborar, podrías sernos de tanta ayuda...

—¡Ni hablar! —lo frenó en seco antes de que siguiese haciéndose ilusiones—. Ya sabes que yo ya no quiero más líos, tú mismo me lo has recordado.

—Pero es que no te das cuenta de que ya estás metida en la boca del lobo.

Durante el camino de vuelta a casa de los Krauss, Catalina estuvo reflexionando sobre las últimas palabras de Lorenzo. Le había restado importancia y se había despedido de él enseguida, básicamente porque no quería darle cuerda para que al final acabase contándole algo que la pudiera comprometer, pero lo cierto era que no había podido dejar de pensar en ello. ¿Qué quería decir? ¿Cómo que ya estaba metida en la boca del lobo? Sabía que tenía algo que ver con la familia para la que trabajaba, habían llegado a Zahara de forma repentina y su llegada estaba claramente relacionada con la construcción de los búnkeres. Ella ya había estado dándole vueltas a la relación de la familia con todo aquello, y al trabajo real de Bertram Krauss allí, pero las palabras de Lorenzo fueron la confirmación de que sus teorías no andaban muy desencaminadas. A pesar de todo, Catalina intentó no inmiscuirse más de la cuenta y se convenció a sí misma de que lo que fuese que estuviesen haciendo allí era cosa de ellos. Ella solo estaba allí para trabajar y ganarse la vida, y de eso no tenía ninguna queja.

A principios de diciembre, cuando todo en casa de los Krauss estaba patas arriba y Catalina se encargaba de prepararlo todo para el regreso de la familia a Alemania por vacaciones de Navidad, sucedió algo que revolucionó aún más aquella casa. Catalina,

agotada de preparar durante todo el día el equipaje de los Krauss y ultimar los preparativos necesarios antes de su marcha, salió a dar un paseo por la playa al caer la tarde con el objetivo de calmar un poco el estrés que había acumulado en las últimas horas. Se había acostumbrado a pasear a diario por la orilla desde que lo hacía con Frau Krauss durante su embarazo. Lo cierto era que aquellos paseos le sentaban bien y así conseguía despejarse del ajetreo del día, que desde la llegada al mundo de la pequeña Ilse, era frecuente que la jornada transcurriese acompañada de los llantos de la misma. Catalina paseaba por la orilla, y estaba llegando ya hacia el lado sur de la playa, cuando de repente vio en las rocas cercanas al búnker algo enganchado que se movía en un continuo vaivén a causa del oleaje. En cualquier ocasión normal, ese habría sido el fin de su paseo y se habría vuelto a casa, pero al ver aquello decidió acercarse un poco más, fruto de la curiosidad, para ver de qué se trataba. Conforme se reducían los metros, comenzó a distinguir que el bulto tenía forma humana y aceleró el paso, pero al llegar se dio cuenta de se trataba del cuerpo sin vida de un hombre. Flotaba bocabajo, con los brazos extendidos a ambos lados de su cuerpo, y ni siquiera tuvo que acercarse a comprobar si tenía pulso porque llevaba en esa posición el tiempo suficiente como para llegar a la conclusión de que no respiraba. Por las condiciones en las que se lo había encontrado, Catalina supuso que su cuerpo había sido arrastrado hacia allí por la corriente tras un naufragio reciente, aunque algo no encajaba del todo: el muerto iba muy bien vestido parecía un hombre de bien más que un simple marinero. Catalina corrió todo lo deprisa que pudo hacia la casa de los Krauss, aunque la arena la ralentizaba, para avisar de que se había encontrado un cuerpo encallado en las rocas.

—Frau Krauss —dijo al verla en el salón bordando unos baberos para Ilse—, acabo de encontrar un cadáver en la playa. Creo que deberíamos llamar a la guardia.

“La guardia” era el nombre con el que se referían los vecinos zahareños a la Guardia Civil, cuyo cuartel en aquellos años se encontraba en el Palacio Chanca compartiendo dependencias con el Ejército. Aquel edificio histórico datado del siglo XV había sido la almadraba que había dado origen a la población de Zahara de los Atunes. Durante la República había sido la sede del Consorcio Nacional Almadrabetario, pero desde el golpe había pasado a ser el cuartel del Ejército y la Guardia Civil. En uno de sus laterales, se había construido en 1906 la iglesia del pueblo, donde Catalina solía acudir junto a su familia cada domingo para asistir a misa, y desde donde cada varias semanas acompañaba al padre Agustín en su visita al campamento de trabajo.

Frau Krauss se quedó mirando a Catalina con el ceño fruncido, era evidente que no había entendido ni una sola palabra de lo que esta le había dicho así que Catalina optó por hablar directamente con Herr Krauss, quien ya hablaba fluidamente el castellano.

—¿Herr Krauss? —preguntó esperando que Helga entendiese a qué se refería. Catalina sabía perfectamente que el hombre debía estar en su despacho porque lo había visto llegar antes de salir a dar el paseo por la playa, pero aquella pregunta no la había hecho para que Helga le indicara dónde se encontraba, sino más bien para pedirle permiso para interrumpirlo. Frau Krauss negó enérgicamente con la cabeza y soltó algunas palabrejas en alemán que Catalina no logró entender, pero captó el mensaje y volvió a insistir—: Es importante.

Entonces, Frau Krauss dejó los baberos a un lado y se levantó del sillón para, con un gesto, indicarle a Catalina que la siguiese. Cuando llegaron a la puerta del despacho, Helga Krauss llamó suavemente con los nudillos y desde dentro se escuchó como su esposo le decía algo en alemán. Ella insistió hasta que, finalmente, él abrió la puerta y se asomó.

—¿Qué ocurre? —dijo dirigiéndose directamente a Catalina.

—Hay un cadáver en la playa. Debe de ser un naufrago al que ha arrastrado la corriente, pero deberíamos llamar para que se lo lleven.

—¿Dónde exactamente? —preguntó muy serio.

—En las rocas, cerca del búnker.

Al escuchar las palabras de Catalina, Bertram Krauss frunció el ceño, volvió al interior de la habitación y apagó la luz que iluminaba el escritorio en el que se encontraba trabajando. Sobre ese mismo escritorio descansaba el teléfono que había sido instalado hacía no mucho, y Catalina se preguntó por qué no lo utilizaba para llamar directamente desde allí. Enseguida obtuvo la respuesta.

—Vamos.

Parecía preocupado, quería que Catalina lo llevase hacia donde estaba el cuerpo, y así lo hizo. Recorrieron la playa con los últimos minutos de sol hasta llegar hacia la roca donde el cadáver seguía enganchado en la misma posición en la que Catalina lo había dejado al irse en busca de ayuda. Herr Krauss no dudó ni un segundo en acercarse hacia el cadáver, cosa a la que Catalina no se había atrevido, pero antes de hacerlo se descalzó para no mojarse los zapatos. Catalina se quedó mirando desde la orilla cómo, al llegar a la altura del cadáver, Bertram Krauss le daba la vuelta. Estaba en perfectas condiciones de conservación, y aunque eso ya se lo había imaginado antes de darle la vuelta, al ver su

rostro confirmó que aquel cuerpo no debía llevar mucho tiempo en el mar porque ni siquiera parecía magullado. Herr Krauss registró los bolsillos del muerto en busca de alguna pista que pudiese ayudar a identificarlo, y así, del bolsillo izquierdo sacó una cartera con su documentación, y del otro, una hoja de papel mojada que Bertram desplegó y, tras leer, se guardó en el bolsillo. Su cara había cambiado por completo al hacerlo y Catalina supo en ese mismo momento que aquel náufrago no era un náufrago cualquiera. Aun así, se armó de valor para preguntarle —con segundas intenciones— a Herr Krauss la pregunta inocente que cualquiera habría hecho:

—¿Quién es?

—Un desgraciado que ha tenido muy mala suerte. —Fue todo cuanto Bertram Krauss se limitó a responder con su marcado acento alemán.

Catalina, por supuesto, no volvió a preguntar nada más y volvió a la casa junto a Herr Krauss. Al llegar, este le indicó a Catalina que iba a llamar por teléfono para que viniesen a por el cadáver y le ordenó que sirviese la cena en media hora. Catalina obedeció, pero mientras lo hacía no dejaba de preguntarse qué habría escrito en aquella nota que Bertram Krauss se había guardado en el bolsillo de su pantalón.

Marzo de 1943

En los últimos tres años, la vida en la casa de los Krauss había transcurrido sin ningún sobresalto. Tras el incidente del naufrago, lo único interesante que volvió a ocurrir en aquella casa fue el nacimiento del segundo hijo de la familia. Frederick Krauss, al que llamaban cariñosamente Fred, había nacido en enero de ese mismo año y había convertido a la pequeña Ilse en hermana mayor. La niña, que había crecido escuchando a su madre y a Manolita a partes iguales, comprendía y hablaba tanto el alemán como el español con gran facilidad. Se había convertido en una niña risueña, de mofletes colorados y diminutas trenzas rubias que corría de un lado para otro de la casa haciendo trastadas. Poco quedaba ya de los llantos que la acompañaron durante sus primeros meses de vida, esos que ya solo aparecían cuando recibía alguna regañina. Por su parte, la relación entre Manolita y Catalina había vuelto a ser igual de estrecha que en sus años de adolescencia. Ahora ambas compartían todo cuanto vivían, ilusiones y preocupaciones, y no dudaban en cubrirse la una a la otra cuando Helga o Bertram Krauss les llamaban la atención por cualquier cosa.

En el pueblo, la vida también transcurría con la misma monotonía de siempre. Juanjo ya había comenzado la escuela y Carmen, que iba a casarse con un joven del pueblo, se hacía cargo de él por las tardes. Entre eso y lo de Isabel, Anita había comenzado a fijarse en los chicos del pueblo. Sus dos hermanas siempre habían sido su modelo a seguir y aquella no era una excepción. Isabel, la mayor de sus hermanas después de ella, se había casado un par de años antes con un barbateño. Nada más casarse se fueron a vivir juntos a Barbate y hacía poco que acababan de ser padres de una niña preciosa y regordeta. A Catalina le habría gustado poder verlas con más frecuencia, tanto a su hermana como a su sobrina, pero se conformaba con hacerlo cada vez que coincidían en casa de sus padres. Tanto Isabel como su esposo habían estado de acuerdo en que Catalina fuese la madrina de la niña, y a ella se le caía la baba con la pequeña, así que cada vez que terminaba sus tareas antes de la cuenta se sentaba junto a Frau Krauss y bordaban baberos o tejían prendas de lana para los dos recién nacidos. Aunque Helga tenía el humor cambiante, por lo general Catalina y Manolita recibían un buen trato por su parte y no podían sino estar agradecidas por la oportunidad que les habían dado al entrar a trabajar en aquella casa.

Quizá, el único acontecimiento que en aquellos años había sacudido verdaderamente la mente y el corazón de Catalina había sido la partida de José Luis y Ramón Castro, los dos primos falangistas que se habían ensañado con ella y Sebastián el día del golpe. Ambos se habían alistado como voluntarios para luchar en la Segunda Guerra Mundial con la División Azul, presentándose en el cuartel el mismo día en que inició el reclutamiento: el 27 de junio de 1941. Al haber triunfado el golpe en la zona, ninguno de los dos había llegado a luchar en la Guerra Civil, y parecía que el asesinato de Sebastián no había calmado sus ganas de venganza porque se alistaron orgullosos y fardaron durante días —hasta que partieron a Sevilla para recibir una instrucción de diez días antes de marchar a Alemania— de que por fin iban a servir al bando nacional matando a rojos, maricones y comunistas. Catalina se alegró de que se marcharan lejos de allí porque así no tendría que cruzárselos más por el pueblo, aunque a decir verdad, con el tiempo había aprendido a ignorarlos y girarles la cara cada vez que se los cruzaba o le soltaban algún comentario malintencionado. Como si fuera una macabra venganza por parte del destino, a finales de marzo Catalina se enteró por su madre de que ambos habían muerto en el frente. La noticia alivió en cierta manera el resentimiento que, a pesar del paso del tiempo, seguía sintiendo hacia ellos y sus ideales. Por fin se cerraba el círculo y podía respirar en paz. Más tarde se enteró de que José Luis había muerto congelado en los días previos a la batalla de Stalingrado, su cuerpo fue repatriado y, muy a disgusto de Catalina, lo enterraron con honores en el cementerio municipal. Aunque el pueblo entero parecía olvidar, ella tenía muy presente que a quien enterraban con honores aquel día no era más que un asesino. Ramón, en cambio, había caído en la batalla de Krasni Bor y nunca llegaron a encontrar su cuerpo. A Catalina le parecieron unas muertes crueles, a la altura de lo que habían hecho en vida, y tuvo la sensación de que por fin todo estaba donde debía estar, de que al final la vida siempre terminaba saldando sus deudas. Al menos así lo sintió cuando las pesadillas nocturnas disminuyeron en frecuencia hasta desaparecer por completo. Catalina estaba tranquila sabiendo que los dos primos falangistas ya no podrían hacerle el mal a nadie más y que Sebastián, donde quiera que estuviese enterrado, por fin podría descansar en paz.

En el plano internacional, la guerra había ido evolucionando con el paso de los años. Así, en diciembre de 1941 y tras el bombardeo a Pearl Harbor, Estados Unidos le declaró la guerra a Japón y entró de forma activa al conflicto. Su entrada fue crucial en el transcurso de la guerra y, junto a las fuerzas británicas, las tropas norteamericanas cosecharon múltiples victorias en diferentes operaciones. Por otro lado, el Ejército Rojo

consiguió hacer frente a las tropas alemanas en el sitio de Stalingrado y, por primera vez desde el inicio del conflicto, parecía posible un desenlace en el que la Alemania nazi acabase siendo derrotada.

En la playa de Agua en medio se habían llegado a construir en aquellos años hasta tres búnkeres más, los cuales se habían sumado a centenares de fortificaciones que formaban una batería de costa repartida por toda la zona del Campo de Gibraltar. Con el reciente e inesperado cambio de rumbo en el conflicto bélico, la línea de fortificaciones parecía dejar de tener sentido. Y así, los trabajos cesaron y los presos que habían cumplido con su redención mostrando buena conducta fueron recompensados con la puesta en libertad. Catalina se alegró cuando, en la que fue su última visita al campamento, Lorenzo le contó que el próximo mes terminaba de conmutar la pena. Ella había seguido asistiendo regularmente al campamento en compañía del padre Agustín, llevando consigo el paquete de comida que preparaba cada semana y que luego los presos repartían entre ellos. La relación de amistad entre Lorenzo y Catalina se había estrechado tanto que ella iba hasta allí con el único propósito de charlar un rato con él. Lorenzo también esperaba con ganas aquellas charlas, y cada domingo estaba pendiente de la llegada del cura para ver si Catalina lo había acompañado esa vez. Por eso, cuando Lorenzo le contó que iba a salir de allí y que tenía pensado quedarse en Zahara, ella tuvo que asegurarse de que no bromeaba porque le parecía algo imposible de creer:

—Sí, claro, a ver si ahora te vas a pensar que yo nací ayer.

—Bueno, pues cuando el mes que viene me sigas viendo por aquí te lo creerás —bromeó Lorenzo.

—¿Pero qué te retiene a ti aquí? —le preguntó Catalina riendo.

—Ahhh... —respondió Lorenzo en tono juguetón mientras levantaba las cejas y los hombros con una sonrisa que la desafiaba a que intentase adivinarlo. Sin embargo, Catalina no se daba cuenta de que, para Lorenzo, aquella amistad comenzaba a significar algo más. Él, que ya lo había perdido todo, estaba dispuesto a quedarse en aquel tranquilo rincón de Cádiz y esperar el tiempo que fuese necesario hasta que ella aclarase sus conflictos internos y se diese cuenta de que, en el fondo, también había empezado a sentir algo por él.

—Venga ya... —Catalina dejó la broma a un lado y se preocupó de verdad por él—. En serio, ¿por qué no te vas a casa?

—Catalina, porque el Madrid que yo conocí no se parece en nada al que es ahora. Yo allí ya no tengo trabajo, ni compañeros, ni casa, ni amigos. ¿Para qué iba a volver?

Prefiero recordarla tal cual la viví, a volver y darme cuenta de que allí ya no hay sitio para mí. —Catalina advirtió la tristeza con la que Lorenzo pronunciaba cada palabra y colocó su mano sobre la de él, que se la apretó suavemente.

—¿Y tu pueblo? —Catalina recordó que, en una ocasión, Lorenzo le había comentado que su familia era de un pequeño pueblo de los montes de Toledo, pero que él se había ido a Madrid siendo muy joven para poder continuar con sus estudios.

—Es un pueblo muy pequeño donde todos nos conocemos bien, y allí solo sería el republicano que se libró del fusilamiento, y para mi familia sería más una carga que otra cosa. —Catalina lo miraba con pena, entendía muy bien a qué se refería porque Zahara no era mucho más grande, y ella allí seguía siendo la viuda del rojo al que mataron los falangistas. Sintió las ganas de darle un abrazo, sobre todo si eso conseguía que dejara de sentirse así—. Aquí, en cambio, nadie me conoce y tengo la libertad de empezar de cero. —Sebastián volvió a retomar la broma del inicio en un intento por quitarle seriedad al tema, y añadió—: Además, aunque hay sitios mucho mejores, esto tan poco está tan mal para vivir.

Catalina se rio de lo que acababa de decir, pero no sin antes darle un codazo para que corrigiese sus palabras. Luego, Lorenzo le contó que había hablado con el padre de Sebastián, gracias a la mediación del padre Agustín, y que este había accedido a que faenase con él en el barco pesquero de la familia. El hombre y sus dos hijos mayores se veían muchas veces superados por la cantidad de faena, así que los tres estuvieron de acuerdo en que otro par de manos no les vendría mal, sobre todo si eran las de alguien a quien Sebastián lo había tenido en gran estima. Y así fue como, finalmente, Lorenzo se hizo a la vida del pueblo. Al principio, la familia de Sebastián le proporcionó todas las facilidades que estaban a su alcance para que pudiese empezar de cero, pues al igual que le había pasado previamente a Catalina, a ellos también les habría gustado que de estar en esa situación, alguien hubiese hecho lo mismo por Sebastián. Y es que, en cierto modo, la llegada de Lorenzo a Zahara rellenó parte del hueco que su amigo y compañero había dejado en el corazón de sus seres queridos al dejar este mundo.

Catalina visitaba a Lorenzo cada domingo, después de despedirse de su familia y antes de partir hacia la casa de los Krauss. Para que los vecinos no pensasen mal, pero sobre todo para que a su madre no le diera un síncope por culpa de las habladerías de la gente, Catalina fingía que Lorenzo le pagaba unos duros por ir a limpiarle la casa cada domingo. Pero la realidad era que, nada más entrar por la puerta, se desprendía de su papel de trabajadora incansable y se sentaba a charlar con él. En muchas ocasiones le

llevaba algo de la comida que había preparado junto a su madre ese mismo día, y es que siempre que sobraba algo en la olla recordaba las palabras de Lorenzo en el campamento. “Prométeme que algún día me vas a dejar probar uno de esos platos”. Y así lo hacía, sustituyendo el viejo paquete de comida que solía llevar al campamento por platos calientes y bien elaborados. Lorenzo lo agradecía porque, además de no tener mano para la cocina y solucionarle al menos el almuerzo de dos días de la semana, se relamía con cada bocado.

—Catalina, ¿tú por qué no abres un restaurante? —le decía.

—¡Anda ya! No seas pimpi.

—¿Pimpi? —Lorenzo se quedaba fascinado cada vez que Catalina se sacaba de debajo de la manga una palabra que no había oído en su vida.

—Zalamero. —Ella siempre le respondía con el significado de la palabra y le decía que tenía que acostumbrarse a aquellas expresiones si quería entender hablar a un andaluz.

—Qué cachondeo, tú... —Catalina no podía evitar reír cada vez que Lorenzo incluía en una frase alguna de las palabras que acababa de añadir a su vocabulario.

En aquellos meses, los pocos presos que habían quedado en el destacamento de Zahara realizaron sus últimos trabajos antes de ser reubicados en otros destacamentos. Así, en cuestión de un par de meses se completó la construcción de dos casas más en la playa de Agua en medio, muy cerca de la casa de los Krauss. No eran tan grandes ni ostentosas como la de la familia para la que servía Catalina, pero sí lo suficiente como para considerarse un lujo en aquella zona. A finales de mayo, Bertram Krauss se encargó personalmente de acompañar a las otras dos familias alemanas que se instalaron en aquellas casas. Una se trataba de un matrimonio mayor, con hijos adultos que se habían quedado en Alemania; el otro era un matrimonio de mediana edad con cuatro hijos de entre los ocho a los quince años. Catalina se preguntaba qué irían a hacer allí, la relación con Herr Krauss era bastante estrecha y todo parecía apuntar a que se habían instalado allí por el mismo motivo que él, pero la construcción de las fortificaciones se había detenido y los batallones de trabajadores de la zona estaban siendo disueltos. Catalina lo descubriría más tarde cuando, a mediados de verano, tuvo lugar la primera incursión de la Kriegsmarine en la playa de Agua en medio.

—Ayer pasó algo raro en la playa —le comentó de pasada a Lorenzo al día siguiente.

—¿El qué? —contestó él, sin ser aún consciente de la importancia de aquellos acontecimientos.

—Pues no lo entendí muy bien porque, a estas alturas, sigo sin entender ni pizca de alemán.

—¿Entonces?

—Nos mandaron a Manolita y a mí a una habitación con los niños, yo creo que querían quitarlos de en medio porque no paraba de entrar y salir gente de esa casa. —Catalina hizo una pausa para recordar con más detalle—. A veces susurraban, otras hablaban a voces. Pero ya te digo, que de ese idioma no se entiende ni una mijilla.

Lorenzo la miró como si algo en su mente encajase de repente y ella supo de inmediato que él había seguido involucrado en el partido durante todo ese tiempo.

—Al final vas a conseguir que te maten.

—Ni hablar —contestó él—, esta vez ya sé qué errores no debo cometer y cuándo debo parar.

—Espero que tengas razón. —A Catalina le dolía ver cómo otra persona a la que quería ponía su vida en peligro por defender unos ideales que no tenían cabida en la España en la que vivían.

Aunque sabía que, fuera lo que fuese, lo que había ocurrido el día anterior en la playa de Agua en medio no era una tontería cualquiera, ahora tenía la certeza completa de que no se equivocaba, pero no se imaginaba hasta qué punto. A lo largo de los siguientes meses, en los que Catalina visitaba a Lorenzo religiosamente cada domingo, este le pidió en varias ocasiones que colaborase con el partido, a lo que ella siempre se negaba tajantemente:

—Que no, Lorenzo, que ya sabes que yo por ahí no paso.

—Pero deja que te cuente...

—¡He dicho que no! —Catalina lo cortaba de raíz porque sabía que, si este le contaba algo, al final iba a terminar convenciéndola y no quería darle esa oportunidad.

—Como quieras, pero que sepas que esto es más grande de lo que crees —le decía él, para ver si le picaba el gusanillo de la curiosidad y acababa preguntándole algo como en aquella otra ocasión con el naufrago.

—Me da igual —contestaba ella siempre, impasible—. Y por lo que más quieras, si es tan grande como dices ten mucho cuidado.

Lorenzo asentía abatido al ver que su esfuerzo no cosechaba ningún fruto. Catalina podría ser de gran utilidad porque se encontraba en el lugar y el momento perfecto, pero Lorenzo respetaba su decisión. Ya en una ocasión, había cometido el error de involucrarla en contra de su voluntad y había jurado no volver a hacerlo nunca más. Catalina no sabía,

y nunca llegó a saber, que había jugado un papel muy importante en el incidente del naufragio. Y es que, en plena Segunda Guerra Mundial, la zona del Estrecho —incluyendo el Protectorado español de Marruecos— se había convertido en un nido de espías y agentes dobles que ponían sus vidas en riesgo con el objetivo de conseguir cualquier tipo de información que pudiese alterar el transcurso de la guerra. Catalina, sin ser consciente, había formado parte de esas intrigas y sabotajes. En aquel entonces, Sebastián había aprovechado las pequeñas charlas con ella para conseguir información sobre la familia alemana para la que trabajaba y, consciente de la importancia de la misma, no había dudado en usarla en su propio beneficio. Pero todo ello había ocurrido antes de darse cuenta de que el vínculo que había entre ellos era mucho más fuerte de lo que parecía. Entre la información de los espías británicos —que llegaba hasta él a través de una red muy bien elaborada que se extendía hasta el campamento de prisioneros— y la información que la propia Catalina le proporcionaba, Sebastián fue consciente de que la familia Krauss no era un par de alemanes cualquiera.

Bertram Krauss había nacido en 1899 en Augsburgo, en el seno de una familia de tradición militar. Su padre había sido un alto mando del ejército alemán que había perdido las piernas luchando en la Gran Guerra, pero los pasos de Bertram no habían sido muy diferentes. Era arquitecto de profesión, aunque había terminado uniéndose a la Schutzstaffel —escuadrón de defensa de Adolf Hitler y el Partido Nazi— por presión familiar y había escalado rangos rápidamente, gracias a la influencia de su padre, hasta llegar a ser capitán de las Waffen-SS —Hauptsturmführer según la terminología alemana—. Su esposa era una joven proveniente de una familia muy bien relacionada que se había enamorado perdidamente de él en una reunión social en la que habían coincidido. No llevaban mucho tiempo casados cuando Hitler comenzó a diseñar la Operación Félix por recomendación de Hermann Göring, un comandante de la Luftwaffe —fuerza aérea de la Alemania nazi—, y los altos cargos de las Fuerzas Armadas Alemanas no tardaron en ver que Bertram Krauss, que ejercía como arquitecto dentro de las SS, era uno de los hombres indicados para supervisar desde España la construcción de la batería de costa. La Operación Félix se venía desarrollando de forma oficial desde mediados de 1940, aunque el Estado alemán ya había mostrado interés en el tema tras la creación en 1939 de una comisión franquista que tenía como objetivo ejecutar la fortificación del Estrecho. Alemania se había ofrecido entonces voluntaria para ofrecer asesoramiento técnico y militar, pues su propósito no era otro que el de tomar Gibraltar durante la Segunda Guerra Mundial para controlar el paso del Estrecho, tan importante estratégicamente. En un

primer momento, Franco se había dejado cegar por los planes alemanes que le prometían el peñón que tanto anhelaba, pero el doble juego del caudillo español, que sabía jugar muy bien sus cartas contentando tanto a los países aliados como a las potencias del Eje, terminaron por suponer el fracaso de las negociaciones entre la Alemania nazi y la España franquista. Por mucho que el régimen español simpatizase con el nazismo, lo cierto era que acababa de salir de una guerra que había dejado al país mermado y, por ende, resultaba necesario el suministro de combustible y cereales que dependía de la buena voluntad británica. Los británicos, por su parte, permitían el aprovisionamiento a un régimen totalitario y germanófilo como la España de la época, en teoría, únicamente por la dramática situación en la que se encontraba el país; pero lo cierto era que la potencia aliada era consciente de la importancia estratégica que suponía España para los alemanes, y el corte de suministros era una especie de chantaje que aseguraba la neutralidad, o no beligerancia, del país en la contienda.

Cuando a Lorenzo le llegó toda aquella información, no dudó en poner en juego todo cuanto sabía y bastó con informar de las rutinas en casa de los Krauss para que la inteligencia británica orquestase un plan en el que el supuesto naufrago no era más que un espía inglés, enfermo de tuberculosis, que se había sacrificado para servir de cebo y que los alemanes picaran el anzuelo. El espía, sabiendo que no le quedaba mucho tiempo y que sus condiciones de vida se iban a ir viendo mermadas poco a poco, se había ofrecido voluntario para aquella operación y se había lanzado desde un barco de la Marina Real británica con su documentación real, pero con una nota con información falsa que tenía por objetivo despistar a las fuerzas alemanas en una inminente operación bélica. Lorenzo se pidió perdón a sí mismo por haberla involucrado de aquella forma tan sucia y se prometió que, a partir de entonces, respetaría todas y cada una de sus decisiones.

De igual forma, cuando Catalina le contó que el día anterior había ocurrido algo en la playa, Lorenzo no tardó en atar cabos y supo que las fuerzas alemanas habían comenzado a usar aquel rincón como lugar de aprovisionamiento para su flota. Hasta el momento, entre la inteligencia británica solo circulaban rumores: submarinos que cargaban combustible y alimentos en las costas españolas, lingotes de oro de dudosa procedencia que los nazis sacaban de Alemania para poner a buen recaudo tras el cambio de rumbo de la guerra... Pero hasta entonces no había ninguna prueba fidedigna que lo demostrase. Lorenzo sabía que, si aquello había ocurrido una vez, podía ocurrir muchas más veces, pero esta vez se mantuvo al margen y calló lo que sabía para no hacer algo que pudiese repercutir en Catalina. Aun así, conocedor de la situación en la que la joven

se encontraba, siempre intentaba pedirle que colaborase con él, pues la pobre, sin saberlo, solo por el hecho de servir en aquella casa estaba metida hasta el cuello. Ya desde mediados de 1942, los países aliados tenían conocimiento de que en los campos de prisioneros de la Alemania nazi se estaba llevando a cabo, en realidad, el exterminio de la población judía. Lorenzo quería sacar a Catalina de aquella casa antes de que todo el asunto terminase explotando, pero no podía contarle algo que se rumoreaba entre los círculos con los que él colaboraba y de lo realmente no existían pruebas físicas sino testimonios alejados. Catalina insistía en que por fin había vuelto a recuperar la calma y la tranquilidad que tanto anhelaba desde la muerte de Sebastián y, por más que lo intentase, Lorenzo no podía hacer nada para conseguir que cambiase de opinión.

Un domingo de comienzos de septiembre, Lorenzo sorprendió a Catalina con algo que ni él mismo esperaba recibir. Un mes antes había decidido escribirle una carta a su única hermana, de la que no sabía nada desde antes del inicio de la Guerra Civil, con la esperanza de que se encontrase bien y quisiera saber de él. En la carta que le envió la ponía al día de todo cuanto había pasado en su vida en los últimos años, le contaba que había recibido el indulto por conmutación de la pena y que había comenzado una nueva vida en un pequeño pueblecito de la costa gaditana. Lorenzo no esperaba recibir respuesta, ni siquiera sabía si su hermana Elena seguía teniendo la misma dirección, o si seguía con vida siquiera. Para su sorpresa, tres semanas después recibió una carta suya acompañada de un paquete. Ilusionado y feliz por saber de ella después de tanto tiempo, no tardó en abrir la carta y leerla de arriba abajo. En ella, al igual que había hecho él en su carta anterior, su hermana lo ponía al día de los últimos acontecimientos en su familia y en su pueblo natal. Le contaba lo dura que había sido la guerra en aquella zona y cómo su madre no había logrado sobrevivir a la escasez de alimentos a la que se habían visto sometidos. Al leer aquellas letras, Lorenzo lloró, solo y en silencio, por la pena que le daba que su madre hubiese sido víctima de aquella guerra sin sentido. Pero lo que más le dolía era que ni siquiera había podido despedirse de la mujer que le dio la vida, la cual murió con la incertidumbre de no saber qué había sido de su hijo. Las lágrimas solo dejaron de brotar del rostro de Lorenzo cuando este abrió el paquete que acompañaba a la carta y descubrió, para su sorpresa, que además de documentos personales y fotografías que Elena había logrado rescatar, estaban las cartas que Sebastián le había enviado y que él daba por perdidas. Al finalizar la guerra, su hermana había recibido una carta en la que el propietario de la vivienda que Lorenzo tenía arrendada en Madrid le informaba de que

iba a volver a ponerla a disposición de nuevos inquilinos, y que si no pasaba a recoger las cosas que había amontonado en una habitación, acabaría tirándolas a la basura. Elena, que desconocía el paradero de su hermano y se ponía en lo peor, no dudó en ir a recoger lo que pensaba que eran sus últimas pertenencias, lo único que le quedaba de él.

—Tengo algo para ti —le dijo Lorenzo a Catalina después de un rato.

—Uy... qué misterio —bromeó ella.

Lorenzo entró en su dormitorio y salió de él con el paquete que le había enviado su hermana Elena, pero abierto y envuelto por encima con el mismo papel. Aun así, no se apreciaba qué podía haber en su interior, así que Catalina arqueó la ceja cuando lo vio llegar con el bulto entre las manos.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Tú ábrelo —le contestó mientras lo ponía sobre la mesa en la que estaban sentados conversando.

Catalina miró el paquete intentando adivinar su contenido pero no se le ocurría nada que Lorenzo pudiese querer darle, así que retiró lentamente el papel que lo envolvía y descubrió una pila de cartas muy bien ordenadas. Las fue pasando una tras otra, comprobando que, efectivamente, la letra del sobre no solo le resultaba familiar, sino que en el remitente estaba escrito el nombre de Sebastián junto a la dirección de la casa de sus padres, en algunas, y la dirección de la calle Cervantes, en las otras. Catalina no supo qué decir, simplemente dejó que sus ojos se empañaran lentamente y la respiración se le agitase. Lorenzo acercó su silla a la de ella y le apretó el brazo en un gesto de cariño, ella reaccionó echándose a sus brazos y dando rienda suelta al llanto que había intentado contener.

—Lorenzo, por Dios... —Él la sujetó entre sus brazos y dejó que llorase largo y tendido sobre su hombro hasta que consiguió calmarse un poco—. ¿Pero de dónde has sacado esto? Pensaba que las habías perdido.

—Yo también —respondió—, pero mi hermana me las mandó la semana pasada.

—Pues dile a tu hermana que la quiero mucho —señaló mientras se secaba las lágrimas con el puño de las mangas. Lorenzo sonrió ante aquella ocurrencia y celebró que en ningún momento ella perdiese el sentido del humor.

—Son tuyas, puedes quedártelas.

Catalina sabía que, por mucho que quisiese, no podía llevárselas consigo a casa de los Krauss. Confiaba en Lorenzo, así que decidió ser sincera con él.

—¿Puedo dejarlas aquí? —Él la miró frunciendo el ceño en un gesto de perplejidad, no entendía por qué Catalina querría hacer eso, pero ella resolvió su duda rápidamente—: Verás... No puedo llevármelas a casa de los Krauss, se supone que no sé leer y resultaría raro que en algún momento descubriesen que guardo una pila de cartas. No tardarían mucho en echarme de allí. Y sinceramente, prefiero dejarlas aquí a en casa de mis padres, a ellos nunca les ha gustado hablar del tema y si llegase con ellas sé que no sería muy agradable.

—Espera... —Lorenzo no había prestado atención a lo último que había dicho Catalina, se había quedado en la parte en la que decía que se suponía que no sabía leer. Recordó al instante el momento en que, en el campo de prisioneros, ella le entregó sus propias cartas, el momento tan extraño en el que el padre Agustín le había pedido que no se preocupase, que él se las llevaría y se las devolvería la semana siguiente—. ¿Por qué se supone que no sabes leer? Es evidente que sabes.

—Para ti, que no te lo he ocultado —Catalina guardó silencio unos segundos antes de continuar—, pero para los Krauss no sé leer ni escribir. Fue la única condición que pusieron para que entrase a trabajar allí.

—¿Y no te has preguntado nunca por qué? —Lorenzo se imaginaba, o más bien sabía, de qué iba todo aquello, pero quería hacerla reflexionar. Ella, en cambio, se encogió de hombros.

—Al principio, muchas veces... pero luego dejé de darle importancia —indicó encogiéndose de hombros—. ¿Te parece bien si las dejo aquí? Además, me gustaría que las leyésemos juntos. Si te parece bien, claro.

—Por supuesto —respondió Lorenzo mientras en su cabeza seguía dándole vueltas al tema—, como tú prefieras.

—¡Ay! —Catalina se llevó una mano a la cabeza. Acababa de recordar que seguía teniendo la otra mitad de la correspondencia y que ahora Lorenzo sí que podía guardarla sin peligro a nada—. Recuérdame que la semana que viene te traiga tus cartas, supongo que a ti también te gustará leerlas. Además, ya puedes quedártelas sin miedo a que se extravíen o se estropeen.

Lorenzo respondió con una sonrisa de agradecimiento, acto seguido cogió el primero de los sobres que Catalina había dejado ordenados sobre la mesa y se lo extendió:

—¿Quieres leer la primera?

Catalina asintió y tomó el sobre que Lorenzo le extendía. Después de abrirlo, leyó en voz alta la única hoja que había en su interior. Lorenzo evocó el momento exacto en que

la había leído emocionado al abrirla años atrás mientras iba oyendo cada palabra de la misiva, esta vez con la voz de Catalina. La carta terminaba con un sencillo poema que cuando leyó por primera vez no sabía a quién iba dirigido, pero que en ese mismo momento cobraba todo el sentido del mundo.

*Odio,
tu risa contagiosa,
la forma en que me miras,
tus constantes ganas de llamar siempre mi atención.*

*Odio cuando voy hasta allí sólo por verte un rato
y te quejas del ajetreo del día a día,
del levante, de la vida...
pero luego se te olvida
mientras nos ponemos al día
con tu sonrisa tímida
y alguna broma mía.*

*Odio,
cuando haces como si nada,
cuando le doy vueltas al coco,
cuando el orgullo nos gana.*

*Y odio casi tanto como quiero,
sin poder remediarlo,
siempre un poco más de esto último.
Y ese es el motivo por el que estoy aquí,
escribiéndote esto,
para decirte que, aunque no lo creas, no puedo evitarlo,
y que recordarte a veces me hace daño,
porque no te tengo,
porque sin hacerlo te extraño.*

Era un poema de verso libre con algunas rimas aleatorias, tan sencillo pero a la vez tan sincero que encogió el corazón de Catalina. Giró la hoja para comprobar en la parte superior la fecha de la misiva: 21 de febrero de 1934. Catalina recordaba perfectamente cada fecha de su relación con Sebastián y la carta coincidía con la época en la que él iba a su casa a comprar frutas y hortalizas. Recordaba también la vergüenza que le daba que apareciese allí cada semana, porque por más que lo intentase no era capaz de disimular lo que sentía por él. Le conmovió saber que en aquel momento él ya sentía lo mismo por ella, aunque por aquel entonces estaba tan ensimismada con sus propios sentimientos que jamás lo habría imaginado.

—Ahora entiendo bien a qué se refería. —Lorenzo cortó el hilo de sus pensamientos y la devolvió a la realidad. Por un momento, Catalina se había olvidado de que él estaba justo a su lado.

—No sabía que ya escribía sobre mí —Catalina guardó la hoja en el sobre y la colocó junto a las demás. Luego, las envolvió otra vez en el papel y las dejó sobre la mesa. Necesitaba salir de allí, respirar aire fresco y pasar un rato sola con sus pensamientos. Llorar su pena—. ¿Nos vemos la semana que viene?

—Nos vemos —respondió él, que se levantó y la acompañó hasta la puerta.

Cuando se fue, Lorenzo volvió a sentarse en la mesa, buscó la carta en cuestión y la abrió para volver a leer el poema que Sebastián había escrito casi diez años atrás, cuando ni siquiera había comenzado su relación con Catalina. Releyó detenidamente cada palabra, cada verso, y se sintió confundido al comprobar que, cada uno de ellos, describía a la perfección lo que él mismo sentía por Catalina.

A la semana siguiente, Catalina apareció en casa de Lorenzo con el paquete que ella misma había querido entregarle en su segunda visita al campamento de prisioneros. A lo tonto habían pasado ya casi cuatro años, y a Lorenzo le sorprendió darse cuenta de lo rápido que pasaba el tiempo cuando uno tenía la cabeza en tantas cosas distintas. Los trabajos forzados, la construcción de la carretera, la de los búnkeres, la cooperación con el partido en la clandestinidad, las visitas de Catalina, sus paquetes semanales, su conmutación de la pena... y a eso se sumaban ahora las madrugadas faenando en alta mar junto al padre y los hermanos de Sebastián, su recién estrenada vida en Zahara, su libertad. Parecía casi imposible que tantas cosas hubieran pasado en un lapso de tiempo tan pequeño, o al menos así lo sentía él.

—Lo prometido es deuda —anunció Catalina mientras le entregaba el paquete que contenía sus propias cartas.

Lorenzo se mostró agradecido y juntos releieron un par de ellas, pero por mucho que Catalina se emocionara al leer sus versos y le señalase los detalles que le habían llamado la atención en cada uno de ellos, para él sus composiciones se quedaban en nada al lado de los poemas que Sebastián le había dedicado a Catalina. Sus encuentros transcurrieron en esa misma tónica durante el siguiente par de semanas en las que Lorenzo parecía estar desganado, o más bien alicaído. Finalmente, y viendo que su ánimo no mejoraba, Catalina comenzó a preocuparse por él y decidió no andarse con rodeos al preguntarle si le pasaba algo:

—Estás raro —manifestó—. Y yo te conozco, a ti te pasa algo.

—No es nada. —Lorenzo no sabía cómo esquivar el tema, así que optó por la vía fácil—: Es solo que no estoy durmiendo muy bien últimamente.

—A otro perro con ese hueso. —Catalina no era una persona fácil de torear así que Lorenzo tenía que currárselo un poquito más si quería sonar convincente—. Venga, ahora dime la verdad.

—Es que no puedo evitar echar de menos algunas cosas. Mi familia, mi vida en la capital, mi trabajo como periodista...

Ahora sí, Catalina suspiró antes de pensar muy bien qué podía decir para intentar animarlo.

—¿Por qué no le haces una visita a tu hermana? Seguro que se alegra de verte, y creo que a ti te haría bastante bien —sugirió finalmente.

—Lo he estado pensando. Cuando ahorre un poco, quizá en verano, tengo pensado subir a pasar unos días con ella.

—Claro —Catalina sonrió, y su sonrisa consiguió reconfortar a Lorenzo—. ¿Zahara no es lo que esperabas?

—Al revés, es justo lo que tenía en mente —reconoció—. La vida aquí es tranquila y tengo cerca todo lo que buscaba cuando decidí quedarme.

Catalina era tan pura e inocente que jamás se daría cuenta de que a lo que se refería realmente Lorenzo era a ella, o al menos no si no se lo decía clara y directamente. Pero ella era así, y su torpeza y naturalidad formaban parte de la Catalina que había logrado que volviese a sentirse vivo. Por eso, y porque ya no podía guardar aquel secreto ni un minuto más, Lorenzo se armó de valor para hacer algo que llevaba mucho tiempo queriendo hacer.

—Catalina... —sonaba tranquilo, sereno, con la calma propia de quien no tiene nada que perder—, ¿puedo hacer algo?

—Ehh... —Catalina no sabía a qué se refería exactamente, pero aceptó de todas formas—: Claro.

Entonces, Lorenzo se acercó lentamente hacia ella y la sujetó suavemente por los hombros sin apartar la mirada de sus ojos. “Prométeme que no te vas a enfadar”, le dijo antes de acercar sus labios a los de ella y besarla suavemente. Al principio, notó su cuerpo rígido, paralizado entre sus manos. Su respiración cortada, sus labios inmóviles, sorprendidos por el gesto. Pero no tardó en reaccionar, su cuerpo se relajó, el aire volvió a entrar en sus pulmones, sus manos se agarraron a sus brazos y sus labios le devolvieron el beso. Hacía años que ninguno de los dos se sentía de aquella forma, plenos, satisfechos, en un lugar seguro. Cuando se separaron, Lorenzo supo ver en los ojos de Catalina la energía de quien, por fin, después de mucho tiempo, vuelve a sentir y a estar vivo, y la estrechó entre sus brazos mientras deseaba con toda su alma que aquel abrazo no terminase nunca. O que al menos fuera el primero de muchos. Y así fue, porque desde aquel día Catalina regresó cada domingo regalándole a Lorenzo un abrazo y algún que otro beso, sincero y cariñoso, que con el paso del tiempo acabaron confirmando el inicio de una relación forjada entre águilas y esvásticas.

Con el paso de los meses, la relación entre Lorenzo y Catalina su fue afianzando hasta el punto de que a ambos se les hacía poco verse durante solo un par de horas a la semana. Se sentían tan a gusto cuando estaban juntos que les apetecía compartir más parte de su tiempo el uno con el otro. Hablaron largo y tendido sobre ello, pero no querían dar un paso que supusiera acelerar las cosas antes de tiempo. Dolores, sin embargo, sospechaba desde hacía mucho que su hija había vuelto a ilusionarse, y la única persona que encajaba en sus suposiciones debía ser Lorenzo. Conocía a su hija como a la palma de su mano, y esas cosas se notaban, pero hasta que no fue más que evidente no se atrevió a decirle nada que la pusiera a la defensiva con ella.

—Y el tal Lorenzo... ¿no puede buscar a otra persona que le limpie la casa? —dejó caer únicamente para ver la reacción de su hija—. Para un día que tienes libre, vas y te lo pasas trabajando.

—Es buen hombre, me da cosa decirle que no —respondió ella—. Además, tampoco ensucia mucho, acabo en un momento.

Dolores observó muy detenidamente a su hija, viendo cómo se miraba las manos mientras hablaba, un gesto que hacía siempre que mentía y que ella había aprendido a reconocer con el paso de los años.

—De verdad hija, siempre has mentido fatal... —Catalina levantó la vista de sus manos y miró a su madre, que tenía los brazos cruzados y esperaba su respuesta. A Catalina no le salían las palabras, sentía el calor subiendo rápidamente hacia su rostro—. Yo solo espero que tengas cuidado —sentenció finalmente su madre—, ya eres mayor para saber lo que haces.

La última mitad del año transcurrió bastante movida en el plano internacional. El 22 de julio de 1944, tuvo lugar la liberación del primero de los muchos campos de concentración donde se había llevado a cabo la exterminación del pueblo judío. El ejército soviético se había encontrado en Majdanek con la confirmación de lo que hasta entonces solo habían sido sospechas y testimonios sin fundamentos. La noticia se dio a conocer en los periódicos de medio mundo tan solo un mes más tarde, siendo la prueba definitiva del asesinato masivo por parte de los nazis. Sin embargo, en España se vivía en una censura total que proporcionaba un trato de favor al régimen nazi por parte de la prensa. Los periódicos españoles dedicaban páginas enteras a reportajes que trataban las devastadoras consecuencias que sufrían las ciudades alemanas a causa de los innumerables bombardeos por parte de las fuerzas aliadas. Se endemoniaba a los soviéticos y se suavizaban las acciones bélicas de la resistencia alemana, que comenzaba a estar acorralada. Por eso, en España no se llegó a conocer la magnitud real de los acontecimientos, y aunque en los últimos momentos del conflicto los periódicos comenzaron a hacerse eco de la existencia de los campos de concentración, lo hacían sin mencionar el exterminio judío y atribuyendo las causas de las pésimas condiciones de los presos a la caótica situación que se vivía por la inminente derrota alemana.

En junio, las tropas aliadas ya habían liberado Roma, y en los meses de julio y agosto había tenido lugar la liberación del sur de Francia. El final de la guerra y la derrota alemana se precipitaba, por esa razón los militares y aduaneros habían comenzado a desertar en tropel. España parecía un destino ideal para todos ellos, amparados por el régimen franquista, los oficiales alemanes sabían que era un lugar seguro en el que vivir o, simplemente, tomarlo como punto de partida hacia un segundo destino mucho más alejado. Así, las playas españolas comenzaron a llenarse de alemanes “retirados”, mientras que en la sombra se desarrollaba un movimiento de mercadeo, portes y

evacuación de enfermos y heridos. Corría también el rumor de que las incursiones de la Kriegsmarine tenían como objetivo poner a buen recaudo las riquezas y tesoros de la Alemania nazi, y en más de una ocasión se oyó hablar entre la inteligencia británica de lingotes de oro, joyas e incluso obras de arte, muchas de ellas despojadas a sus originales propietarios por su condición de judíos. Lorenzo, que estaba al tanto de todo, se involucró aún más en todo aquello con el objetivo de sacar alguna información que le fuese de utilidad al partido, o a la inteligencia británica.

A finales de verano, había vuelto de visitar a su hermana con una pequeña cantidad de dinero que había resultado de la venta de un corral que su madre les había dejado en herencia. No era mucho, pero sí lo suficiente como para poder permitirse una pequeña embarcación de segunda mano con la que empezó a faenar sin tener que depender de la familia de Sebastián, a la cual estaba de igual forma más que agradecido. Lo cierto era que, en realidad, aquella barca de menores proporciones que la de la familia Romero le proporcionaba libertad total para moverse por las aguas del Estrecho con la excusa de faenar. Así fue como empezó a ofrecer portes a las familias alemanas que vivían en la playa de Agua en medio, lugar que había comenzado a conocerse entre los pescadores de la zona como “la punta de los alemanes”. Eran muchos quienes habían comenzado a mercadear con el objetivo de ganarse un dinero extra, dado que los alemanes instalados en la zona eran gente con mucho dinero que sabía bien cómo recompensar cada porte. Lorenzo se hacía pasar por un contrabandista más, pero la realidad era que sus continuos viajes a Tánger le proporcionaban la tapadera perfecta para mantener una comunicación continua con los espías de distintas nacionalidades que pululaban por la zona en busca de información comprometida. Los británicos que trabajaban para el servicio de inteligencia habían ideado un método infalible para pasar información sin ser descubiertos. En el borde de los billetes que Lorenzo entregaba para comprar la mercancía que luego entregaba a los alemanes, dibujaba con mucho cuidado lo que parecía un patrón repetitivo de ondas dispuestas una tras otra, que no era otra cosa sino el mensaje —a modo de telegrama— codificado mediante una serie de símbolos formados por fragmentos de circunferencias. Alternaba los billetes para que, en caso de caer en manos ajenas, no resultase una obviedad sino los simples garabatos de alguien aburrido recorriendo con un lápiz los bordes del billete. El vendedor clandestino al que Lorenzo siempre acudía a comprarle la mercancía no era más que un chaval de dieciséis o diecisiete años de apariencia inocente que apenas hablaba español, pero en realidad se trataba de un intermediario, muy bien camuflado, encargado de entregar los billetes a quien

correspondía de forma discreta y segura. Lorenzo nunca supo quién recibía sus mensajes, porque nunca habló en persona con nadie que no fuese su contacto, pero cuando tenían que comunicarse con él desde arriba lo hacían siguiendo el mismo método. A veces, cuando Lorenzo le entregaba los billetes a aquel chaval, este le devolvía alguno que sacaba de su bolsillo como si estuviese dándole la vuelta por haberle pagado de más. Entonces, Lorenzo sabía que el billete que acababa de darle contenía un mensaje codificado con nuevas señales.

La primera vez que Catalina vio a Lorenzo en casa de los Krauss, fue ella misma quien le abrió la puerta del servicio que daba al patio trasero. Bertram Krauss la había hecho acudir a su despacho aquella misma mañana para indicarle que en algún momento del día alguien llegaría a dejarle un paquete. Sin darle muchas más explicaciones, le había ordenado que en cuanto lo recogiese se lo llevase de inmediato. Catalina había asentido sin sospechar nada extraño, pero cuando abrió la puerta y vio a Lorenzo con el paquete entre las manos, lo agarró del brazo y lo introdujo rápidamente en la cocina pegándole un tirón.

—¿Me explicas qué carajo haces aquí? —le preguntó susurrando para que nadie en aquella casa pudiera oírla.

—Vengo a dejar esto —respondió él, alzando el paquete que llevaba para que ella pudiera apreciarlo bien. Catalina se lo arrebató de las manos y resopló para contener el enfado. Si por ella fuese, le habría dicho de todo en ese mismo momento.

—Te voy a matar —dijo apretando los dientes, antes de echarlo de allí a base de empujones.

Cuando llegó el domingo, Catalina se dirigió a casa de Lorenzo dispuesta a darle una buena reprimenda.

—¿Pero tú estás majara?! —le recriminó—. ¡¿Cómo se te ocurre?!

—Catalina —intentó calmarla sujetándola por los brazos y mirándola a los ojos—, no puedo quedarme con los brazos cruzados cuando están pasando cosas tan graves.

—¿Pero qué va a pasar? Si están perdiendo la guerra... —Catalina no entendía qué podía ser tan importante como para que él llegase a aquel extremo. Sabía que Lorenzo no era capaz de mirar hacia otro lado y que desde que lo conocía siempre había colaborado en la clandestinidad con el partido, ella lo comprendía y se mantenía al margen, pero aquello le parecía demasiado—. De verdad, que parece que estás buscando que te maten.

Catalina se sentía tan impotente que al final terminó echándose a llorar. No podía imaginarse volver a pasar por lo mismo otra vez, le había costado mucho volver a confiar, darse a sí misma otra oportunidad y creer que después de todo por lo que había pasado era posible volver a ser feliz. Sentía un pánico absoluto por volver a pasar por lo mismo y experimentar de nuevo el sufrimiento que ya había dejado atrás. Su miedo a perderlo era real. Lorenzo se dio cuenta del daño que aquello le hacía a Catalina y la sostuvo entre sus brazos hasta que consiguió calmarla poco a poco.

—Ey... estoy aquí, no va a pasarme nada —Lorenzo le dio un beso muy suave en la cabeza mientras la acercaba hacia su pecho para abrazarla—. Si quieres que deje de hacerlo, lo haré.

—Sabes que no podría pedirte que dejases de hacer algo por mí —respondió ella—, sería muy egoísta.

—No lo es si yo quiero hacerlo.

—Pero tú quieres ayudar, y a mí esa parte de ti también me gusta aunque me asuste mucho perderte.

Lorenzo sintió cómo el corazón se le encogía con las últimas palabras de Catalina, la quería tanto que se dejó llevar por el impulso que lo empujó a pronunciar sus siguientes palabras:

—Casémonos.

Catalina se deshizo de su abrazo para mirarlo fijamente a los ojos y se dio cuenta de que no era ninguna broma, lo decía totalmente convencido.

—Estás loco. —Catalina no pudo decir otra cosa, su cabeza había empezado a ir a mil por hora imaginando lo que acababa de proponerle.

—Te lo digo muy en serio —Lorenzo volvió a insistir, pero esta vez más calmado y meditando bien las cosas—, yo sé que quiero tenerte en mi vida para siempre. ¿Tú no?

—Pues claro —respondió mirándolo a los ojos pero aún con cara de sorpresa.

—Entonces... no sé a qué estamos esperando.

Mayo de 1945

Lorenzo y Catalina contrajeron matrimonio tan solo una semana después de que acabase la guerra en Europa. Aunque había sido una simple casualidad, dado que la fecha llevaba puesta desde mediados de febrero, lo cierto era que el desenlace del conflicto era inevitable y solo una cuestión de tiempo. Para Lorenzo, la celebración fue doble: se casaba con la mujer de sus sueños, la que se había cruzado en su vida prácticamente por casualidad, y a su vez conseguía que saliese de casa de los Krauss justo en el momento en que una horda de altos cargos de las SS huía de la Alemania derrotada en busca de un destino acogedor como el que ofrecía el clima de la península y la protección del Generalísimo. A Dolores no le había pillado por sorpresa aquel enlace, y como desconocía el origen de Lorenzo, tampoco parecía muy disgustada. Su inquietud inicial había ido más bien por otros derroteros que, estando ya casada, dejaban de ser motivo de preocupación. Al fin y al cabo, volvía a ver la felicidad en el rostro de su hija y eso era más que suficiente. El padre Agustín, sin embargo, había sido quien más reticencias había mostrado a officiar aquel enlace, aún a pesar de que el único culpable —y testigo— de que los caminos de Lorenzo y Catalina se hubiesen llegado a cruzar no había sido otro sino él.

—Catalina, hija... —le suplicó cuando esta fue a verlo para comentarle sus planes de futuro—. No me pidas que te case con otro rojo, que al final me echan del pueblo.

—Padre, por favor —le rogó ella—, es lo único que le pido.

—Catalina... —Don Agustín suspiraba con los ojos cerrados mientras seguía negando con la cabeza.

—Además, si aquí los únicos que sabemos que ha estado preso somos tú y yo —Catalina omitió intencionadamente a la familia de Sebastián, tenía que lograr convencer al cura.

—Bueno... espero no equivocarme.

El padre Agustín no sabía cómo negarse a una súplica y Catalina lo sabía, pero aun así sonrió de oreja a oreja cuando el cura accedió a unirlos en santo matrimonio. Y así, tres meses después de aquello Catalina y Lorenzo compartieron su primera noche juntos, la primera de todas las que se habían prometido. En los meses que pasaron entre la proposición de Lorenzo y el día de la boda, la pareja fue encargándose de dejar bien atados todos los cabos antes de comenzar su nueva vida juntos, en la tranquilidad que

ambos deseaban. Esa fue la principal razón por la que, muy a pesar de Catalina, Lorenzo continuó con las escapadas a Tánger en busca de mercancía de contrabando, dando portes y ofreciendo sus servicios a los alemanes. La intención real de todo aquello era conseguir ahorrar la mayor cantidad de dinero posible con el objetivo de abrir una pequeña taberna en la que Lorenzo se encargaría de la barra y, Catalina, de la cocina. Lorenzo se lo había insinuado a Catalina en tono de broma muchas veces a lo largo de los últimos años —aunque en el fondo siempre lo había dicho totalmente en serio— y ahora iba a convertirse en una realidad. Tras unos meses bastante duros en los que ambos trataron de ahorrar lo máximo posible, al final consiguieron arrendar un pequeño local que arreglaron con mucho cariño, y en cuestión de semanas, los platos de Catalina se convirtieron en parada obligatoria para los muchos marineros y trabajadores temporales que merodeaban por la zona.

—Te lo dije —le decía él desde la barra—, cocinas que te mueres.

Ella se reía siempre desde la cocina y le pedía que dejara de ser tan pimpi, que al final iba a sacarle los colores. Él se reía de vuelta, recordando la primera vez que la oyó decir aquella palabra.

A finales de abril, con el inminente final de la guerra, la prensa española había comenzado a hacerse eco de los horrores que se estaban produciendo en los campos de concentración nazis. Aunque era una versión bastante edulcorada de la realidad en la que ni siquiera se mencionaba a la comunidad judía, a Catalina le horrorizó leer aquellas barbaridades e imaginarse las cosas por las que debían de haber pasado aquellos prisioneros. Los periódicos también hablaban de la persecución que sufrían los propios nazis y fascistas italianos, pero cada vez que Catalina leía algo sobre ello, pensaba en lo bien que vivía la familia Krauss en primera línea de playa, los lujos de los que disfrutaba y la comodidad de vivir en unas constantes vacaciones en el extranjero. Entonces todas esas palabras que leía en el periódico o escuchaba en la radio no le parecían más que patrañas y exageraciones. A pesar de todo, con la evidencia incuestionable de los miles de campos de concentración que los aliados iban liberando uno tras otro, en los que se había puesto fin a la vida de millones de personas —entre ellas más de cinco mil españoles—, al terminar la guerra la bola de nieve era tan grande que resultaba inútil intentar esconder lo que al final acababa llegando a España como un secreto a voces. Por ello, Franco decidió dar un giro a su política con el objetivo de procurarse un lavado de cara que le permitiese salir indemne tras la derrota del bando con el que había simpatizado

durante todo el conflicto. Su continua ambigüedad de cara al exterior le fue de utilidad para convencer, en cierta forma, a los países aliados. Así, España se desprendió de todos los elementos que había adoptado de la Falange Española durante el principio del régimen, incluido el saludo fascista, y tomó un aspecto mucho más católico y conservador. Los miembros de la Falange fueron apartados del Gobierno y se dio protagonismo a la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), liderada por Alberto Martín-Artajo. Este hombre, que fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores, siguió endulzando y justificando las barbaries cometidas por el régimen nazi durante la guerra. Sin embargo, la falta de claridad en las noticias, pero sobre todo de fotografías, no impidió que en España se conociese la existencia de los campos de exterminio. Catalina se quedó atónita al descubrir todo lo que había estado ocurriendo en Europa en aquellos años y no tardó en comentarlo con Lorenzo:

—No puedo creerlo —dijo sosteniendo el periódico entre sus piernas, sentada junto a él en la sala de estar.

—Te dije que esto era más grande de lo que pensabas.

Catalina no podía apartar de su mente la imagen de la primera vez que vio a Lorenzo, delgado y demacrado, prácticamente muerto de hambre. Se imaginó qué habría pasado si fuese a él a quien hubiesen ejecutado en una cámara de gas junto a otros miles de prisioneros en su misma situación, y se le pusieron los vellos de punta solo de pensarlo.

—Si aún hay algo que pueda hacer... —Después de todos esos años, al final Catalina había decidido romper su promesa.

La guerra había terminado, los nazis no podían seguir cometiendo más barbaridades, pero desgraciadamente aún había mucho que hacer. España se estaba convirtiendo en el patio de recreo de los altos oficiales y jerarcas nazis que huían de los juicios de guerra, y no solo eso, los empresarios también buscaban un hueco en un país que les permitía seguir haciendo negocios a sus anchas, sin el ostracismo social que sufrirían en su país de origen por haber sacado tajada de sus buenas relaciones con el régimen e incluso haber llegado a usar mano de obra esclava proveniente de los campos de concentración. Si algo podían hacer, era conseguir justicia y que todos los que huían de las atrocidades cometidas se responsabilizasen de sus actos. Lorenzo cogió las manos de Catalina y las sostuvo entre las suyas:

—Pues claro, sabía que al final acabarías dándote cuenta.

Durante un par de meses, y aprovechando cada hueco libre que tenían, entre ambos consiguieron redactar un extenso documento en el que quedaban recogidos todos los datos

que Catalina había conseguido recordar de su estancia en casa de los Krauss. Desde detalles relacionados con la vida privada de Bertram y Helga Krauss, hasta todo tipo de apuntes y anotaciones sobre el acontecimiento del naufrago, el correo de Herr Krauss, las incursiones de la Kriegsmarine o los objetos y mercancías que el propio Lorenzo le suministraba de contrabando a cambio de un puñado de billetes. Catalina le guardaba un especial cariño a Ilse y a Fred, y sabía que esos niños no tenían la culpa de nada, pero la familia perfecta que formaban junto a sus padres le provocaba ganas de vomitar solo de pensar que, los ideales que había detrás de ella, habían terminado con la vida de millones de personas y roto miles y miles de familias que ya nunca más volverían a recomponerse de aquella tragedia.

—¿Es seguro? —A Catalina le horrorizaba que algo pudiera llegar a pasarles si ese documento con tantos detalles caía en las manos equivocadas, sobre todo sabiendo de lo que aquella gente sin escrúpulos era capaz.

—Tranquila, sé muy bien cómo mover esto. —Lorenzo intentó hacerle ver que no iba a ocurrir nada malo, para la realidad era que bajo su fachada de seguridad sentía el mismo miedo a que algo se torciese y se viesen expuestos.

Finalmente, un par de semanas después de que el documento estuviese listo, Lorenzo y Catalina planearon su entrega. Al mediodía de un jueves, justo después de almorzar, Lorenzo se montó en la barca con la pila de hojas que formaban el documento guardadas en el interior de una bolsa que solía utilizar para almacenar los utensilios de pesca. Aunque Lorenzo había dejado de dedicarse a la pesca desde que Catalina y él se habían casado y habían montado la taberna que los tenía siempre ocupados, aún salía de vez en cuando con sus cañas de pescar para ver si pillaba algo fresco que luego Catalina pudiera cocinar. Además, Lorenzo había utilizado esa bolsa en múltiples ocasiones, cada vez que había ido a Tánger a por algo de contrabando para los alemanes, y sabía por experiencia que su presencia allí no llamaría la atención. En Tánger ya lo conocían, había ido muchas veces, así que de lo único que tenía que preocuparse era de encontrar al chaval que había sido su contacto y entregarle aquella bolsa con el documento en su interior, no podía ser tan difícil. La teoría era sencilla pero, aun así, le temblaban las piernas por el miedo a que algo se torciese en cualquier momento. Catalina se despidió de él en la misma barca que estaba a punto de llevarlo hacia su destino, y aunque le habría gustado acompañarlo para comprobar por sí misma que todo salía bien, sabía que si lo hacía sí que llamarían la atención.

—Te doy mi palabra de que, cuando acabe con todo esto, te voy a llevar con la barca a donde tú me pidas —le prometió antes de marcharse, en un intento por aliviar un poco la tensión del momento.

Catalina le sonrió y se despidió de él con un beso en los labios. Luego, Lorenzo se puso en marcha y ella se quedó, frente al mar, observando cómo la barca se hacía cada vez más pequeñita en el horizonte. Aun cuando dejó de verlo, permaneció en el sitio durante varios minutos más, reflexionando sobre todo lo que había pasado en los últimos años, y solo cuando creyó que ya se había calmado lo suficiente, volvió por el mismo camino que había recorrido junto a Lorenzo y permaneció en casa a la espera de su vuelta. Catalina le había hecho miles de preguntas mientras planeaban la entrega del documento, quería saber cada detalle porque sentía que, si lo tenía todo bajo control, la ansiedad que la invadía disminuiría. Había sido muy insistente con el horario y Lorenzo le había dicho que, si todo salía según lo planeado, no debía de tardar más de dos o tres horas en volver. Pero cuando ya habían pasado más de cuatro horas, Catalina comenzó a estar realmente preocupada. Le temblaba cada centímetro de su cuerpo, temía que le hubiese pasado algo y, lo peor, que ella nunca llegase a enterarse de qué. Imaginó mil situaciones, mil tipos de imprevistos, e intentó convencerse a sí misma de que, tal vez, Lorenzo solo se había quedado sin combustible y no podía volver. Pero no podía ser, habían calculado al milímetro cada detalle y Lorenzo se había encargado personalmente de que la barca estuviese en perfectas condiciones. De repente, Catalina escuchó el sonido de la puerta principal, que se abrió bruscamente, y se puso de pie de un salto agradeciendo que Lorenzo por fin estuviera en casa.

—¡Catalina! —Pero la voz que sonó seguida de unos pasos no era la de Lorenzo, sino la de su hermano Juanjo, que llegaba acompañado de su hermana Anita. Su cuerpo volvió a estremecerse, pero intentó apartar todas sus preocupaciones de golpe para que sus hermanos no se dieran cuenta de que algo pasaba.

—¡Ey! —lo saludó mientras él se lanzaba hacia ella para darle un abrazo.

—¿No está Lorenzo? —preguntó Anita al entrar y ver que Catalina estaba sola en la sala de estar.

—Ha salido —le contestó antes de cambiar rápidamente de tema—. ¿Qué hacéis aquí?

—He terminado pronto la tarea y hemos dicho de venir a verte un rato —Juanjo estaba tan grande que a Catalina le sorprendía que el tiempo hubiera pasado tan rápido desde

que, con pocos meses de vida, le cantaba para que se durmiese mientras lo mecía entre sus brazos.

—La casa se ha vuelto demasiado aburrida desde que está tan vacía —apuntó Anita.

—Bueno, ya sabéis que aquí podéis venir siempre que queráis.

—Lo sabemos, por eso estamos aquí. —Si algo no iba a cambiar nunca, era la energía que desbordaba siempre Juanjo y que lo hacía hablar hasta por los codos—. ¿Qué estabas haciendo?

—Nada... —respondió ella mientras se acercaba al aparador y sacaba del cajón una baraja de cartas—. ¿Jugamos?

Catalina agradeció la visita de sus hermanos, que consiguieron que mantuviese la mente alejada de todo cuanto estaba pasando no muy lejos de allí. Juanjo se enfadó un par de veces porque era incapaz de ganar una sola ronda, así que Anita y Catalina acordaron por señas que iban a dejarlo ganar. El pobre chiquillo, que pensaba que había sido mérito suyo, se regodeó de lo mal que habían jugado sus hermanas aun teniendo mejores cartas que las suyas. Anita, que tenía un carácter fuerte, no se dejó achantar y en la siguiente ronda le dio una paliza que no olvidaría nunca. Catalina terminó riendo a carcajadas cuando Anita se burló de él diciéndole que lo había dejado ganar porque le daba pena, y Juanjo se puso a llorar al sentir que habían estado toda la partida burlándose de él. Catalina intentaba convencer a Juanjo de que Anita mentía solo para incordiarlo, ya con los últimos rayos del sol, cuando la puerta volvió a abrirse y Lorenzo entró sonriente en el salón.

—¡Qué bien estáis! —exclamó al verlos a todos reunidos junto a la mesa.

—¡Lorenzo! ¡¿Juegas?! —exclamó Juanjo, que solo quería comprobar si de verdad era capaz de ganar por sus propios méritos.

—¡Ni hablar! —se apresuró a decir Anita, que ya había tenido suficiente—. Nosotros nos vamos a casa, que mañana hay escuela.

—¡Jo! —Juanjo no quería marcharse, pero su hermana lo agarró del brazo para que se levantase de la silla.

—Te veo contento —le dijo Anita a Lorenzo antes de volverse hacia su hermana y despedirse de ella—: Hasta mañana.

Catalina acompañó a sus hermanos hasta la puerta principal y aprovechó para dejarla cerrada hasta el día siguiente. Al volver a la sala de estar, se encontró a Lorenzo sentado en una silla con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha ido mal? —Catalina estaba muy preocupada, y la postura derrotada de Lorenzo no ayudaba.

—Nada —dijo él incorporándose en el asiento—. Solo estoy reventado, necesitaba sentarme.

—¡Imbécil! —exclamó Catalina mientras le daba un porrazo en el hombro—. ¡Pensaba que te había pasado algo!

—Perdona si te he asustado —la tranquilizó él—, he tenido un pequeño contratiempo pero al final he conseguido entregarlo.

—Gracias a Dios... —suspiró aliviada Catalina.

—Ven aquí —le ordenó Lorenzo mientras con las manos hacía gestos para que se acercase—, necesito tenerte entre en mis brazos.

Catalina sonrió y se sentó con cuidado sobre sus rodillas, luego, le rodeó los hombros por detrás con su brazo izquierdo y apoyó la cabeza en su pecho. Giró suavemente la cara para poder darle un beso en los labios.

—No encontraba a mi contacto —le explicó—. Ya me había dado por vencido e iba de vuelta a la barca cuando me lo he encontrado en el puerto.

—¿Te ha reconocido?

—Claro —Lorenzo hizo una pausa antes de continuar con su relato—. Me he puesto a andar sin rumbo fijo para ver si me seguía, y cuando me he dado cuenta de que iba a unos cien metros detrás de mí, he entrado en una iglesia y me he sentado haciendo como que rezaba.

—¡Já! —Catalina no pudo evitar la carcajada—. Pero si tú no sabes rezar, no había más que verte el día de nuestra boda.

—Pues yo creo que lo he hecho muy bien —sonrió orgulloso—, me he quedado allí unos diez minutos y luego me he levantado dejando sobre el banco la bolsa con el documento.

—Dime que no te has ido de allí sin comprobar que se la llevaba. —Catalina no iba a conseguir relajarse hasta estar completamente segura de que todo había salido bien.

—¿Pero tú te crees que yo soy nuevo en esto? —Lorenzo había pasado cuatro años de su vida comunicándose clandestinamente con el partido desde un campo de prisioneros, estaba más que acostumbrado a controlar ese tipo de situaciones—. He ido a encender una vela a un santo que había en uno de los laterales y no me he ido hasta que he comprobado que mi contacto salía con la bolsa.

—Quien te ha visto y quien te ve... pasando desapercibido en una iglesia. —Catalina rompió a reír liberando por fin la tensión que había estado reteniendo durante toda la tarde. Ahora que sabía que todo había salido bien, podía respirar tranquila.

A Lorenzo le hizo gracia verla reír por aquella tontería, pero cuando creyó que ya se había reído de él lo suficiente se vengó haciéndole cosquillas. Catalina se retorció entre sus brazos y le pidió que parase, pero él no lo hizo hasta que se le empezó a resbalar de encima y amenazaba con caerse al suelo.

—Pues ya solo queda esperar... —suspiró cuando los dos se hubieron calmado.

—¿Y qué esperamos exactamente? —preguntó Catalina, que era la primera vez que participaba en sus enredos.

—Pronto lo sabremos.

Octubre de 1947

Los últimos dos años pasaron en la más absoluta normalidad, esa que Catalina tanto agradecía y que Lorenzo no sabía que necesitaba. Sus rutinas se asentaron hasta el punto de que ambos se acostumbraron a vivir en una especie de calma que envolvía el día a día, una paz que creían merecer. La taberna fue un éxito, los platos de Catalina eran conocidos en todo el pueblo y quienes venían de paso no hacían otra cosa que no fuese relamerse los labios después de dejar los cubiertos sobre el plato vacío. Les fue tan bien que, en aquellos dos años, les dio tiempo a ahorrar el dinero suficiente para comprar la vieja casa que tenían arrendada y hacer una pequeña obra para que la vivienda quedase en la planta superior y, en la inferior, el restaurante. Dejó, por tanto, de ser una simple taberna donde el protagonismo recaía en la barra, para ofrecer un amplio salón lleno de mesas en las que poder sentarse tranquilamente a saborear cada bocado.

En casa de Catalina tampoco habían cambiado mucho las cosas, Isabel seguía viviendo en Barbate y a su primera niña le habían seguido dos varones más. Carmen también se había convertido en madre hacía poco, aunque había tenido que sufrir la angustia de quien tiene que pasar por varios abortos antes de verse recompensado con una criatura. A Juanjo habían tenido que insistirle para que continuase con los estudios, porque él se empañaba por activa y por pasiva en trabajar en la huerta con sus padres.

—¡Ni hablar! —le decía Dolores—. Mientras yo tenga cuerpo para tirar para adelante con la huerta, en esta casa mis hijos van a recibir la educación que yo no pude tener.

Tampoco hubo mucho más que decir, porque la palabra de una madre iba a misa. Sin embargo, Anita tuvo mucho que ver en que Juanjo estuviese convencido de seguir estudiando. La joven siempre había sido una chiquilla espabilada e inteligente, y estudiaba día y noche con el único objetivo de conseguir llegar a ser maestra de escuela. Catalina sabía que lo conseguiría, solo era cuestión de tiempo que los niños de Zahara tuvieran como maestra a la señorita Gallardo.

En la playa de los Alemanes, que a esas alturas era como se conocía popularmente a aquella zona, el fin de la guerra parecía no haber llegado en ningún momento. Es más, a la llegada de las dos últimas familias que siguieron a los Krauss, se unieron varias más. En aquel lugar apartado de todo, vivían como en una especie de mundo paralelo en el que la justicia de su país no los reclamaba. Se relacionaban únicamente entre ellos y

disfrutaban sin preocupaciones de la playa, el sol y el clima. Catalina siempre había envidiado ese modo de vida, y esa era una de las razones por las que había estado tan a gusto durante la temporada que pasó sirviendo para Bertram y Helga Krauss, pero que personas que habían estado tan involucradas en las barbaridades cometidas por el partido nazi campasen a sus anchas por su tierra natal, era algo que no comprendía y le fastidiaba a partes iguales.

Por otro lado, Lorenzo dejó de colaborar con el partido y la red de espías británicos en el mismo momento en que se dio cuenta de que sus esfuerzos no habían servido para nada. Arriesgar su vida era una cosa, pero el miedo que había pasado por Catalina cuando fue a Tánger para entregar el famoso documento fue suficiente para darse cuenta de que no quería volverlo a repetir. Las noches siguientes a aquello, Catalina apenas había dormido a causa de las pesadillas. Se había mostrado inquieta y muy irritable, peleaban por cosas sin sentido y a veces incluso se la encontraba llorando a escondidas. Le prometió que hasta ahí había llegado su implicación con el partido, que no soportaba verla así y que no pensaba poner en riesgo su relación con ella ni la vida de alguien que no fuese él. Y aunque Catalina fue el motivo principal que lo llevó a tomar esa decisión, quizá el paso de los años y la madurez de un militante que ya no era un chiquillo con ganas de comerse el mundo y creer que todo es posible, también influyó en cierta forma. Lorenzo había sufrido, lo había dado todo, y al final se había dado cuenta de que no había obtenido nada a cambio. No había conseguido cambiar absolutamente nada, porque la España que anhelaba se seguía antojando como algo lejano e imposible. Comprendió entonces a Catalina, su forma de ver la vida y de disfrutar de lo sencillo. Era ella misma quien le había dado una razón para hacerlo, una razón que no pensaba desaprovechar. Poco a poco cesaron las pesadillas, volvió la calma y la tranquilidad a su cuerpo, dejaron de pelear por cosas sin sentido y Lorenzo dejó de encontrársela llorando a escondidas. Fue entonces cuando él cumplió su promesa de llevársela en la barca a donde ella le pidiera, y así, cada vez que podían se escapaban durante todo un día y atracaban en alguna cala de las muchas que allí había, con su arena fina y dorada y sin ningún acceso más que el propio mar.

Un día cualquiera de finales de octubre, Manolita entró con mucha prisa en el restaurante y le pidió a Lorenzo, que estaba en la barra, que llamase a Catalina.

—¡Catalina! —la llamó él al asomarse a la puerta de la cocina—. Manolita está fuera y quiere verte.

—¡Ahora no puedo! —gritó ella esperando que su voz se oyese por encima del sonido que acababa de provocar al echar las patatas en el aceite hirviendo.

—Parece importante. —Lorenzo había entrado en la cocina y se había colocado junto a ella para no tener que seguir gritando.

—Bueno... —respondió ella mientras se limpiaba las manos con un paño que había cogido de la encimera—, pues dile que entre.

Lorenzo salió de la cocina y al cabo de unos segundos entró Manolita, que miraba hacia todos lados como es propio de quien entra en un lugar por vez primera.

—¡Manolita! ¿Cómo estás? —la saludó Catalina soltando el trapo y agachándose para coger de un cesto varias papas más.

—Bien...

Manolita y Catalina habían seguido siendo íntimas aun después de que esta última dejase la casa de los Krauss hacía ya más de dos años. Convivir juntas durante tanto tiempo las había unido más de lo que habían estado en su infancia y adolescencia, habían compartido mucho y, en aquella casa de extraños, siempre se habían tenido la una a la otra. Manolita seguía trabajando para los Krauss y, como los niños ya no eran tan pequeños, había asumido las responsabilidades y tareas de Catalina. Por otro lado, hacía no mucho que había llegado una institutriz alemana que se encargaba de la educación de Ilse y Fred. Manolita se lo había contado en otra ocasión en la que necesitaba despotricar porque le parecía injusto el trato que esta recibía. “¡Ella a la habitación de invitados, y yo arriba en la del servicio!”, “¡Tiene unos aires de grandeza que se cree que va a heredar la casa!”, “¡No la aguanto Catalina, cualquier día le escupo en su plato de comida!”. Catalina se lo había tomado con humor y había intentado quitarle hierro al asunto, pero esas eran solo algunas de las muchas declaraciones con las que Manolita se había desahogado en todo ese tiempo.

—Me ha dicho Lorenzo que tenías algo que decirme —puntualizó Catalina mientras cogía un cuchillo y comenzaba a pelar patatas.

—Los Krauss se van de Zahara. —Manolita lo soltó como una bomba que estalló de repente en aquella cocina.

—¡Ay! —Manolita soltó de golpe el cuchillo junto a la patata que estaba pelando y se apretó uno de los dedos con la otra mano—. ¡Me he cortado!

Manolita la ayudó a echarse agua y examinar la herida, no era profunda así que con desinfectarla bastaría. Mientras la ayudaba, conversaron de la noticia que había provocado aquel descuido de Catalina:

—¿Cómo es que se van? —Catalina intentaba parecer calmada, pero lo cierto era que por dentro se le revolvió el estómago solo de imaginar suposiciones.

—No lo sé —respondió Manolita—, pero de un día para otro les ha entrado la prisa y quieren llevárselo todo.

—Y... —Catalina pensaba muy bien cada palabra que decía para que no se notara que aquello le interesaba mucho más de lo que podía parecer—, ¿se vuelven a Alemania?

—No —Manolita negó con la cabeza mientras continuaba desinfectando la herida—. Se van a Argentina.

Catalina no entendía nada de aquel movimiento tan extraño, ¿por qué iban a irse ahora, dos años después de que terminase la guerra, si allí vivían como querían bajo la protección de Franco? Era evidente que algo había tenido que ocurrir para que la familia al completo decidiese marcharse tan lejos y de forma permanente, pero, ¿qué habría sido?

—¿Las demás familias también se van? —Parecía una pregunta ingenua, pero en realidad estaba formulada con una intención muy clara, la de saber hasta qué punto lo que sea que hubiese ocurrido afectaba a las otras familias de ideología nazi que vivían junto a los Krauss en aparente calma.

—No, solo los Krauss. —Manolita hizo una pausa antes de continuar—: Me han ofrecido que vaya con ellos.

Catalina quería gritarle que no lo hiciera, que aquella familia tenía mucho que esconder y que no eran trigo limpio. Quería decirles quiénes eran en realidad, que Bertram Krauss era un alto mando militar de las SS, y que su partido y su Führer habían sido los responsables del exterminio de millones de personas. Judíos, homosexuales, presos de guerra, discapacitados. Los nazis habían ido construyendo una auténtica fábrica de la muerte para librarse de todo aquel que no representase la perfección de la raza aria, y ahora que huían de su país como ratas que abandonan el barco, campaban a sus anchas en aquellos países que les ofrecían protección e incluso, en algunas ocasiones, una nueva identidad. Afortunadamente no tuvo que hacerlo, porque fue la propia Manolita la que le ofreció otro hilo del cual Catalina podía tirar para lograr convencerla de que no se marchase a Argentina.

—También me han dicho que, si decido quedarme, no va a faltarme el trabajo en casa de alguna de las otras familias alemanas. —Manolita se apoyó en la encimera y miró al frente—. Deben estar contentos con mi trabajo, ¿no?

—Como para no estarlo... —Catalina la piropó provocándole una sonrisa—. ¿Y vas a irte a Argentina?

—Pues no sé que hacer... Yo con ellos estoy muy a gusto, Catalina. Estoy muy agradecida por la oportunidad que me han dado, pero Argentina está al otro lado del océano y eso es bastante lejos.

Catalina ni siquiera tenía que esforzarse para convencerla porque Manolita ya se había encargado de hacerlo, lo único que necesitaba era a alguien que le diera la razón para estar completamente segura de que no cometía un error al quedarse en Zahara.

—Tienes razón, y si te prometen que vas a entrar a servir en otra casa, yo no lo dudaría. —A Catalina tampoco le entusiasmaba la idea de que su amiga continuase sirviendo para otra familia nazi, pero si iba a hacerlo al menos era mejor que continuase en su país, cerca de su familia y sus amigos—. Y bueno, a mí me daría mucha pena que te fueras tan lejos.

Catalina tomó la mano de Manolita y se la apretó con cariño, ella le sonrió devolviéndole el gesto y, antes de irse, le confirmó que lo mejor sería quedarse en Zahara porque allí tenía toda su vida y no sería capaz de dejarla tan fácilmente. Catalina se alegró de que su amiga no se fuese al que, poco a poco, se estaba convirtiendo en un nido de nazis refugiados, y continuó con su trabajo. Durante todo el día no pudo dejar de pensar en lo que le había dicho Manolita, y aunque se moría de ganas de contárselo a Lorenzo, no pudo hacerlo hasta que pasó la hora de las comidas, cerró la cocina y el restaurante se quedó más tranquilo. En un momento en el que ya solo estaban ellos dos después de que el último cliente acabase de pagar y marcharse, Catalina se acercó a Lorenzo para contarle las últimas novedades.

—¿Cómo? —La reacción de Lorenzo fue genuina, jamás habría imaginado lo que Catalina le acababa de contar—. ¿Estás gastándome una broma?

—Que no, que te lo juro por que me quede ahora mismo muerta —respondió ella.

—Ha tenido que pasar algo. —Lorenzo parecía nervioso, tanto o más que Catalina al cortarse con el cuchillo—. No me creo que se marchen por las buenas cuando aquí viven todos como reyes y campan a sus anchas.

—Eso mismo llevo pensando yo desde que se ha ido Manolita.

—Oye... —Lorenzo detuvo el hilo de sus pensamientos para preocuparse por Catalina, sabía que ese tema siempre la alteraba y le generaba mucha ansiedad—. ¿Estás bien?

—No lo sé... —respondió ella—. ¿No tiene nada que ver con nosotros, verdad?

—Ey... —Lorenzo vio que Catalina tenía la mirada perdida, la misma que ponía cuando estaba a punto de ponerse a llorar y quería evitar que las lágrimas saliesen. Le

abrió los brazos y la apretó contra su pecho, haciéndola sentir segura—. No va a pasarnos nada, ¿vale?

—Vale —repitió ella no muy convencida.

Lorenzo la soltó para colocarse frente a ella, luego se puso en cuclillas de forma que su cabeza quedó justo a la altura de su ombligo y se inclinó para darle un beso a su vientre.

—Estamos bien —susurró.

—Estamos bien —repitió ella.

Aquella misma noche, ya en la intimidad de su casa, Lorenzo y Catalina acordaron olvidar el tema. Fuera lo que fuese lo que había ocurrido, estaba claro que no tenía nada que ver con ellos, no después de tanto tiempo. Sin embargo, cuando ambos se encontraban limpiando y preparando el restaurante a la mañana siguiente, se presentó un hombre que parecía algo perdido y llevaba un ramo de flores en la mano.

—¿Es esta la taberna del pueblo?

—Sí —afirmó Lorenzo, sin molestarse en aclarar que la vieja taberna había estado dos calles más abajo y que aquello era ahora un restaurante—, ¿a quién buscas?

—Me han pedido que entregue esto —dijo extendiendo el ramo.

Lorenzo, que no supo cómo reaccionar ante aquella situación tan extraña, cogió el ramo y se quedó mirando fijamente cómo el hombre se marchaba sin que le diese tiempo a decirle nada más. Catalina, que salía de la cocina, al ver el ramo pensó que era para ella.

—¡Pero bueno! ¡Lorenzo! —Se acercó con una sonrisa de oreja a oreja y lo cogió mientras le daba un beso en los labios—. ¿Qué celebramos exactamente?

—No lo sé... —Lorenzo seguía en Babia.

—¿Pero qué te pasa? ¿Estás tonto? —Si Lorenzo le estaba gastando una broma, no la estaba entendiendo.

—Acaba de dejarlo un hombre.

—¿Y le has dado las gracias? —Catalina había decidido seguirle la broma.

—Déjame un momento —Lorenzo le quitó el ramo y comenzó a observarlo detenidamente. No tardó mucho en ver algo que llamó su atención—. ¡Bingo!

—¿Qué pasa? —Catalina se inclinó para ver qué era lo que acababa de descubrir. En el filo de uno de los bordes del papel que envolvía el ramo había una inscripción formada por una sucesión de fragmentos de circunferencias.

—Es el mismo código que utilizaba para codificar los mensajes que enviaba a los británicos —aclaró para que Catalina entendiese de qué iba todo aquello.

—¿Y qué pone? —preguntó ella atropelladamente.

Lorenzo colocó el ramo sobre la barra y observó el borde del papel con detenimiento. Comprobó varias veces que en los demás bordes no había ninguna otra inscripción y solo cuando estuvo seguro de lo que ponía lo dijo en voz alta.

—Operación realizada con éxito —Lorenzo se volvió para mirar a Catalina, que tenía el rostro blanco.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó ella.

—Que la información que recopilamos llegó a buenas manos.

Catalina exhaló todo el aire que había estado conteniendo en su interior mientras se llevaba las manos a la boca, luego, rompió a reír a carcajadas en un ataque de nervios a la vez que se echaba a los brazos de Lorenzo. Dos años después, todos los nombres, fechas, lugares, encuentros y demás detalles que Catalina y Lorenzo habían recopilado en aquel documento habían conseguido comprometer a Bertram Krauss lo suficiente como para que tuviese que salir huyendo del país. La pareja nunca supo que su información había sido de enorme utilidad para incluir el nombre del antiguo capitán de las SS en una lista que recopilaba el nombre de 104 jefes nazis que se ocultaban en España. La conocida como “Lista Negra” fue elaborada por el Consejo de Control Aliado y, aunque la mayoría de los hombres que aparecían en ella continuaron viviendo en un país que los amparaba y protegía, muchos de ellos sintieron la presión que los países aliados ejercían al solicitar la repatriación y el consecuente juicio por crímenes de guerra y optaron por huir a un lugar más lejano y seguro: la Argentina de Perón. Aunque Catalina y Lorenzo sabían que habían tenido mucho que ver con que Bertram Krauss abandonase aquel rincón idílico de la costa gaditana, la pareja nunca llegó a conocer la existencia de la lista que, junto a toda la verdad que había sido adulterada por la censura, no salió a la luz hasta después de la muerte del dictador. En 1997, el periodista José María Irujo descubría en el Archivo General del Ministerio de Asuntos Exteriores, en Madrid, la lista formada por un amplio número de personas como empresarios, diplomáticos, altos mandos del ejército o agentes profesionales que conformaban una extensa red perfectamente entramada que contaba con ramificaciones y contactos dentro de la Iglesia y el propio Gobierno, además de en las élites dominantes de la sociedad española del momento.

Aunque muchos altos oficiales nazis camparon a sus anchas por nuestro país, Catalina y Lorenzo vivieron durante el resto de sus vidas con la satisfacción de saber que su colaboración no había caído en saco roto. El esfuerzo y el atrevimiento a pensar que con un pequeño gesto podían cambiar algo, aunque fuese lo más mínimo, finalmente había

servido para algo. Por su parte, la calma que siempre había caracterizado a aquel rincón de la costa gaditana volvió a ser la misma de antes de la guerra y, aunque algunas de las familias alemanas originales permanecieron allí durante un par de décadas más, la playa de los Alemanes pasó a ser un simple lugar de descanso que con el paso de los años atraería la atención turística de muchos otros residentes germanos.

Catalina y Lorenzo aprendieron a vivir con el secreto de todo cuanto había ocurrido en aquellos años tan confusos: el verdadero origen de la familia Krauss, las visitas al campamento, los incidentes en la playa, las escapadas a Tánger, el papel que habían desempeñado con la redacción de ese documento. Y aunque todas esas anécdotas pasarían de generación en generación como una reliquia familiar, para Catalina y Lorenzo no hubo mejor recompensa que la de vivir en la tranquilidad propia de una vida sin sobresaltos.

Esa vida que, después de tanto tiempo, por fin creían merecer.

**MEMORIA
JUSTIFICATIVA**

1. PUNTO DE PARTIDA DE LA CREACIÓN. OBJETIVOS Y FUNDAMENTOS

Cuando, a mediados de curso y en vistas a elegir un tutor que me guiase en este proceso creativo, me paré a reflexionar sobre cuál quería que fuese el tema de mi Trabajo de Fin de Máster, la realidad era que no tenía muy claro qué dirección tomar. Estaba hecha un lío porque, aunque las ideas venían a mi mente una detrás de otra, ninguna tenía la fuerza suficiente —o yo no le veía el potencial necesario— para sentarme durante meses a desarrollarla. Es cierto que algunas ideas me parecían originales y creía que podían funcionar, pero no sentía ningún tipo de vinculación personal con el tema. Y yo, que siempre he tenido una visión romántica de la literatura, no puedo evitar pensar que todo autor debe sentir ese vínculo especial que lo une con su obra literaria.

Rebuscando en mi memoria mientras realizaba el trabajo final de otra de las asignaturas del máster, recordé la curiosidad que siempre había sentido por un rinconcito de Cádiz que se conoce popularmente como “la playa de los Alemanes”. Son ya unos cuantos los veranos que he pasado junto a mi familia o amigos en la localidad gaditana de Conil de la Frontera, veranos que guardo con especial cariño no solo por los momentos vividos, sino por cada rinconcito descubierto en los kilómetros de playa que van desde la ciudad de Cádiz hasta Tarifa. Pero si tuviese que elegir uno solo, por la tranquilidad del entorno y la belleza del lugar, me quedaría sin duda con la playa que protagoniza esta novela. Siempre me había suscitado curiosidad el nombre por el que se la conocía, e imaginaba que simplemente se debería a la cantidad de turistas alemanes que pueblan la zona. Esta idea se vio reforzada cuando, en la primera visita, quedé fascinada ante las viviendas de auténtico lujo que se encuentran esparcidas por la ladera que da a la playa. Sin embargo, bastó con una búsqueda rápida en internet para descubrir la cantidad de teorías y suposiciones que circulaban entre los vecinos de la zona acerca del pasado nazi del lugar. Y así fue como llegué a la conclusión de que el tema merecía la atención y el cariño suficiente que un simple relato para una asignatura del máster no podía darle.

Cuando ya a finales de junio me reuní con mi tutor para plantearle algunas dudas acerca del trabajo y concretar varios aspectos en busca de su visto bueno, le comenté brevemente los temas que había ido tanteando en los meses anteriores. El profesor Camacho no tuvo ninguna duda en ver el potencial de la novela histórica que le había planteado, me comentó que era un tema muy interesante y me animó a seguir adelante. El resto vino

solo, pasé el verano al completo enfrascada en lecturas que guardaban relación con el tema, viendo películas y documentales de todo tipo y empapándome de cualquier documentación histórica que arrojase un poco de luz a un periodo histórico que solo conocía de oídas por mis mayores.

Como se puede comprobar, no escogí de forma activa el subgénero histórico, sino que fue él quien vino a mí ligado al tema que tanto me fascinaba. No miento si digo que en un principio me daba algo de miedo y respeto zambullirme en un proyecto tan complejo, pues aunque siempre he sido lectora asidua de novela histórica, nunca antes me había animado a escribirla —más allá de un par de relatos cortos—. Sin embargo, decidí armarme de valor, sobre todo porque sentía que, si este no era el momento, nunca lo sería. Al fin y al cabo, y como ya apuntaba Charles Chaplin, el mundo pertenece a quien se atreve.

En cuanto al subgénero en el que se enmarca la obra, la novela histórica ha evolucionado tanto en las últimas décadas que pocas semejanzas guarda con aquella que comenzó a desarrollarse y adquirir relevancia hace ya casi dos siglos. Las decenas de definiciones que podemos encontrar sobre la novela histórica coinciden en un mismo elemento: la incorporación de un determinado material histórico en la ficción que se desarrolla en la novela. Así, este material histórico debe ser desarrollado por parte del autor con el objetivo de tratar de reconstruir la época en la que se sitúa la acción, presentándose, al mismo tiempo, como una época pretérita (Alonso, 1984:80). En definitiva, el autor debe servirse de los acontecimientos históricos para imprimirle a la novela ese sentido histórico y no centrarse únicamente en la exactitud de los datos.

Por otro lado, algunos autores señalan algunos subtipos dentro de la propia novela histórica. Así, podemos encontrarnos con amplios estudios teóricos que tratan con mayor profundidad el episodio nacional —o novela histórica nacional— o la novela histórica postmoderna. En nuestro caso, podríamos catalogar *La criada que sabía leer* como un episodio nacional pues, si atendemos a su definición, se trata de una obra que narra sucesos históricos cercanos al autor: narra sobre un pasado reciente, casi contemporáneo. Esta limitación temporal no debe extenderse, en el mayor de los casos, más dos o tres generaciones con respecto al autor. Este aspecto tiene ciertas repercusiones formales en la novela como sería por ejemplo la subjetividad del autor con respecto a los hechos narrados, lo cual se debe principalmente a esa cercanía temporal que mencionamos. Por

su parte, Celia Fernández Prieto establece las siguientes implicaciones formales (1998, 116-117):

- Falta del exotismo y el misterio que rodea a la novela histórica de tema lejano, la cual está más emparentada con el romance.
- Reducción considerable de resúmenes y pausas explicativas con respecto a las novelas de tema lejano, pues el autor y el lector comparten un mismo tiempo histórico. El contenido histórico se introduce con la narración, sobre todo a través de la dramatización de los personajes.
- El autor debe documentarse de forma mucho más rigurosa.
- Los acontecimientos históricos se imponen y determinan la trama ficcional.
- El protagonismo se reparte entre personajes ficcionales y personajes históricos. De igual forma, la historia anónima y privada coexiste con la pública.
- Se manifiesta una intencionalidad didáctica que se plantea casi como una forma de “educación política”.

En relación a la última de estas características formales, la temática de la obra lleva implícita una gran carga política que resulta imposible de ignorar. Me gustaría dejar en claro que ni la escritura de la novela, ni la intención de la misma, han sido nunca motivadas por ideales políticos concretos, sino más bien, y como señalo en varias ocasiones a lo largo de esta memoria, el objetivo original es el de poner en relieve nuestro pasado, muchas veces olvidado. Esto conlleva, de forma inherente, reforzar el sistema de valores y creencias a través de personajes que, en episodios lejanos, encarnan los vicios y las virtudes que aún persisten en la sociedad actual. Por supuesto, otra de las metas a la hora de trabajar en esta historia es la de crear una lectura amena y entretenida con la que el lector consiga verse atrapado en la historia y no quiera dejar de leer. Y por último, y ya a un nivel más personal, la escritura de esta historia también responde a la necesidad de dar salida a mi imaginación y a las ideas que mi propio pensamiento iba desarrollando conforme más y más me involucraba en su escritura.

En resumen, estas son las motivaciones principales que me han llevado a escoger esta obra como proyecto final para la presentación de mi Trabajo de Fin de Máster. En los próximos apartados, procedo a describir con mayor detalle los aspectos técnicos resultantes del proceso creativo llevado a cabo.

2. ESTRUCTURA DE LA COMPOSICIÓN

A la hora de clasificar la obra, atendiendo a sus características formales y temáticas, no dudamos en incluirla en el género narrativo. Se trata de una composición desarrollada en prosa —a excepción de la inclusión de un poema escrito por uno de los personajes— que podemos incluir en el subgénero novelístico. La proyección cultural y popularidad de la novela la ha convertido en el más importante de los géneros literarios modernos, pues cabe resaltar su capacidad para representar mediante la ficción los conflictos, las tensiones y el devenir del hombre inscrito en la historia y en la sociedad. Además, a lo largo de su trayectoria, la novela ha mostrado una extraordinaria capacidad de rejuvenecimiento técnico y de renovación temática. Así pues, la novela se revela como un género flexible, amplio y sintético que cumple con las siguientes cualidades:

- Resulta válido para el tratamiento de todos los asuntos, formas y tonos.
- Es capaz de lograr una representación fidelísima y completa de la vida humana.
- Reúne las cualidades del resto de los géneros literarios.
- Caben en ella las más elevadas y trascendentales concepciones filosóficas y morales, el reflejo histórico, el análisis psicológico.
- Identifica las pulsiones vitales de la época histórica en la que nace.

Todas estas características son las que me han llevado a elegir este género como el formato ideal para llevar a cabo el desarrollo del tema elegido. A la hora de estructurar la novela, una de las primeras consideraciones que me planteé fue la del público al cual iba dirigida. Sabía que, la novela histórica, tiene un nicho de lectores asiduo y muy específico, lectores que no llegan por casualidad sino a conciencia. Sin embargo, algo que tenía muy claro era que no quería cerrarla a ningún tipo de lectores, por lo que su estructura narrativa y compositiva no debía ser muy compleja. Por ello, me propuse utilizar un lenguaje sencillo, asequible a cualquiera, y una trama que enganchara desde un primer momento y jugara con la intriga, dejando abierta incógnitas que no se resuelven hasta el final —como, por ejemplo, el incidente del naufrago—. Por esta razón, ya al inicio de la novela se adelanta un poco el final de la misma:

“Al terminar la guerra, Catalina Gallardo se prometió a sí misma que nunca más querría volver a saber nada de política, ajena a que tan solo

unos años después el destino —o la suerte— la pondría en un escenario que la haría cambiar de opinión”.

Como ya he señalado en el primer punto de la memoria, la intención de esta novela, además de servir de entretenimiento a los lectores, se centra en aprovechar la función poética del mensaje para divulgar los acontecimientos históricos que se tratan en la misma, haciendo especial hincapié en el reciente concepto de memoria histórica.

Por otro lado, la estructura en la que se articula la novela viene marcada por su división en capítulos, que responden a un orden temporal. Así, vemos cómo la extensión de cada uno de ellos no es regular sino que varía en función de los acontecimientos ocurridos en ese lapso de tiempo. De igual forma, podemos observar cómo entre capítulos encontramos un salto temporal —de mayor o menor extensión— que queda resumido al comienzo del nuevo capítulo. Algo que tenía claro desde un comienzo es que no quería una sucesión de capítulos breves que diesen la sensación de fugacidad y dinamismo, lo que podía traducirse en una distracción para el lector al suponer una excusa para detenerse e interrumpir su concentración en la lectura. Aun así, he intentado no desarrollar capítulos demasiado extensos que terminasen por provocar tedio y repercutir en el estado de ánimo y la disposición del lector, sino que he tratado de buscar en todo momento el mayor equilibrio posible.

En cuanto a su estructura interna, la novela responde a la tradicional concepción aristotélica de planteamiento, nudo y desenlace. El planteamiento podemos encontrarlo de forma íntegra en el primero de los episodios, que supone la presentación del personaje principal y su círculo cercano, el lugar en el que transcurren los acontecimientos y el periodo histórico en el que se encuentra inserta la novela. Apenas un año de la vida de Catalina resulta más que suficiente para poner al lector en contexto de cara a los acontecimientos que se sucederán en los próximos capítulos. El nudo corresponde a la parte más extensa de la novela y se desarrolla en los tres capítulos centrales. En él se reúnen los hechos principales de la historia, aventuras y conflictos que los personajes deben atravesar, incluyendo un punto climático máximo a partir del cual la historia se dirige al desenlace. Catalina se ve envuelta en una serie de circunstancias y acontecimientos que la convierten en una testigo única poseedora del bien más codiciado en ese momento: la información. Este nudo está compuesto de dos obstáculos principales, el primero, la negativa de Catalina a colaborar, y el segundo, el riesgo que supone entregar

el documento que contiene la información reunida sobre las familias alemanas a la inteligencia británica. El primer conflicto se resuelve con la evolución del personaje principal, y del segundo, que se resuelve de forma parcial al final del penúltimo capítulo suponiendo el clímax de la acción, no conocemos sus consecuencias hasta el capítulo final que se sitúa dos años después de la acción dramática. Por último, el desenlace supone la resolución final del conflicto y tiene lugar en el último capítulo, el más breve. En él, se muestra cómo al final cada acto se ve recompensado, no solo en el plano histórico, sino también en el más personal. Se trata de un final cerrado, pues los conflictos planteados son concluidos y no quedan cabos por resolver ni información que desvelar al lector o los personajes.

Estas tres grandes partes conforman una estructura lineal en la que la historia se cuenta de forma cronológica, con la excepción de pequeños *flashbacks* que se incluyen a modo de recuerdos. Esto es algo que se trata con mayor profundidad en el punto 3.2, dedicado exclusivamente al elemento temporal de la narración.

3. TÉCNICAS Y ESTILOS ENSAYADOS

3.1. El narrador y el punto de vista

En función de lo aprendido durante las clases del máster y otras lecturas complementarias como *Teoría de la narrativa*, de M. Bal (2006), el punto de vista utilizado en *La criada que sabía leer* es el de la tercera persona omnisciente. Este narrador conoce cada pensamiento de la protagonista y, no solo de ella, sino de cada uno de los personajes. Aunque en un principio había tanteado la opción de utilizar un narrador autodiégetico, es decir, que fuese la propia Catalina quien narrase los hechos a modo autobiográfico, finalmente me decidí por la focalización cero, ya que al ver la historias desde la mirada de un narrador que domina los acontecimientos y los personajes, podía incluir datos históricos que pusiesen en contexto al lector y que en ese momento eran desconocidos para Catalina. De esta forma, el lector está al tanto de la situación en la que se ve envuelta la protagonista, que en la más absoluta ignorancia se niega a colaborar con Lorenzo, y se logra generar una especie de tensión entre el lector y el desarrollo de los acontecimientos. Los conocimientos del narrador son ilimitados, y así lo demuestra anteponiendo hechos,

dando a conocer los pensamientos de diferentes personajes (Catalina, Lorenzo, Sebastián, Dolores...), e incluso mostrando su opinión, algo que se ve reflejado en la inclusión de algún que otro adjetivo valorativo a lo largo del texto. Es necesario puntualizar que, independientemente de la focalización, el narrador no es un personaje de la historia sino que se encuentra fuera de la narración.

Por otro lado, en varias ocasiones el narrador hace uso del estilo indirecto libre. Es decir, hay momentos en los que, insertos en la voz del narrador, encontramos pensamientos o elucubraciones de los distintos personajes. Este recurso provoca que, en muchas ocasiones, resulte difícil saber a ciencia cierta a quién pertenecen las palabras. Esto se debe a la supresión de marcas gráficas para introducir la información que el narrador incluye de otro personaje. Encontramos varios ejemplos durante el transcurso de la novela en los que, el narrador, incluye preguntas retóricas que no son más que una mera transposición de los pensamientos de los personajes. Lo vemos, por ejemplo, en el siguiente fragmento:

“[...] pero lo cierto era que no había podido dejar de pensar en ello. ¿Qué quería decir? ¿Cómo que ya estaba metida en la boca del lobo?”

Como hemos mencionado anteriormente, el narrador se sirve de este recurso para poner en su boca palabras del propio personaje, y así, nos transmite sus pensamientos y sentimientos reduciendo la distancia entre narrador, personaje y lector.

3.2. El tiempo

A la hora de plantear el desarrollo temporal de la historia, tenía muy claro que debía darle un orden cronológico a los acontecimientos, pues incluir demasiados saltos temporales entre capítulos no haría sino desorientar al lector, que no lograría ordenar en su mente el transcurso de los acontecimientos. Aun así, me pareció necesario incluir algunas analepsis o *flashbacks* de extensión breve a modo de recuerdos. Así, a lo largo de la narración, estas pequeñas regresiones al pasado logran poner en contexto al lector en relación al pasado de Catalina y, a su vez, al irse administrando en pequeñas dosis, contribuyen a mantener la curiosidad por su historia. Estos *flashbacks* responden de manera exacta a la memoria de Catalina, lo cual queda reflejado, por ejemplo, en la narración de los hechos que

transcurrieron en el número tres de la calle Cervantes el día de la sublevación militar. Vemos cómo no se detallan de forma ordenada ni detallada los acontecimientos que tuvieron lugar pues, como Catalina los recuerda de forma confusa, solo se puntualiza en aquellos detalles que ella recuerda con mayor viveza.

Por otro lado, me parecía importante que el comienzo y el final de la narración estuviesen bien conectados. Esa es la razón principal por la que, como ya hemos mencionado con anterioridad, la primera frase de la novela supone un pequeño adelanto de lo que ocurrirá finalmente:

“Al terminar la guerra, Catalina Gallardo se prometió a sí misma que nunca más querría volver a saber nada de política, ajena a que tan solo unos años después el destino —o la suerte— la pondría en un escenario que la haría cambiar de opinión.”

De igual forma, las últimas palabras de la novela suponen la confirmación del desarrollo del personaje, pues no son más que la idea que había motivado a la propia Catalina a romper con su promesa inicial:

“El esfuerzo y el atrevimiento a pensar que con un pequeño gesto podían cambiar algo, aunque fuese lo más mínimo, finalmente había servido para algo.”

3.3. El espacio

El espacio en *La criada que sabía leer* no es algo baladí, sino que es la razón de ser de la novela. El lugar en el que se inspiran los hechos es la semilla principal de esta historia: un rinconcito de Cádiz del que corren ciertos rumores relacionados con familias de origen nazi.

Por otro lado, que Catalina llegue a encontrar la calma en casa de la familia Krauss y no en su propio hogar, forma parte del conflicto que la lleva a no querer colaborar con Lorenzo. La protagonista está obcecada en su propio bienestar pero, si prestamos especial atención, justo el momento en que logra cambiar de opinión y ofrece su ayuda a Lorenzo coincide con el mismo momento en que comienza a percibir la casa de la familia alemana,

y la playa de Agua en medio en general, como territorio hostil. Vemos, por tanto, como la predisposición de la protagonista frente a los espacios va marcando el ritmo y el desarrollo de la trama narrativa de la novela. Así queda ejemplificado en su conversación con Manolita, su amiga de la infancia, y en el especial hincapié que hace en que esta no se vaya a Buenos Aires ya que, para ella, es importante que su amiga se encuentre cerca de un lugar seguro al que poder acudir en caso de necesitarlo:

“A Catalina tampoco le entusiasmaba la idea de que su amiga continuase sirviendo para otra familia nazi, pero si iba a hacerlo al menos era mejor que continuase en su país, cerca de su familia y sus amigos”.

3.4. Los personajes

Como ocurre con la novela histórica, los personajes no son más que un vehículo para explorar y sumergirse en tiempos pasados y acontecimientos históricos que, para su autor, merecen la relevancia necesaria. En este caso, los personajes que intervienen en *La criada que sabía leer* son completamente ficticios —a excepción de personajes históricos que son nombrados únicamente—, aunque eso no implica que no tengan su parte de verdad, pues cada uno de los personajes está pensado al milímetro, inspirado en las historias y circunstancias de multitud de personas reales que sí que vivieron en carne propia las situaciones que se recrean a lo largo de la novela. Aunque, en cierta forma, lo importante de la historia sean los acontecimientos, debemos resaltar la importancia de diseñar buenos personajes, verosímiles y que sepan manejar el transcurso de los acontecimientos, que logren convencer y conectar con el lector para que la historia no quede vacía y parezca una simple enumeración de acontecimientos históricos.

En cuanto al personaje principal, tengo bastante claro que Catalina no es un héroe, ni siquiera Lorenzo o Sebastián lo son. El diseño de los personajes no responde al objetivo de crear personajes complejos que se anclen en la memoria de los lectores, sino al de crear personajes normales y corrientes con los que cualquier lector pueda sentirse identificado. El arco de transformación del personaje y su evolución interna no son aspectos que haya estudiado de forma cuidadosa, sino que son simples consecuencias del desarrollo de los acontecimientos, pues como ya he mencionado anteriormente, los protagonistas no son ellos, sino los hechos que tuvieron lugar mientras el país dormía en la censura impuesta

por el régimen. Aun así, y como decía George Lucas, las películas son como las guerras: nadie regresa de ellas siendo el mismo. Ocurre lo mismo con los personajes de las historias, y es que, al igual que las personas, las experiencias vividas acaban modificando su carácter y comportamiento y es lógico pensar que un protagonista no es el mismo al principio de la historia y al final de la misma. Los personajes cambian, al fin y al cabo, como consecuencia de todo aquello que les ocurre y, a su vez, los sucesos que tienen lugar en la trama son de igual forma motivados por las decisiones tomadas por los personajes a causa de su transformación y aprendizaje. Podemos afirmar, por tanto, que en mayor o menor medida y de forma completamente involuntaria, al final una cosa acaba implicando la otra.

En cuanto al nombre de los personajes, acudí al Instituto Nacional de Estadística para consultar un documento de Excel en el que se incluían los nombres más comunes en las diferentes décadas del pasado siglo. Por tanto, la elección de los nombres de los protagonistas no responde a ninguna simbología ni tienen una profundidad mayor que la de intentar ser completamente fiel a la España del momento, en busca siempre de la mayor verosimilitud posible.

Por otro lado, he intentado recrear en el habla de los personajes las variedades diacrónicas y diatópicas propias del contexto en el que se sitúan los acontecimientos, aunque de forma discreta por temor a caer en el exceso. Así, vemos cómo se respeta el trato de “usted” a figuras a las que se guarda cierto respeto como pueden ser una madre o el párroco de la población, esto es algo que en la actualidad se ha perdido pero que me ha parecido necesario incluir para ganar verosimilitud. De igual forma, en otras ocasiones Catalina utiliza palabras cada vez menos frecuentes en el habla popular actual, como “lelo/a”, o léxico exclusivo de la zona geográfica de Cádiz o Andalucía, como “pimpi”, “majara” o “cachondeo”.

Finalmente, me parece de especial importancia hacer hincapié en la ausencia de descripciones físicas de los personajes. Como podemos comprobar, en ningún momento se hace referencia a ningún rasgo físico de la protagonista, pues no quería que el lector se distrajesse ni mostrase ninguna predisposición mental originada por el aspecto físico. Además, me gustaba la idea de que fuese el propio lector quien construyese esa imagen en su mente basándose en la psicología del personaje. Por este motivo, resultaría curioso preguntar a cada lector cómo se ha imaginado al personaje, y con total seguridad,

comprobaríamos la cantidad de descripciones diferentes que son fruto de la imaginación de cada lector. Si prestamos atención, las únicas descripciones físicas que aparecen en la novela están concienzudamente estudiadas y detalladas, y es que, como ocurre con la descripción del físico de Lorenzo cuando este está preso en el campo de trabajo, se trata de algo que causa especial impresión en la joven protagonista y, a su vez, quería trasladar esa misma impresión al lector. La descripción no es casual, sino que busca mostrar las condiciones en las que vivían los presos en aquellos campos de trabajo que, al fin y al cabo, nos lleva a realizar una asociación prácticamente involuntaria con las condiciones en las que se encontraban los millones de personas que pasaron por los campos de concentración nazis.

3.5. El arte como herramienta para la sociedad

La literatura ocupa un espacio central en la obra, pues es el punto de unión entre sus protagonistas y me gusta pensar que, sin ella, los hechos no habrían llegado a ocurrir de la misma manera. Es el interés por la escritura y el intercambio de sus escritos lo que logra unir a Lorenzo y Sebastián, y de igual forma, no hay lugar a dudas de que, sin la existencia de esas cartas, la relación entre Lorenzo y Catalina nunca habría llegado a desarrollarse. La literatura se presenta en la novela como una válvula de escape, una motivación para aprender y también para establecer nuevos vínculos, manteniendo una mente abierta y reflexiva. Estas ideas son introducidas de forma deliberada, pues me parece necesario darle a la literatura —incluso formando parte de una obra literaria— el lugar que merece. Ya casi al final de la novela podemos leer una breve composición poética de verso libre que no es más que una composición propia, brevemente adaptada al contexto de la novela para que encaje con las circunstancias de sus personajes. La introduje como un guiño curioso, sobre todo teniendo en cuenta que una de las primeras propuestas que tuve para este Trabajo de Fin de Máster fue la creación de una obra reflexiva que aunase la prosa y el verso, idea que fue desechada en favor de la presente novela.

Por otro lado, debemos tener en cuenta que, como afirma Juan Goytisolo (2014), la narrativa es un género híbrido que se alimenta de distintos subgéneros:

“La novela es un género omnívoro, puede incluir la poesía, pero la poesía no puede incluir la novela”.

De esta forma, cualquier texto externo queda absorbido y metabolizado por la propia narrativa. En nuestro caso concreto, la poesía es también relacionada con la música, pues la musicalidad y el ritmo de las composiciones nos lleva, en muchas ocasiones, a asociarlas de forma estrecha. Se trata de una bonita forma de divulgar la literatura entre quienes, por falta de conocimiento o simplemente de interés, nunca llegarían a dejarse impresionar por esos textos. Así queda recogida esa idea en el primer capítulo de la novela:

“Ella admitía no entender mucho de letras, por eso sus favoritos siempre eran los poemas, breves y sencillos, que terminaban anclándose en su memoria y que luego cantaba atribuyéndoles una melodía que ella misma inventaba mientras cocinaba”.

4. DIFICULTADES Y SOLUCIONES

Las dificultades más numerosas con las que me he ido encontrando a lo largo del desarrollo de la novela —ya en la primera fase de documentación— y que se han ido acrecentando durante el proceso de escritura son las que tenían que ver con pequeños datos contextuales que no encajaban, o al menos no de la forma que yo quería, con la trama de la novela. Por esta razón, me he permitido tomar algunas pequeñas licencias creativas, alterando brevemente fechas con el propósito de que encajasen con los pulsos dramáticos o momentos de clímax. Es por ello que me veo en la obligación de aclarar algunos datos, y es que, por ejemplo, no he dado con la existencia de documentos que acrediten la construcción de la carretera que conecta el campamento de trabajadores con Zahara o la playa de los Alemanes —o de Agua en medio—. Es más, ni siquiera se conoce el emplazamiento original del destacamento que fue destinado a Zahara. En cuanto al incidente del naufragio, está inspirado en una carta que naufragó originalmente en la playa de la Barrosa (Chiclana de la Frontera, Cádiz) en septiembre del 42 y que incluía información comprometida sobre la guerra, suceso que se relata con mayor detalle en *Esvásticas en el sur*, una fantástica publicación de Wayne Jamison (2018). Sinceramente, no sé qué habría hecho sin ese bendito libro en el que se relatan, con todo lujo de detalles,

multitud de historias reales que se enmarcan en el contexto del papel estratégico de Cádiz y el Estrecho en la Segunda Guerra Mundial. Y es que, cuando surgían dudas, Wayne Jamison siempre parecía ofrecerme soluciones.

Resulta difícil condensar la complejidad del tema y la cantidad de ideas que llegaban a mi mente —conforme más información y testimonios encontraba— en una cantidad limitada de páginas, pero el tiempo ha sido mi mayor adversario y tengo claro que esta novela es mi asignatura pendiente. Aunque pueda parecer una novela corta completamente desarrollada, con su planteamiento, nudo y desenlace, la realidad es que no es más que la parte central de una obra completa que —aún en mi cabeza— se estructura en tres partes, y que en un futuro en el que mis circunstancias personales me lo permitan, me tomaré la licencia de desarrollar dedicándole el tiempo y el cariño que merece.

Así, en un futuro la obra quedaría estructurada en tres partes que, cronológicamente, quedarían organizadas de la siguiente forma:

1. Segunda República y Guerra Civil (1931-1939).
2. Segunda Guerra Mundial y posguerra española (1939-1947).
3. Segunda etapa del franquismo, posguerra mundial e instauración de la democracia (1947-1975).

En muchas ocasiones, las constantes dudas sobre aspectos espacio temporales que me asaltaban durante la escritura de la novela me obligaban a pausar o interrumpir los momentos de concentración para consultar algún dato histórico que me permitiese continuar con el desarrollo de la historia sin faltar a la verosimilitud de la misma. La presión constante de una fecha acercándose me ha llevado a posponer la convocatoria en la que quería entregar el trabajo con el objetivo de darme un poco más de tiempo, pero lo cierto es que no hay mayor aliciente para involucrarse en un trabajo que la presión provocada por una fecha que se acerca. Por eso, y porque las dudas iniciales ya habían sido resueltas, los últimos días de escritura fueron jornadas intensas en las que mantenía un ritmo constante y fructífero, y a su vez, estaba tan sumergida en la historia que era mi propia mente la que me pedía seguir escribiendo.

5. RESULTADOS

El proceso de creación que ha dado lugar a la escritura de este Trabajo de Fin de Máster ha supuesto un reto a nivel personal que me ha permitido sacar provecho a todo lo aprendido a nivel formativo en los últimos años en el campo de la escritura creativa.

En primer lugar, el trabajo de documentación previo a la redacción de la novela me ha permitido ampliar, a un nivel más personal, mis conocimientos sobre el periodo histórico en el que se encuentran situados los acontecimientos. A su vez, durante la redacción de la obra he podido ampliar mis conocimientos sobre narrativa y novela histórica y, mediante la puesta en práctica, he podido materializar los conocimientos aprendidos no solo durante el proceso de creación de la novela, sino también a lo largo del curso académico pasado de mano de los magníficos profesores que me han impartido clase. Así, he puesto en práctica conceptos y técnicas con los que nunca antes me había familiarizado, como pueden ser la inclusión de diálogos sin verbos *dicenci*, el uso del estilo indirecto libre o, sin ir más lejos, el propio género histórico. Se ha tratado, sin lugar a dudas, de un auténtico reto personal del que he salido ampliamente enriquecida y con muchísimas ganas e ilusión por seguir recorriendo este camino de la escritura.

A pesar de que en los últimos años he realizado tanto un TFG como un primer TFM ambos de investigación, desde un primer momento tenía bastante claro que quería optar por un trabajo de creación. Era consciente de que si optaba por la investigación y elegía un tema de mi interés, me resultaría una tarea mucho más sencilla dada mi experiencia previa en esta tipología de trabajo. Sin embargo, siempre me han gustado los retos personales y sentía la necesidad de intentar superarme a mí misma. Sin duda, y viéndolo ahora con perspectiva, es una elección de la cual me alegro profundamente, pues este trabajo me ha impulsado a involucrarme en la creación a largo plazo, ya que hasta entonces solo había trabajado —en el plano literario— con poesía, microrrelatos, cuentos y otros textos de extensión breve.

En conclusión, la excusa de escribir un trabajo de creación para la presentación de mi Trabajo de Fin de Máster me ha otorgado la motivación necesaria para poner sobre el papel una idea que, de otro modo, habría permanecido solo en mi cabeza. A su vez, me gusta pensar que este trabajo es solo el principio de un largo recorrido, pues las ideas que han ido llegando a mi mente durante la redacción de la novela son numerosas y me

encantaría poder ampliar la historia principal con los dos bloques temporales expuestos en el punto anterior, además de otras tramas secundarias que me he dejado en el tintero por falta de tiempo o espacio. En definitiva, *La criada que sabía leer* es el resultado del esfuerzo que, sin el ánimo y los consejos de mi tutor, el profesor Camacho, no habría sabido llevar a término. O al menos no de la forma adecuada.

6. FUENTES DOCUMENTALES CONSULTADAS Y APLICADAS

Aguiar e Silva, V. M. (2005). *Teoría de la literatura*. Barcelona: Gredos.

Alonso, A. (1984). *Ensayo sobre la novela histórica. El modernismo en La Gloria de Don Ramiro*. Madrid: Gredos.

Bal, M. (2006). *Teoría de la narrativa (Una introducción a la narratología)*. Madrid: Cátedra.

Bobes Naves, M. C. (1993). *La novela*. Madrid: Síntesis.

Caballero, M. (2000). *Novela histórica y posmodernidad en Manuel Mújica Láinez*. Universidad de Sevilla, Secretariado de Publicaciones.

Domínguez Caparrós, J. (2000). “La novela histórica: rasgos genéricos”, en: *La novela histórica europea*. UNED, Madrid.

El sustituto (2021). Óscar Aibar [plataforma de *streaming*]. España: Tornasol Films, Voramar Films, Entre Chien et Loup, Isaba Producciones Cinematográficas, RTVE.

Fernández Prieto, C. (1998). *Historia y novela: poética de la novela histórica*. Pamplona: Eunsa.

García-Berrio, A. (2006). *Los géneros literarios: sistema e historia*. Madrid: Cátedra.

Grandes, A. (2017). *Los pacientes del doctor García: Episodios de una Guerra Interminable*. Barcelona: Tusquets Editores S.A.

Jaguar (2021). Ramón Campos, Gema R. Neira, Carlos Sedes y Jacobo Martínez [plataforma de *streaming*]. España: Bambú Producciones, Netflix España.

Jamison, W. (2018). *Esvásticas en el sur: Historias y operaciones secretas en la provincia de Cádiz que marcaron el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial*. Sevilla: Círculo Rojo.

La dura verdad sobre la dictadura de Franco (2017). Klaus Kastenholtz e Isabel Andrés [plataforma de *streaming*]. Alemania: Cinecentrum, ZDF.

La playa de los alemanes (2020). Daniel Marí y Johannes Hofmann [plataforma de vídeos en línea]. Cádiz: Proyecto personal subvencionado por *crowdfunding*.

Lapesa, R. (2004). *Introducción a los estudios literarios*. Madrid: Cátedra.

Rodríguez Marcos, J. (2014). Juan Goytisolo: “Sigue vigente el canon nacionalcatólico”, en: *El País*, 25.11.2014, [en línea]

https://elpais.com/cultura/2014/11/24/actualidad/1416859883_617650.html.

Enlaces de interés:

- https://www.eldiario.es/andalucia/pasaporte/cadiz/kaiser-nazis-guiris-teorias-bella-cala-cadiz-llama-playa-alemanes_1_8342953.html
- <https://elcorreoweb.es/in-fraganti/caso-bahia-ii-sentencia-e-incognitas-KB5298084>
- <https://elpais.com/espana/2021-08-01/los-bunkeres-del-estrecho-que-franco-nunca-estreno.html>
- <https://www.nationalgeographic.es/historia/2018/07/operacion-felix-el-plan-de-hitler-para-conquistar-gibraltar>
- https://www.europasur.es/campo-de-gibraltar/bunkers-estrecho-prisioneros-republicanos_0_1685231753.html
- <https://cabila.com/historia-y-origen-de-la-urbanizacion-atlanterra/>
- https://www.lespanol.com/reportajes/20200209/pista-doctor-pirata-medico-acabo-contrabandista-chipiona/465704419_0.html
- https://www.niusdiario.es/cultura/denia-placido-retiro-sol-playa-nazis-pelicula-sustituto-oscar-aibar_18_3148170167.html
- <https://museoecologiahumana.org/wp-content/uploads/2017/11/VIVIRENCHOZAS.pdf>

- <https://www.zaharaenlaweb.com/es/paginas/historia-zahara-de-los-atunes>
- <https://www.casamemorialasaucedade.es/exposicion/prisioneros-y-guerrillas/>
- https://www.hispanidad.com/opinion/la-resistencia/asi-trato-franco-a-los-presos-republicanos-nada-mal_12003800_102.html
- <https://memoriahistorica.org.es/informe-navasques-el-documento-que-prueba-que-franco-dio-refugio-a-jerarcas-nazis-en-espana/?reload=440684>
- <https://www.mve2gm.es/paises/espana-nacional/refugio-de-criminales-nazis/>
- <http://www.zaharadirect.com/interior/guerra-civil-zahara-de-los-atunes>
- https://historia.nationalgeographic.com.es/a/papel-espana-durante-segunda-guerra-mundial_1821

7. IMÁGENES E ILUSTRACIONES

- Figura 1. Documento de puesta en libertad provisional. Archivo Histórico Provincial de Cádiz, Prisión Central de El Puerto de Santa María, caja 29343, exp 22. Extraído de: <https://www.casamemorialasaucedade.es/2021/12/23/las-conmutaciones-de-penas-a-los-presos-gaditanos/>
- Figura 2. Infografía sobre los diferentes batallones y destacamentos destinados en la provincia de Cádiz. Panel de la exposición de la Casa de la Memoria La Saucedade (Jimena de la Frontera, Cádiz). Extraído de: <https://www.casamemorialasaucedade.es/exposicion/prisioneros-y-guerrillas/>
- Figura 3. Mapa elaborado por el ejército a principios de los años 40 del siglo XX en el que se pueden ver las carreteras y carriles que estaban hechos o se estaban haciendo con el trabajo esclavo de los prisioneros. Extraído de: <https://www.publico.es/politica/30-000-presos-franco-utilizo.html>
- Figura 4. Fotografía donde se aprecia la playa de los Alemanes en la actualidad. Faro de Camarinal en primer plano. Al fondo, la urbanización de Atlanterra y Zahara de los Atunes. Gonzalo Azumendi. Extraído de: <https://www.alamy.es/playa-de-alemanes-en-el-faro-de-camarinal-en-primer-plano-zahara-de-los-atunes-barbate-oceano-atlantico-la-provincia-de-cadiz-andalucia-espana-image256054609.html?imageid=8CED5379-8164-430D-86FB->

[96F890B50553&p=651681&pn=1&searchId=4af7b1322d59e586ca9e6f498f80c9c7&searchtype=0](https://es.wikipedia.org/wiki/Fortificación_de_la_bah%C3%ADa_de_Algeciras_en_el_siglo_XX#/media/Archivo:Bunkers_estrecho_de_Gibraltar.png)

- Figura 5. Plano de situación del sistema de búnkeres construido en el Estrecho de Gibraltar en la década de 1940. Extraído de:
https://es.wikipedia.org/wiki/Fortificación_de_la_bah%C3%ADa_de_Algeciras_en_el_siglo_XX#/media/Archivo:Bunkers_estrecho_de_Gibraltar.png
- Figura 6. Situación actual del búnker de Atlanterra o de los Alemanes, situado en las estribaciones del cabo de Plata y límite entre las playas de ambos nombres.

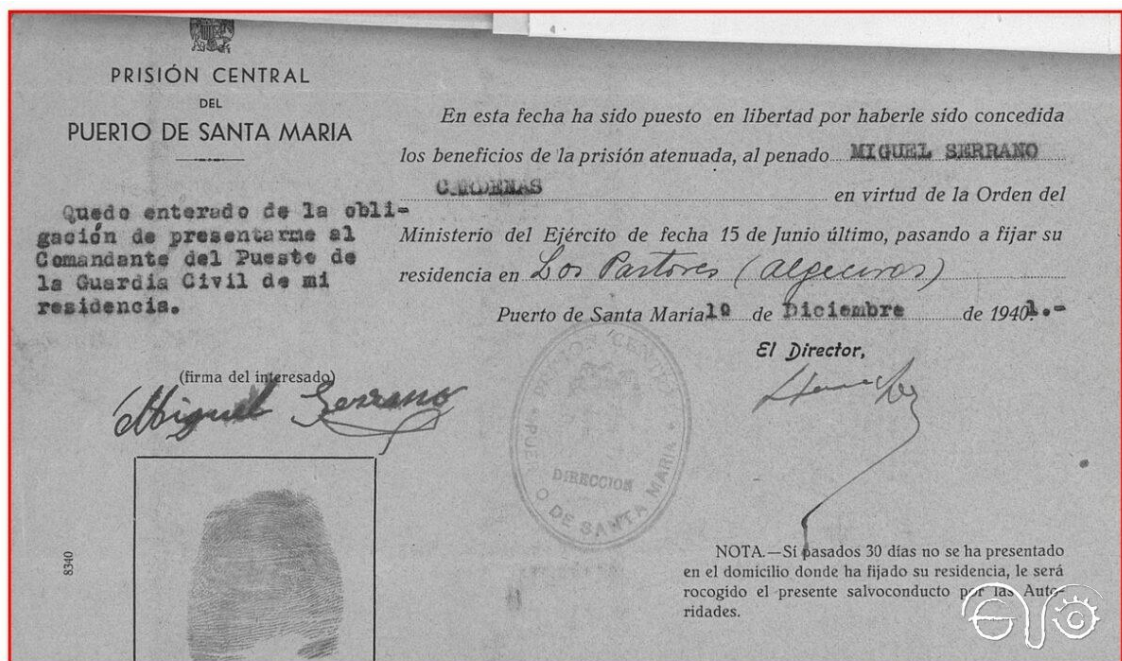


Figura 1. Documento de puesta en libertad provisional. Archivo Histórico Provincial de Cádiz, Prisión Central de El Puerto de Santa María, caja 29343, exp 22.



Figura 2. Infografía sobre los diferentes batallones y destacamentos destinados en la provincia de Cádiz. Panel de la exposición de la Casa de la Memoria La Saucedá (Jimena de la Frontera, Cádiz).

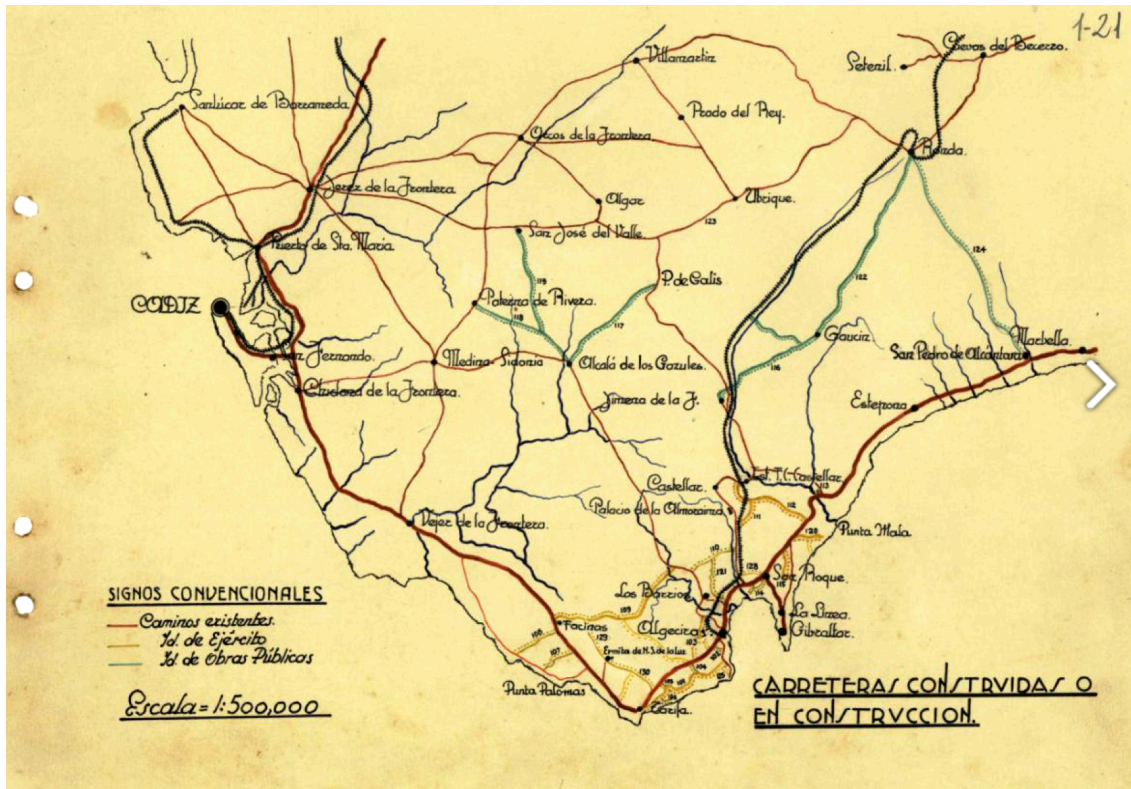


Figura 3. Mapa elaborado por el ejército a principios de los años 40 del siglo XX en el que se pueden ver las carreteras y carriles que estaban hechos o se estaban haciendo con el trabajo esclavo de los prisioneros.

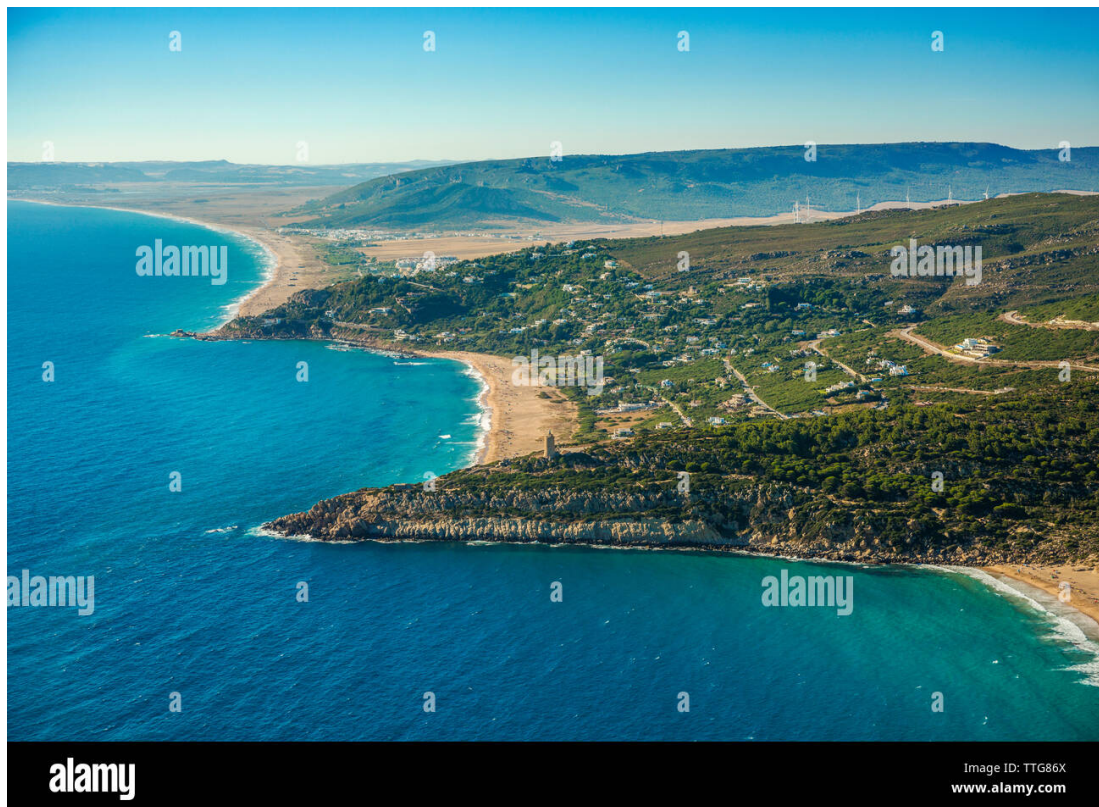


Figura 4. Fotografía donde se aprecia la playa de los Alemanes en la actualidad. Faro de Camarinal en primer plano. Al fondo, la urbanización de Atlanterra y Zahara de los Atunes. Gonzalo Azumendi.

